

CUENTOS DE LA SERIE: ¡BIENVENIDOS IDIOTAS!

1

AL DIABLO CON TODO.

De Honorio.

¡Al diablo con todo!

Me sudan los huevos.

¡Al diablo con todo!

Me la traen floja.

(Estribillo para cantar a grito pelado)

No diré que hiciera un día estupendo pues el cielo estaba nublado, el ambiente algo azufrado y las aceras con su habitual pátina de porquería. Además, así son casi todos los días de esta ciudad. Hacía tiempo ya que los comercios habían abierto. El Sol se encontraba cerca de su cenit. Las furgonetas entorpecían la circulación con su carga y descarga. Un gato tomaba el solecito en un alero y de los balcones goteaba la ropa recién tendida. Un cartero pitaba con fuerza en un portal. Calle Magdalena abajo venía un señor de aspecto corriente. Con pasos decididos y gestos normales, es decir de flaqueza y dolor. Y digo de aspecto corriente a pesar de que el mencionado individuo portaba con todo descaro un aparente embudo en la cabeza. Ha leído usted bien.

—¡Tut, tut! —venía diciendo el hombre del embudo en la cabeza.

—¡Tut, tut! —insistió. Y le hizo una pedorreta a una señora entrada en... (cortés omisión).

—Gracias. Buenos días —dijo ésta, sonriente, loca por un rollo.

Un paisano de otra cosa llegó corriendo. Tropezó y dio varios tumbos antes de aterrizar sobre el pavimento.

—¡Jesús, María y José!! —Exclamó la señora entrada en.

—¡Arriba madrugadores! —dijo el hombre del embudo en la cabeza ayudando al caído.

—¿Pero dónde iba tan de prisa? —le interpeló la señora entrada en.

—¡Dónde quiere que vaya! —contestó el caído que ya se había levantado y tenía un tono que no admitía réplica.

Parecía echarles la culpa de su trastazo.

—¡Humm! —se dijo el hombre del embudo en la cabeza recogiendo el sombrero del caído—. ¡Bonito tirolés! —y lo admiró con envidia mientras le sacudía el polvo.

—Gracias —masculló su propietario. Llevaba un bigote finamente recortado, de los de funcionario franquista, y

una pelusa se le había colgado de sus pelos ya canosos.

—¿Ocurre algo?

La pregunta la hacía un guardia municipal. Había dejado el tráfico a su albedrío y el pito le bamboleaba entre los botones de la guerrera.

—¿Ocurre...? —quiso repetir el guardia, pero al ver al hombre del embudo en la cabeza, abrió los ojos incrédulo.

—¿Qué hace usted con un embudo en la cabeza? —y el guardia puso su voz más grave.

—No creo que sean maneras —le respondió el interfecto.

—Desde luego —corroboró la señora entrada en.

—¡Déjeme ver! —insistió el urbano, y fue a echarle mano al artefacto.

—¡No toque este embudo! —rugió el hombre del ídem.

El guardia respiró aliviado.

—¡Fiuu! —silbó—. ¡Menos mal!, creí que no sabía lo que era.

—¿Por qué supone eso?

—No se... —le respondió—. Como en los tebeos lo llevan los...

La señora entrada en meneó la cabeza con censura. Señor, señor... El Hombre del trastazo se sacudía el abrigo loden y al hacerlo enseñaba por lo sobacos un jersey a cuadros.

—Aquí no ocurre nada —dijo—. He tropezado, eso es todo.

Se habían acercado varios curiosos. ¿Qué pasa...?, preguntó un último recién llegado. ¡Un loco! —le dijeron por lo bajini.

—¡Vamos, vamos! —pidió el urbano—. No pasa nada, ya lo han oído.

—¡Don Felipe! —terció uno de los curiosos reconociendo a su jefe en el señor del loden.

—Hola, Don Nuño —musitó el aludido sonrojándose.

—¿Le ha ocurrido algo?, ¿le ha molestado el loco? —preguntó Don Nuño siempre dispuesto a hacer la pelotilla.

—¿Qué loco? —inquirió la señora entrada en.

—No está loco —aclaró el guardia municipal—. Es un excéntrico.

—¡Oiga usted! —clamó el hombre del embudo.

—Ya me dirá... —siguió el urbano—. ¡Con eso en la cabeza! —y le dio al embudo una tobita que sonó a lata.

Por toda respuesta, el hombre del embudo le tiró del pito al guardia.

—¡Quietecitas las manos! —se enfadó el municipal—. ¡Tengamos la fiesta en paz!

—¡Pero leche! —se sorprendió Don Felipe.

Los mirones tenían división de opiniones. Un joven de cazadora de cuero hizo un gesto obsceno a espaldas del guardia. Don Nuño lo vio.

—¡Habrase visto! —murmuró indignado dudando si dar el chivatazo.

—Venga, circulen... —pidió el municipal con cierta consideración.

—¡Tut, tut! —gritó el hombre del embudo.

Los curiosos rieron, incluso Don Nuño. ¡Es inofensivo!, se decían.

—¡Marcha para el cuerpo! —dijo el joven de la cazadora, y torció la boca dejando ver unos dientes demasiado blancos y perfectos para ser de Vallecas.

—¿Se está usted cachondeando de mí? —le preguntó el guardia al hombre del embudo arrastrando las palabras por encima del barboquejo.

—Nada de eso —respondió éste—, simplemente silbo por el embudo.

—¡Pero si lo tiene en la cabeza, hombre de dios! —le señaló la señora entrada en.

—Es que se me gasta —le confesó.

—¡Demasiado! —exclamó el joven—. ¡Cómo mola tu perola! —y fue a darle un papirotazo al embudo.

Su propietario se hizo algo para atrás y levantando despectivamente una ceja, le espetó:

—¡Chaval...!

¡Hagan el favor de circular! —ordenó el urbano que ya empezaba a perder la paciencia.

Pero nadie le hizo caso.

—¿Así que chufra por el embudo? —se chanceó Don Nuño—. Je, je, je...

—Sí señor.

—¿Pero para qué? —quiso saber la señora entrada en.

Alguien se llevó un dedo a la sien. ¡Le falta un tornillo! Un coche de la policía se paró en la acera, los policías salieron lentamente, uno de ellos llevaba la barriga llena de migas, el bocadillo lo había dejado en el asiento.

—¿A ver, qué pasa aquí?

El municipal saludó marcialmente.

—¡Este individuo! —y señaló al hombre del embudo.

—¡No, no! —intervino la señora entrada en—. Fue este señor que se cayó al suelo.

—¿Yo...? —balbució el susodicho.

—¡Nada de eso! —chilló indignado Don Nuño—. Fue el loco, que atacó a Don Felipe.

Y Don Felipe se estiró sacando pecho.

El policía nacional los miró a todos con los dientes de arriba bien pegados a los de abajo. Gastaba un bigote de reglamento.

—¡Usted! —dijo finalmente—. ¡Quítese eso de la cabeza!

—¿Quién? ¿yo?

—¡Sí, tú! —y le dio un golpe al embudo que salió rodando.

—¡Canalla! —gritó el hombre desembudado.

—¿Eh? —masculló el policía.

—¡Mételo para el coche! —gritó su pareja sacando la porra.

Se oyeron silbidos y gritos de protesta de los mirones. El joven de la cazadora corrió tras el embudo.

—¡Venga para dentro! —ordenó el policía del bigote al hombre del embudo. Y le empujó sin miramientos.

Pero éste se zafó y comenzó a dar gritos de auxilio.

—¡Mi embudo, mi embudo! —gemía lastimero.

—¡Jesús! —dijo la señora entrada en—. ¡Qué injusticia!

—¡Dame el embudo! —le pidió el otro policía al joven de la cazadora.

—¡Ven a por el! —y le hizo un corte de mangas, pero no contento con eso sopló por el embudo:

—¡Tut, tut!

Tanto atrevimiento tuvo su castigo, pues el policía le alcanzó y le sacudió varios porrazos. El embudo volvió a salir rodando.

—¡Mi embudito! —suspiró su dueño tratando de alcanzarlo. Y el policía del bigote fue a echarle mano, pero se cruzó Don Felipe que, torpón, quería hacerse a un lado.

—¡Quita, coño! —fue lo último que dijo el policía antes de espatarrarse contra el suelo.

—¡Carajo! —exclamó don Nuño.

—¡Pide refuerzos! —le gritó a su compañero desde el suelo.

Y su compañero se lió a porrazos indiscriminadamente antes de acudir en su ayuda, al que ya levantaba el municipal con cierta solidaridad profesional. Después corrió para el coche y tomó la radio.

Entonces se arremolinó la gente, acudieron los vecinos. Un comerciante quiso echar el cierre a la frutería, pero no pudo evitar que el joven de la cazadora se hiciera con una caja de fruta y la emprendiera a manzanazos contra el coche policial.

—¡Aquí Z-57 llamando a central, envíen refuerzos al número trece de la calle...! —pero no pudo seguir, una manzana se le estrelló en la nariz.

—¡Mamones! —chilló. Sacó la pistola por la ventanilla y pegó dos tiros al aire con tan mala fortuna que dio en el globo de una farola. Cayó con estrépito en la acera. La bombilla estalló y todo el mundo se arrojó al suelo menos la señora entrada en que llevaba su vestido nuevo.

—¡Ay, por Dios! —se asusto.

—¡Matadnos a todos! —gritaba el hombre del embudo con el chisme en la mano.

—¡Conque poniéndome la zancadilla, eh? —dijo el policía que se había caído a Don Felipe que se había sentado contra un árbol y no daba crédito a lo que veía. Y el policía le arreó un bofetón que le dejó tieso.

Don Nuño, al verlo, trató de socorrer a su jefe, pero el municipal creyó ver en su acción un ataque contra la autoridad y la emprendió a golpes con don Nuño que al recibir los primeros porrazos de su vida se revolvió iracundo:

—¡Oiga usted! ¡Usted no sabe con quién está tratando!

Llegaron unos jovenzuelos de muy mal aspecto. Probablemente pensaban atracar la frutería, pero al ver el follón se cabrearon y arrojaron las cajas de fruta contra la lechera. El policía trató de dar marcha atrás y se estampó entre una farola y una señal de prohibido aparcar. ¡Zas! ¡Otro manzanazo! El cristal delantero hecho pedazos.

—¡Ay mi madre, que esto se pone feo! —se dijo el policía al volante. Y pegó otro par de tiros que esta vez dieron en un balcón y de refilón en una cornisa que a su vez se desplomó sobre el toldo de una zapatería llenando la calle de polvo.

—¡Bombas lacrimógenas! —gritó el joven de la cazadora de cuero, y pensó en irse a su casa, pero algo se lo impidió y cogiendo ladrillos de una obra cercana los arrojó a discreción dando al urbano en la espalda y a nadie más.

—¡Estoy herido! —se quejó el municipal.

La pareja de policías salió huyendo. Llevaban las pistolas en la mano. Temerosos, los conductores pararon sus coches, de un autobús bajó un tropel de escolares. Los obreros de una zanja dejaron mano y acudieron con palas. El tráfico estaba detenido. Se oyeron sirenas cercanas. Los jóvenes malcarados se liaron a golpetazos con la lechera y finalmente decidieron quemarla. Unos de ellos sacó una escopeta recortada y soltó una perdigonada al buen tuntún que arruinó el escaparate de una caja de ahorros. Los empleados salieron en estampida. Volaron botes de humo por encima de los coches detenidos, los antidisturbios venían por las aceras y la gente corría. Al ver a los obreros con picos y palas se lo pensaron más y deteniéndose hicieron una descarga de pelotas de goma, una le dio al hombre del embudo en el cachivache mandándose a hacer puñetas, otra rozó peligrosamente el generoso pecho de la señora entrada en. Al frutero le dio un ataque de histeria y la emprendió a melonazos con los antidisturbios, se los lanzaba como si fueran bombas de mano.

—¡Bueno va...! —gritó un peón de albañil con admiración.

—¡Dabuti colegas! —exclamó uno de las macarrillas que iba literalmente ciego lanzando andanadas con la escopeta a diestro y siniestro.

Los escolares incendiaron el autobús. Los conductores, arrojados al suelo entre los coches, devolvieron a sus dueños los botes de humo como única manera de no quedarse ciegos, y aún así, lloraban como descosidos. Don Felipe hacía rato que había perdido su bonito tirolés y trataba de apagar el incendio de un quiosco.

—Déjelo —le decía Don Nuño—, que yo conozco al dueño y es un rojo.

—¡Ahí va dios! —se admiró un transeúnte al salir del metro. Y viendo la magnitud del fregado optó por volver donde había venido. Pero a mitad de las escaleras tropezó y cayó rodando dislocándose un tobillo.

—¡Cagüendiez! —se dijo muy enfadado—. ¡No, si ya no sabe uno...!

—¿Qué le pasa buen hombre? —le preguntó una viejecita que venía de ver al Cristo de Medinaceli como todos los viernes.

—¡No salga, no salga! —le advirtió el accidentado—. ¡Que hay una huelga!

El teniente que mandaba la compañía de antidisturbios ordenó cargar.

—¡A hostia limpia! —gritó enérgico.

Momento que casualmente coincidió con la salida de los trabajadores de un almacén de la tabacalera. Los antidisturbios repartieron con ganas, pero los obreros, que tampoco eran mancos, y sin preguntarse el motivo de la agresión, les apedrearon hasta hacerlos retroceder. Un delegado sindical se subió a un coche:

—¡Compañeros! —aulló— ¡No caigamos en provocaciones!

Mas cuando quiso darse cuenta, sus compañeros habían salido corriendo dejándole solo. Un gigantesco antidisturbios le agarró del tobillo y lo tiró al suelo donde remató su tarea con media docena de culatazos.

—¡Ay, que me mata! —gimió el pobre.

El hombre del embudo en la cabeza echó a correr. Al pasar al lado de la señora entrada en, la rozó del brazo.

—¡Huyamos, señora mía!

—¡Qué salvajes! —se quejó ella.

Calle abajo para Atocha, la multitud corría alocada. Grupos de jóvenes coreaban consignas a la par que arrojaban diversos materiales a la vía pública.

—¡Huelga general, huelga general! —gritaban con decisión.

Por los bares cercanos a la estación corrían alarmantes rumores. Las gentes huían en desbandada y los comercios cerraban apresurados.

—¡Que han matado a dos! —le dijo la gitana de las flores a la lotera.

No tardó en hacer su aparición un helicóptero, que sin dilación orientó la acción de las fuerzas de orden público. La policía se hizo dueña e la calle. La circulación pudo reanudarse y los municipales retiraron los coches cruzados. El gobernador recibió un detallado informe de lo sucedido e informó con prontitud al ministro, quien a su vez se apresuró a llamar al presidente, quien sin ninguna duda le ordenó silenciar la noticia.

Don Felipe y Don Nuño llegaron tarde a la oficina donde comentaron indignados esto y aquello. El joven de la cazadora de cuero fue detenido y apaleado en el furgón celular. Los escolares llegaron tarde a clase y el maestro les puso un correctivo. Al frutero lo encerraron en un instituto de salud mental. Los mozalbetes malcarados terminaron todos en el reformatorio. Y en cuanto al embudo, lo recogió un chatarrero días después y lo vendió al peso por seis duros.

Pero en un apartado piso de dos habitaciones, cuarto de baño alicatado hasta el techo y parqué en las zonas nobles, el hombre del embudo y la señora entrada en, iniciaron un feliz amancebamiento que meses después cuajó en boda. No tuvieron hijos, pero en el primer aniversario, la señora entrada en, le regaló a su marido un embudo

bañado en oro con una inscripción que decía: ¡Al diablo con todo!

En Vallecas, 1976.

CUENTOS DE LA SERIE: ¡BIENVENIDOS IDIOTAS!

2

CIEN PATADAS EN EL HÍGADO.

De Honorio

Caía, caía sin freno, una turbulencia blanco amarillenta me envolvía en una vorágine estelar. Miles de sólidos puntitos golpeaban sin cesar mi cuerpo perdido. Todo un cosmos en lucha conmigo mismo.

—Es el fin —no pensé.

Me moví mientras estaba quieto. Un vapor venenoso recorría todo mi cuerpo no encontrado.

—Debe ser la hora de volver a casa —dije sin hablar.

Mientras, en el fondo más perdido de la tulipa cagamoscada que iluminaba la escena, dos moscas se hacían el amor. Sus gemidos llegaban hasta mí. Una de sus alas me golpeó la nariz. Hemorragia. La sangre amenazaba con llegarme al cuello. Afortunadamente no se nadar musité a la par que me ahogaba. Alguien me dio una patada en el hígado...

—No creo que sean maneras —dije con cierta irritación justificada.

—Voy a extraerte esa muela cariada, chico. Así serás más civilizado —dijo uno de los recién llegados.

—¡No toquen esa muela! —aullé—. ¡Puede explotar!

Diez millones de fragmentos de muela del juicio final volaron en todas direcciones.

—¡Vaya ejemplar! —se admiró uno de los acompañantes del recién llegado, a la vez que sacaba un paraguas para protegerse de la lluvia.

—Perdonen mis modales —supliqué—, pero tengan en cuenta que estoy muerto. ¿Señor...?

—¡Jesús Pisto! —respondió el interfecto—. ¿Comprendes lo que te quiero decir?

—Sí, pero prefiero que lo pague el seguro, ya sabe que estas operaciones cuestan un riñón —mascullé con alguna esperanza.

Alguien se acercó. Era gordo, inmensamente gordo, tan gordo que llevaba la tripa sobre un patinete. Su voz era verde como los billetes de mil.

—¡Judíos, salid! —gritó mientras Mios infinito asentía con la cabeza.

—¡Raus! —confirmó el gordo, que no era otro que el ladrón de la mano derecha de Jesús Pisto.

—Ustedes perdonen —murmuré medio vivo de miedo—, sólo soy un pobre pasado.

—¡Carné! —ladró Mios infinito. Y una juguetona araña tejió su tela de ídem entre la nariz y el labio leporino de Mios misericordioso en el eviterno espacio de tiempo entre las dos sílabas de su mandato.

—Lo siento... —me disculpé—. La K.G.B. me lo hizo comer en la última huelga de hambre en Carabanchel.

—¡Malditos ateos...! —dijo para sí Jesús Pisto—. Ya no hay caridad en el mundo, mira que dejar a un pobre chico sin documentación.

—¡Madre! —exclamó dirigiéndose a Mios Padre!—, debo volver y completar mi labor, será fácil poner en marcha las cámaras de PAX. —Y comenzó a reír cristianamente.

—¡Diablos, Mein Mios! Yo le acompañaré —se apuntó el gordo sin necesidad de imitar a Himmler, pues era él mismo.

Un coro de ángeles celestiales cantaba a lo lejos. Un amanecer tenebroso. Un libro ardía mientras los bomberos hacían fiesta. Las SS desfilaban al paso del oca-irí, oca-irá. Alguien me dio dos patadas en el hígado...

—Este cadáver me suena —afirmó con seguridad el policía.

El cadáver era yo, estaba irreconocible, destrozado por mil torturas. Los arcángeles habían hecho un buen trabajo. En alguna parte de mi cuerpo lloré desconsoladamente. Gritaba, pero nadie me oía. El oscuro policía rascaba la mierda de mis uñas con un punzón.

—Esto nos servirá para identificarle.

Justo debajo, en la más sucia cloaca metropolitana, ciento sesenta y tres ratas se hacían el amor sin pensar en el ministerio de la gobernación que lo tenía absolutamente prohibido. Pero sin que lo supieran las ratas, dos personas y un solo Mios verdadero les miraban. Dos mirones, Mios todopoderoso que lo ve todo, y el ojo central de su triángulo.

—Misericordia... —le pidió mi cadáver al policía.

—¿Cómo dice usted? —respondió éste sin extrañarse, pues en sus archivos ya figuraba otro cadáver que resucitó al tercer día.

—¿Mande? —insistió.

Pero... mi muela reagrupó sus dispersos trozos. Acudían a la llamada de la muela del juicio final. Era la resurrección de la muela. Y en medio de un gran ruido, mi cuerpo resucitó y yo con él. Mal que les pesase a Mios, a Jesús Pisto, a Lázaro, al policía, y a todos sus muertos.

—Que no vuelva a suceder —dijo el hombre de la porra.

Tenía que librarme de él. Devoré con ansia su larga porra. ¡Oh, fue maravilloso! Notaba sus tersas fibras vibrar en mi estómago. Entonces les vi. Eran ellos, ¡ellos! ¿Os dais cuenta? No es fácil librarse de los esbirros de la casulla ni aun después de muerto. ¡Ni remuerto!

Me invadió un golpe bajo-religioso. Se apoderaba de mí, ¡me seducía con sus caricias de confesionario! Pero aún me quedaban recursos... Dejé que se acoplara mejor a mi cuerpo. Su amor era acre, amargo como una bellota. Una náusea gástrica recorrió mi pene y veinte orgasmillos saltaron al vacío.

—Qué voy! —dijo un espermatozoide inexperto.

—¡Maldito marica! —dije.

—Te queremos, te queremos —aseguraron los de las casullas.

—¡Oh, ámanos! —confirmaron los acólitos.

Me fui al jefe y le di un bocado en el pene. Era mi única salida, creedme.

—¡Atiza! —gritó Jesús Pisto—. ¡Me has castrado! ¡Venganza!

Le vi llorar desesperado, su mejor argumento estaba en mi estómago. Un destello sádico se reflejaba en mis órbitas. Lo miré risueño. Su maldita religión olía ahora a pies de labriego. Se encogió, se redujo a un mierdoso bebé que quedó en el suelo. Llevaba una graciosa coronita clavada con dos puntas y un piojoso pañal le recubría el culo. Encima, con una mano parecía bendecirme. Alguien tocó un villancico y unos pastores sacaron billetes para Belén.

—¡Socorro! —pedí—. ¡No podré soportar otro ciclo!

—¿Qué te parecen mis trucos? —dijo el bebé.

Tomé una drástica decisión. Fui al polvorín y robé la dinamita que sobró del asesinato de un millón de españoles. Después hice saltar por los aires al bebé, a los pastores, al villancico, al guardia que ordenaba la cola de mirones, y a los propios mirones. Nadie me daría más patadas en el hígado.

—¿No está mal este chocolate, eh?

—Sí, es bueno, casi un doble cero...

CUENTOS DE LA SERIE: ¡BIENVENIDOS IDIOTAS!

3

EL TRIPI.

De Honorio

—Te has pasado, tío. —dijo Boty

—¿Tú crees? —le respondió Doty asustado.

—¡Naturaca! ¿Sabes quién es esa ja?

—No.

—Es la tronca del Petas —afirmó Boty con cara de circunstancias.

—¿Sí?

—¿Y tú crees que se mosqueará el tipo ese?

—¡Vaya!

Me has cortado tipo, ya no sé qué hacer —masculló intranquilo Doty.

—Bueno... Ahí viene el Petas —musitó Boty mientras iniciaba la retirada.

—¡Espera! —gimió Doty—. No te escurras, es tipo es un matón. ¿Somos dues, no?

—¿Cómo somos...?

—Claro, no te vas a pirar ahora cuando te necesito.

—Que no nos pase nada...

El Petas se acercó. Era un tiarrón que impresionaba. Con una cazadora de cuero negro terrorífica. Andaba como si estuviera escocido, remetiéndole las puntas de sus botas cubanas hacia dentro. La mirada perdida en un desafiante infinito y mostrando unas manos con los nudillos encallecidos de golpear makiwaras, sacos de arena y otras gentes.

Se plantó delante de Doty. Abrió las piernas y puso los brazos en jarras.

—¿Passa...? —dijo a modo de saludo.

—Hola tío —le responde Doty no muy seguro.

—Heme aquí —dice el matón— porque me han soplado cierta historieta sobre tu menda que me tiene chingado el

hígado.

—Este.. —trata de decir Doty.

—Corta el rollo —le interrumpe el Petas— naquera mi menda. —Y siguió:

—Como chamullaba, me han largado que te marcas algunos jaris con mi tronca, y como tengo el mirlo muy fino y se me encaloma el rollo chungo rápidamente en el coco, pues vengo a que te curres el discurso guapo que te has preparado.

—Bueno, tío —responde Doty confuso—. No te enrolles mal. Yo no chanaba que era tu tronca. La tipa no me lo dijo. ¡Yo qué sé tío! Te juro que no la diquelo más.

—Corta que me duermes, ¿te has acostado con ella?

—Sí... —responde Doty, preparado para lo peor.

—¡Pues para ti para siempre, macho!

—¿Cómo...?

—Que desde ahora es tu tronca.

—¿Lo dices en serio?

—Lo que has guindado —aseguró el Petas muy serio, y continuó en plan confidencial:

—Estaba hasta las pelotas de ella.

—¡Te cagas! —se rió Boty.

—¿Echamos unos quiquis para celebrarlo? —preguntó el Petas con desparpajo.

—Estamos secos —aclaró Boty.

—Yo tengo casi un talego —les informó el Petas.

—Se dirigieron al Bulevar, iban sin prisas, saludando a unos y a otros, hablando del eso del eso, o se a de costo, de vida, de chocolate, de tripis, y hasta de coquita. Al lado de la parada de la garrula vieron al Botines con la misma cara de hiena que siempre.

—¿Le entro yo? —dijo Doty voluntarioso.

¡No, qué pasa? Vamos los tres —dijo el Petas, que no le tenía miedo a nadie.

El Botines era un tipo bajito y seco, con una cara amargada, tensa y sesgada por una palidez de heroinómano y las uñas de la arpía que tenía por novia.

—¿Tienes chocolate? —le preguntó el Petas.

—¿Qué te crees que hago aquí? —le respondió el Botines con chulería.

—Queremos un talego —atajó el Boty.

—De aquí —y el Botines sacó una barrita.

—Sólo tenemos novecientas pelas —aclaró el Petas contando las libras.

—¿Qué passa?, ¿de qué vais vosotros? —se mosqueó el Botines.

—Eso es lo que hay sentenció Doty.

—¡Pasando, tíos, pasando! —graznó el Botines guardándose el costo, y terminó: ¡Aligerar!

—Eres un poco chungo, tú —le espetó el Petas que hacía rato que estaba nerviosillo.

—¿De qué? —y el Botines le plantó las narices al Petas sin amilanarse.

—¡Qué chungalí! —mentó Boty refiriéndose a la situación.

No muy lejos se oyeron gritos y algunas carreras precipitadas. Los camellos salían en estampida.

—¡Coloqueta! —decían.

—¡Viene la madera!

—El botines se percató en seguida de que venían a por él. Dos estupas se acercaban al trote. Se metió las manos en los bolsillos y descargó la mercancía debajo de un coche. El Petas y sus dos amigos, temerosos de la madera, se habían metido en un bareto. Al Botines no le dio tiempo a huir. Lo trincaron y lo mandaron para la lechera.

—Estamos fuera de cacho —confirmó Doty cuando la madera se piró.

—¿Dónde lo habrá chindado? —preguntó el Petas refiriéndose al chocolate que el botines había tirado.

Lo encontraron al rato. Varias barritas de chocolate, y ¡oh fortunata!, tres hermosos tripis, tres, bien envueltos en papel de celo. Se apalancaron en una esquina cercana y se los comieron. Entonces, cuando les subió, se sintieron otros y en otro lugar. Un paisaje lleno de antropoides, de bosques carnosos en movimiento y de grutas procelosas de hormigón. Y también pasaban mujeres, tentadoras, redondas como ánforas...

El Petas sonreía idiotamente dejando entrever sus feas caries.

—Me hubiera gustado sacarle las tripas al Botines —dijo—, sólo por entretenerme —y decía esto como si la acción de esparcir las tripas del susodicho camello careciera de mayor importancia.

—Lo hubiera puesto todo perdido —terció Boty con los ojos grandes como platos.

—Siempre podríamos haber hecho unos callos a la madrileña —se consoló Doty con una lógica que le parecía aplastante.

—¡Bah!, es igual —terminó el Petas—, no hubieran salido buenos, ese tipo tenía muy mala entraña.

Caminando por la avenida de la Albufera, comenzaron a darse papirotazos unos a otros. Doty aprovechó para atizarle algunos porrazos considerables al Petas, ahora que todo le importaba tres cojones. En un portal se liaron un mai. Allí estaban fumándose, cuando entró una mujer bien rellena, potente como un camionero. Se detuvo un momento y después de mirarlos les sonrió levemente, como hacen las gentes cuando se encuentran con algo que desaprueban pero sin valor para montar el pollo. Luego sacó las llaves del piso y abrió la puerta del bajo.

—¡Qué buena está! —rugieron cuando hubo cerrado.

—¡Es chachi, colegas! —gritó Doty relamiéndose la fantasía que chorreaba por los morros.

—Podríamos entrar y violarla —masculló el Petas a pesar de que no estaba por la labor.

—¡Sí!, una sesión de vagina jazz —canturreó Boty.

¡Daguti! —dramatizó Doty—. La larga nube fálica destrozará el candor y la ingenuidad de las prostitutas monogámicas de los burgueses acomodados.

—¡Hostias! —se sorprendió el Petas por la facundia del Doty.

—Sí, estaría bien —aprobó Boty—. Apartaría la puerta de un patadón con mis botas Pzkw-IV, ella aullaría y quedaría paralizada. ¡Bájate las bragas! —le diría—, dios ha oído tus oraciones, sucia ramera del "sí quiero", el arcángel San Gabriel —y se señaló con el pulgar— hará maravillas en tu clítoris.

—¿Y qué dice ella? —se interesó el Petas por la historieta.

—Podría decir... —se adelantó Doty con voz aguda—. ¡Camaradas!, ¡camaradas obreros! ¡Alto! ¡Deteneos! Soy la mujer del secretario general del partido de las masas proletarias...

—Habría entonces que convocar una asamblea —aseveró el Petas con convicción.

—¡Está claro! —dijo Boty—. ¿Táctica?

—Vosotros la agarráis y yo se la... —exclamó el Petas.

—¿Estrategia?

—Yo la agarro y vosotros se la...

—¿Condiciones objetivas?

—Su marido no volverá hasta dentro de tres o cuatro días.

—¡Humm! —masculla Boty—, A esta fulana le va la marcha. Nos lo está poniendo muy fácil.

—Creo que debemos largarnos —se inquietó Doty—, esa infelizorra es un peligro público.

—Sí —explicó el Petas—. Imagina que te abraza, que te engulle el pito y empieza a moverse. Esa tía nos puede lujuriciar.

—¡Es una ninfomaníaca!

Y en estos inofensivos diálogos, la mujer abrió la puerta, asomó la cabeza por la puerta y con muy corteses palabras, les pidió que bajaran la voz. Nuestros tres héroes salieron del portal como alma que lleva al diablo.

—¡Fiuu! —silbó el Petas—, de la que nos hemos librado. Menudas orejas tenía, te da con una y te deja K.O.

—Chano una gusa tremenda —se quejó Doty—, podríamos ir al Hexágono y ponernos ciegos.

—¿Con qué pelás?

—¿Qué pasa? Le damos un tirón a una purili y ya está —dijo el Petas que a esto si se atrevía.

—Paso de jaris —adujo Boty.

—No nos cortes, tronco —le replicaron.

—Enróllate bien —insistieron.

—Enrollaros vosotros —les contestó.

—Eres un chungo, chaval —volvieron a la carga Doty y el Petas.

—Cortar el rollo y no me deis la barrila —se defendió Boty.

—¡Eres un flai, colega! —le insultaron—, un flai, ¿vale?

—¿Un flai, yo?, ¿un flai, yo? ¿Pero qué passa? Yo me enrollo de buten. Y os lo voy a demostrar. Me voy a ir para mi quel y me voy a mercar tres bocatas. para que veáis.

—¡Buten! Si es así...

—Al rato regresó Boty con tres hermosos bocadillos de chorizo y una cerveza de litro. Se chindaron en un descampado y se los zamparon entre trago y trago de San Miguel.

—Aquí no hay más que mierda, pura fulai —se quejó el Petas de las cagadas que había en el solar.

—¡Una fulañí! —corroboró Doty solidariamente.

—¿Mierda? ¿Qué semáis vosotros de la ful?, ¿eh? —les contestó Boty con la carrillera a tope de bocata.

—Sólo sé que cago —dijo el Petas a modo de axioma.

—¿A ver? —preguntó Boty—, ¿dónde se guarda la mierda que ha cagado la humanidad durante un millón de años?, ¿eh, dónde?

—¡Vete tú a saber? —respondió Doty escupiendo un trozo de piel del chorizo.

—Piensa, piensa —insistía Boty.

—La tiene acumulada el Pentágono en un lugar secreto, como arma total —suelta el Petas con una carcajada salpicada de migas semideglutidas.

—No...

—Ya sé —dijo Doty—. La han usado los americanos como arma química en el Vietnam.

—¡Hombre!, es un idea —concede Boty—. ¡Toma mierda, charly!, diría el piloto yanqui del B-52 mientras suelta veinte mil toneladas de ful sobre territorio comunista.

—¡Sí! —se entusiasma el Petas—. Y todos los Nang, Tong y demas charlys darían vivas de agradecimiento el tío Ho por haber conseguido que toda la fulañí del mundo occidental cayera sobre sus tierras. ¡Menudo cosechón!

—Me disgusta la idea ahora que lo pienso —terció Doty—. A los viets los matan con napalm.

—Quizá el gobierno —dijo el Petas, que no paraba de buscar soluciones—, la reparta la próxima Navidad y comeremos ful en vez de turrón. Total, con la contaminación, es posible que no notemos la diferencia...

—¡Qué burros que sois! —gritó Boty, harto de escuchar tonterías—. La mierda ni se crea ni se destruye, ¡se transforma!

—O sea —empieza a aclararse Doty—, lo que cagamos se transforma en fulai que luego comemos y volvemos a cagar.

—¡Atiza! —se asombra el Petas—, siempre cagamos lo mismo.

Pero Boty, que guarda un as en la manga, saca de su ajada cartera un par de folios manuscritos de Dios sabe cuándo y dice triunfante:

¡Escuchadme lo que os voy a leer! —y siguió—. Un hombre de setenta kilos caga al mes entre treinta y cuarenta kilos de ful, lo que viene a ser al año unas cuatrocientas toneladas. de mierda. Como la media de vida se encuentra alrededor de los sesenta y cinco años, un hombre normal caga al cabo de su vida unas dos mil setecientas toneladas de mierda, que supone más de treinta y dos veces su propio peso. Es decir, nos transformamos en

mierda alrededor de treinta veces a lo largo de nuestra vida.

—¡Fabulosa reencarnación!

—Cada vez que cagamos hacemos un esfuerzo nada despreciable, que medido en julios se acerca a unos dos mil o bien cuatrocientas ochenta calorías, lo que al año y por persona acumula un gasto energético de ciento cuarenta y cuatro mil calorías, o sea, en una sola semana la humanidad gasta en giñar más de ochocientos sesenta y cuatro billones de calorías. La humanidad lleva un millón de años cagando sobre la Tierra, que ha sido cagada por casi setenta mil millones de personas. ¿Cuál ha sido el gigantesco gasto energético utilizado por el hombre en giñar? ¡Nada menos que cien mil millones de calorías! Y teniendo en cuenta que nuestros antepasados fueron alrededor de sesenta y siete mil millones de personas, llevamos giñados uno ciento noventa mil millones de toneladas de mierda.

—Así piso yo tantas —se sinceró el Petas que por fin había visto la luz.

—Está claro, tíos —terminó Boty—. Este sistema es una ful, está basado en mierda, mierda a la que todos contribuimos con nuestro granito. Imaginaos que no cagamos en una semana. Nos ahorramos tres mil calorías que no hay que toma de las fuentes capitalistas. Imaginad que toda la humanidad se abstiene de giñar en una semana. ¿Os dais cuenta qué palo a los trust energéticos? En un mes todas las multinacionales, las siete hermanas, quebrarían. La economía mundial a la mierda, y nunca mejor dicho. ¡La Revolución! Nada de huelgas y manifestaciones. Hay que abstenerse de cagar desde hoy y a la mierda el capital. ¡Estreñidos unidos jamás serán vencidos!

Y allí mismo formaron el comité central del Movimiento Internacional Estreñidos Revolucionarios Del Año (M.I.E.R.D.A)

—Menos mal que podemos seguir meando —suspiró Doty—, porque con la birra tengo unas ganas...

—No ha estado mal este tripi —se dijo Boty camino de su queli—, hemos fundado el verdadero partido revolucionario de las masas y nos hemos tirado a la jamona, ¿o no?

En Vallecas, 1.976 y no sé qué día.

CUENTOS DE LA SERIE: ¡BIENVENIDOS IDIOTAS!

4

El Hombre Invisible.

De Honorio

"Ser invisible no es ninguna ganga"

Aquella mañana el hombre invisible amaneció con muy mala cara, la noche anterior se había acostado con acidez de estómago y levantarse se le hizo cuesta arriba. Se palpó las invisibles mejillas frente al espejo y percibió con horror las aparentes ojeras que circundaban sus ojos. Presto como raras veces, tomó papel y lápiz y confeccionó una lista de síntomas por el expeditivo procedimiento de apuntar todo lo que funcionaba mal. Tras la diecinueve anotación, más presto todavía, corrió a su flamante manual Merck cuarta edición en castellano y reconfecionó otra lista de posibles enfermedades. El horror cobró toda su fuerza entonces.

Seguramente padecía, y sólo citaremos las más importantes: Diabetes Mellitus, sífilis, distrofia epitelial, flatulencia, hemorroides, caries dental, hipocaquexia de origen desconocido y alopecia. Amén del pertinaz estreñimiento de toda la vida.

—Lo de la diabetes pase, pero lo de la sífilis... —se decía el hombre invisible—. Con lo que me cobró. En fin, tengo que ir al médico.

Esto se lo decía el hombre invisible una mañana de cada tres. Pero el hombre invisible jamás había ido al médico, porque los galenos le aterrorizaban. Esa era una de las razones por las que nuestro personaje gozaba de una excelente mala salud.

Para empezar no conocía ninguno, ignorancia que en cierto modo le beneficiaba. Y el médico al que invariablemente prometía acudir cuando sus males parecían agravarse, era un ser etéreo y de muy poca consistencia carnal. El Hombre invisible se lo imaginaba grande, muy grande, de bata impoluta y rostro bronceado y sano. Ojos azules y fieros. Pocas palabras pero mortales, un termómetro en la manga como un as escondido, y ese odioso aparato que siempre obliga a desnudarse de cintura para arriba.

El hombre invisible decidió que sin más vacilaciones aquella mañana acudiría a la consulta del médico. Buscó su cartilla veintiocho—barra y consultó la dirección del facultativo que le correspondía por méritos propios. Como era un hombre realista sopesando las siniestras hazañas que le habían contado de los facultativos de la seguridad social, decidió tirar por la ventana la cartilla S.S. y encaminarse con rumbo a lo desconocido en busca de un médico cualquiera. Esta decisión tan drástica en una vida llena de indecisiones le llenó de orgullo. Se le olvidó un poco su malhumor estomacal-genital-malsabordeboca-anal y silbó algunos pasajes de imposible reconocimiento de la cabalgata de las Walkirias.

El día estaba fresco y un birujis molesto le arremolinó al hombre invisible los pelos invisibles de su cabeza ídem.

Y además, como el hombre invisible iba desnudo, de otro modo sería visible, tiritó un poquito.

Se metió en una cafetería, y mientras un orondo cliente no pudo resistir la tentación de gastarse las pelus en una máquina tragaperras, se zampó en un santiamén el temporalmente abandonado desayuno —café con leche y cruasán plancha— del susodicho gordo, dejándolo luego en airada discusión con el camarero sobre por qué retiran las consumiciones que aún no han sido idemmidadas. El camarero, que hacía años que estaba harto de serlo, tuvo un valiente arranque y le vació en la cabeza una jarra de leche calientita, lo que le costó el puesto, pero un día es un día —se dijo mientras caminaba hacia la oficina del paro.

El hombre invisible se acercó al estanco, cogió al vuelo su tabaco preferido, le dio un pellizco a la estanquera, quien chilló, y se fue dando zancadas calle abajo, sorteando señoras gordas, ciegos de la once, y desafortunadas loteras.

En una esquina le pidió lumbre a un apresurado ejecutivo —importante cartera en ristre—, que caminaba calle arriba con cara de muy mucha prisa y muy pocos amigos.

—¿Me da usted fuego, señor mío?

El ejecutivo se detuvo. No vio a nadie, el hombre invisible insistió. El ejecutivo sacó el Dupont con gestos presurosos y le dio fuego al aire.

—Un poco más alto —le pidió el hombre invisible—. Gracias —añadió cortés exhalando poderosas bocanadas de humo. Y siguió su camino más feliz que unas pascuas.

Nuestro ejecutivo dudó un momento, primero miró por el rabillo del ojo a la izquierda y luego a la derecha.

—¡Jesús! —exclamó. Y se puso colorado como un tomate. Entró en un bar y pidió un doble de güisqui y con prisa agónica lo vació de un trago. Se acercó al teléfono, discutió con el camarero (otro), que si funciona, que si no funciona, y llamó a su siquiatra visiblemente alterado, quien al oler su aliento le dio una cita para esa misma tarde. De paso llamó al abogado y le preguntó por su divorcio, quien le nombró una cifra —para empezar— que terminó por desquiciarle. Puestos a usar el teléfono llamó luego a su amante y le soltó unas lagrimitas, y para terminar llamó a la oficina pidiendo el día libre con la excusa de un entierro. Luego respiró más tranquilo y se bebió tres güisquis más. Al terminar la mañana estaba contándole su vida a una fulanilla que no hacía más que aplastarle los bajos con la rodilla porque no era el único y no podía perder toda la mañana por mucho trajecito del Corte Inglés que llevara el maromo.

En otra esquina, el hombre invisible leía el periódico por la parte de los cines, cuando terminó el desolador panorama se leyó todos los anuncios de masajes sexis. No había ido en su vida, pero le emocionaba el misterio que cada una de aquellas llamadas al más desbordante placer francés, griego, turco, disciplinario, etc..., tenía en su interior. Suspiró profundamente y le regaló el periódico a una viejecita de las que nuestro infame gobierno permite que duerman sobre un montón de cartones y papeles atados con cuerda de tender bragas.

—Tome buena mujer.

—Gracias, hijo —le respondió la anciana sin que le importará que el diario nadará en el aire sin sostén.

Tres manzanas más allá, el hombre invisible se dijo a sí mismo que por mucho que lo retardase, tarde o temprano su estómago volvería a despertarse y estaremos en las mismas.

Levantó la cabeza e inhaló aire —que es la forma científica de respirar—. ¡Adelante, muchachos! pensó el hombre invisible.

Sus ojos se perdieron por las fachadas de los más viejos edificios de la calle. Un rótulo le llamó poderosamente la atención: "Piel, venéreo, fimosiis" decía el infamante cartel. Y el hombre invisible se estremeció ante aquella muestra de descarnada medicina para quintos. Un poco más a la derecha otro cartel anunciaba una esmerada clínica dental. Y el hombre invisible volvió a estremecerse.

En un portal no muy lejano, una placa a la que un portero sacaba brillo con pertinaz afán, le indicó que en el principal derecha oficiaba el doctor que necesitaba. No cabía duda. Doctor José González. Con un nombre así nadie podía correr peligro. Medicina General terminaba el cobre.

Cogió el ascensor para hacer tiempo y ganas y le dio un susto de muerte a una señora madura que resoplaba fatigada por la pesada bolsa de la compra, al ver como la puerta del vetusto elevador se abría sola y nadie salía. La mentada ama de casa aprovechó para tener un desmayo que culminó con trompazo y rotura de faja de incierto pronóstico. A las cuitas acudió el portero —secretamente enamorado de la finada—, y una vecina con un ojo menos, pues se lo había dejado pegado a la mirilla de la puerta, y el mismo hombre invisible, que entre tantas manos al socorro pasó desapercibido, si bien fue quien corrió con casi todo el esfuerzo de levantar a la gorda.

Nuestro afamado y deletéreo héroe les dejó discutiendo sobre como las puertas de los ascensores pueden abrirse solas y como una hermana del portero sufrió un caso similar pero mucho peor. La cosa no quedó ahí, pues la vecina añadió de su propia cosecha un caso de una prima de su cuñado que quedó atrapada en un ascensor durante algunas horas, y que cuando los bomberos pudieron rescatarla se la encontraron semivestida y con extrañísimos síntomas. La tal prima jamás quiso dar fe o explicaciones el evento pero nueve meses después dio a luz un hermoso retoño con los mismísimos ojos del panadero.

—¡Ah, no! —se defendió la señora espantada por el hombre invisible—. A mí nadie me ha tocado la honra.

Y mentía porque en el barullo de levantarla las manos del portero fueron más libres que sus pensamientos, ¿o sus pensamientos fueron más libres que sus manos?

El corazón le palpitaba al hombre invisible cuando pulsó el timbre de la consulta del doctor José González. Abrió una enfermerita con barrillos en la cara y las piernas flacas y enfundadas en unas asépticas medias blancas.

—Buenos días —dijo el hombre con su mejor sonrisa de cordero degollado.

—Buenos d... —medio respondió la enfermera anteriormente descrita antes de percatarse de que saludaba sola. Abrió los ojos de par en par, sacó el largo cuello por el marco de la puerta y miró y remiró a diestro y siniestro. Luego, quiso cerrar la puerta a toda prisa y le pilló una pierna al hombre invisible que lanzó un justificado juramento.

—¡Socorro! —gritó la enfermera saliendo en estampida hasta que topándose con el doctor lo derribó entre una parafernalia de instrumental y las mallas de un grueso religioso claretiano que había acudido a la consulta por un problema de bilis que le tenía preocupado desde hacía tiempo, más que nada por los flatos que se le escapaban en el confesionario.

El hombre invisible entró cojeando en la sala de espera.

—¡Ay, ay! —se quejaba el pobre—. ¡Empezamos bien!

—¡Pero qué ocurre! —graznó el doctor lleno de facultativa ira.

—Uh, humm, ah, oh... —se explicó su empleada. Y lo remató con algunos, ih, histéricos.

El doctor le propinó una bofetada. Desde sus tiempos de estudiante tenía bien aprendido que este era el mejor remedio para casos así, salvo que esta era la primera vez en veinte años que tenía la oportunidad de aplicarlo. Se quedó muy sorprendido de que no diera resultado, pues la enfermerita cogió una pataleta terrible y tiró un jarrón y luego se rasgó el uniforme, pero sin enseñar nada, para acabar encerrándose en el servicio cargada de lágrimas.

—¿Pero ha visto usted? —se quejó el doctor al clérigo que medio desnudo buscaba su tazada sotana para taparse en sonrojo, inútilmente, por cierto, porque en la sala sólo estaba el hombre invisible dándose masaje en la pierna lastimada y lanzando unos ayes en sordina casi inaudibles.

—¿Será posible? —insistía en su asombro el doctor.

—¡Señor, señor! —le consoló el religioso abrochándose los botones de la negra sotana.

—No, no se vista todavía —le pidió el doctor—, que no he terminado. Y dirigiéndose al servicio agregó:

—Fulanita, Fulanita, anda hija, sal —y como la susodicha siguiera en sus llantos, gritó: ¡Fulanita! ¡Sal de una puñetera vez!

—No grite usted, por favor —le rogó el religioso.

—¿Qué no grite?, ¿qué no grite? ¡Grito lo que quiero! —y siguió—: ¡Fulanitaa! —y no contento con eso aporreó la puerta con tal violencia que la desdichada enfermera se asustó aún más prorrumpiendo en una horrible llantina que puso al borde de una crisis al paciente claretiano, quien calzándose el bonete se fue a toda la marcha que sus sufridos pies le permitían.

Por el marco de la puerta asomaban sus cabezas: el portero, la vecina, una segunda vecina, vecina de la

anterior, y la señora soponciada por el hombre invisible.

—¿Le ocurre algo, doctor González? —dijo el portero con la misma voz que cuando se dirigía al teniente en los tiempos en que fue guardia.

—Pase usted, a ver si convence a esa tonta de que salga del baño —y viendo que su paciente se había marchado salió en su búsqueda, pues teniendo por clientes a toda la cofradía, no podía permitirse el lujo de un paso en falso de semejante calibre.

Cuando el portero y sus acompañantes quedaron solos dudaron qué hacer. El portero se decidió. Se acercó a la puerta del servicio, carraspeó, y dando unos golpecitos de estilo cuartelero le pidió cortésmente a la enfermera que depusiera su actitud que a nada bueno conducía. La citada soltó un alarido que hizo brincar al hombre invisible de su asiento. Y no es que estuviera especialmente histérica, es que puestas las cosas así, no veía la pobre como salir del embrollo sin simular un fuerte ataque de lo que fuera.

Las vecinas entraron en tropel. Hija, hija, sal, sal. Gimieron fervorosas como si no les importara un pimiento el suceso. Anda hija, bonita, sal. Nuevo chillido justo al límite de lo soportable sin tirarse por la ventana.

—¡Avisen a un médico, hombre! —exclamó enfadado el hombre invisible.

—Sí, claro —se dijeron las unas a las otras.

—¡Doctoor! —berrearon a coro—. ¡Doctoor!

—A esta la despido yo —venía diciendo el mencionado.

—¿Qué?, ¿no sale? —le preguntó al portero.

Este negó con la cabeza. Casi estaba firmes.

—¡Fulanita! ¡Está despedida! —gritó el doctor González.

Se abrió la puerta del baño y asomó la cabeza la enfermera.

—No tiene derecho —se quejó.

Y entonces comenzó a llorar de nuevo pero con verdaderos motivos. Lo cual destrozó los nervios al hombre invisible que dijo en voz alta:

—¡Esto no hay quién lo aguante!

—¡Desde luego! —le confirmó el doctor. Y viendo tanta concurrencia exclamó:

—¿Y ustedes qué hacen aquí?

El portero se cuadró pero sin taconazo.

—Yo, Don José...

—Esta señora ha sufrido un ataque —dijo una de las vecinas.

El doctor miró a la señora de arriba abajo.

—Pero..., ahora..., no puedo, ya ven lo que tengo...

—Desde luego ese no es motivo para despedir a la chica intercedió la señora soponciada.

—Estoy completamente de acuerdo —dijo el hombre invisible.

Y entonces sucedió lo que tenía que suceder. Se hizo un silencio más pesado que la losa del Caudillo. Se miraron todos a los ojos. La enfermera levantó el índice y señalando al sofá dijo con voz entrecortada:

—¡Lo ven! ¡Eso es lo que me ha pasado a mí. ¡Aquí hay alguien que habla!

El portero movió la cabeza a ambos lados con cierto aire inquisitivo y profesional, pero en realidad estaba cagado de miedo.

La vecina y la vecina segunda se abrazaron trémulas. La señora del ascensor musitó:

—A mí se me abrió la puerta sola...

—¿Qué...?

—¡Cómo lo oye, doctor! Aquí hay alguien...

El doctor González no daba crédito, pero para aclarar sus dudas, el hombre invisible al tratar de escabullirse derribó una bandeja en un infernal estrépito. Todos gritaron.

Fulanita corrió hacia la puerta de salida y con gran decisión la cerró con llave.

—¡De aquí no sale nadie! —y esta era su única esperanza de no perder el empleo.

Las dos vecinas se habían refugiado tras la mesa. El portero tenía en sus brazos a la señora del ascensor y el doctor González había tomado subrepticamente un bisturí de reglamento.

—¿Quién anda ahí? —rugió.

—¡Tranquilos, tranquilos! —pidió el hombre invisible acojonado por el cariz que tomaba la cosa.

—¡El demonio! —gritó la señora del ascensor apretándose contra el portero, quién en un segundo pasó del canguelo al heroísmo por amor del amor.

—¡Déjeme usted a mí! —gritó el portero. Y soltándose de la señora del ascensor, quién al verse sola fue a abrazarse al doctor —lo que no le gustó nada al portero—, soltándose, digo, comenzó a dar papirotazos al aire sin ningún resultado pues el hombre invisible reptaba por el suelo en dirección a la salida, donde Fulanita montaba decidida guardia.

Tras un buen rato de manotazos y como ningún otro suceso sobrenatural aconteciera, los presentes se calmaron y comenzaron a tomar color. El doctor González le pidió a Fulanita que abriera la puerta para que todos pudieran salir. Ocasión que el hombre invisible aprovechó para marcharse con viento fresco. Pero la cosa no quedó aquí, pues de todas formas Fulanita perdió su empleo pues el doctor cerró la consulta y se fue de vacaciones con su amante. El Portero y la señora del ascensor terminaron por enredarse en el descansillo del entresuelo y fueron sorprendidos por una de las vecinas quién lo corrió a viento y marea hasta que se enteró el marido de la señora quién agarró de la pechera al portero y encima consiguió que lo despidieran.

Y el hombre invisible no volvió a tener tentaciones de tal calibre, consolándose en soledad de sus dolencias, hasta que un día se topó de narices con Fulanita y siguiéndola y llegados al portal donde vivía ésta, se lo contó todo entre el justificado asombro de la ex—enfermera y las disculpas del hombre invisible. Y tan bien se explicó nuestro héroe que al terminar su historia y algunas palabritas después, ya eran novios formales. Y Fulanita le prometió que cuidaría de él. Y una semana después se besaban en el portal.

En Vallecas, 1980

El cómplice melancólico.

De Honorio.

- 1 -

Por la larga cinta asfaltada circulaba a gran velocidad un potente coche deportivo. Su pintura plateada, por gusto de su dueño, contrastaba con el oscuro pavimento. Pero aunque no hubiera sido así, su alocada velocidad, desierta la carretera, por fuerza resaltaba. Aquel lujoso automóvil donde viajaban el hombre y su acompañante, no tenía rival en muchos kilómetros. Parecía que la comarca, aquietada por la puesta de Sol, descansase sólo para que aquella maravilla de los afanes humanos no tuviera competencia.

Las sombras de crepúsculo, siendo siempre de notas lentas y alargadas, se estremecieron contemplando la marcha de la máquina. En el horizonte y queriendo alargar la tarde relajada todavía chispeaba el Sol. Y eran estas sombras, las que invadiendo el vehículo, bañaban, si no de luz, sí de éter, la quietud de los pasajeros.

El hombre conducía aparentemente inmóvil sin más esfuerzo que la vista fija en el infinito y recto final. Pisaba el acelerador con decisión, pero, experto conductor, apenas podía decirse que tal acción le absorbiera.

Tenía los ojos azules, de un raro azul que ayudado por el momento enverdecía milagrosamente a cada destello. Encendió un cigarrillo, y para hacerlo, soltó un instante el volante. El coche ni siquiera pestañeó, como si una mano extra hubiera acudido a los requerimientos del conductor, Dios sabe de dónde, para encargarse de esa rutina. Luego exhaló el humo con gusto y dejó que el pitillo colgara lacio de sus labios, por ello, el humo ascendió hasta sus ojos y hubo de entornarlos formándosele tenues arrugas. Aún no había cumplido los cuarenta y por su aspecto podría tomarsele por nativo de algún lugar del medio oriente. Sí, tenía un cierto aire árabe, de refinado caíd de ojos azules. Se llamaba Leo.

Ella, rubia caucásica, pasaba sin serlo por extranjera. El pelo, largo y ahuecado, se ajustaba perfectamente al pálido rostro. La frente pequeña, los ojos grises y ricos. La mirada algo asustada aunque lo disimulaba. Ceñido el pantalón a sus flancos bien formados. Zapatos de afilada punta estropeando la moqueta del coche.

Observaba hipnótica la carretera y por momentos contraía la espalda contra el asiento, sintiendo en los riñones toda la tensión de la conducción que a Leo le faltaba. De resultas de este miedo se sentía cansada y con ganas de orinar pero, compartiendo la prisa de su acompañante, callaba en espera de mejor ocasión. Los kilómetros pasaban y, en su inmóvil contramarcha, la tierra agrietada traía a veces unas cepas, un chaparro. Algunas nubes se cernían lejanas amenazando convertirse en negras. La mujer dudaba si rogarle una parada, un alto para su necesidad. Se mordía los labios luchando con su valor. Luego, y cuando la llanura, y sin ningún motivo justo, se doblaba sobre sí en lomas y curvas, y asustada todavía más por las frenadas, se decidió:

—¿Piensas seguir mucho? —aquí carraspeó—. Necesito que pares.

Así lo hicieron. Se había levantado un aire frío y, destemplados por el arrullo de la calefacción del coche,

tiritaron, especialmente ella. Cruzó los brazos sobre el pecho y buscó la protección de algún matorral donde dar rienda suelta a su premura. La cuneta y el mismo campo se extendían desoladores a ambos lados. Se volvió airada:

—¡Podías haber parado en mejor sitio!

Leo se encogió de hombros, no venía nadie. Abrió las palmas excusándose para mostrar el desierto panorama.

—Vámonos —dijo ella—. Más adelante, en algún pueblo.

—¡Por Dios, Virginia! ¡No se ve un alma!

La joven palpitaba en la duda, sorbió el aire en un suspiro y luchando contra su pudor se alejó del coche hasta que, teniendo por buena la distancia, se alivió. De improviso emergió de una curva un poderoso par de focos. Sobresaltada, trató de aligerar, con el resultado de que, no habiendo terminado realmente, algunas gotas, más libres que su voluntad, se esparcieron delatoras por sus ropas. Algo gritó el camionero al contemplar los afanes de la mujer por aderezarse, mientras pasaba de largo como una exhalación.

Cuando Leo vio el desastre que traía entre las piernas no pudo evitar una sonrisa natural y módica, dadas las circunstancias. Estaba tan desvalida y hasta tierna en su desgracia...

—Mira lo que me ha pasado... —gimió.

—Cámbiate en el coche —se apresuró a responder sabiendo de la prisa que tenían. Cuando estuvo dispuesta, siguieron su camino.

—Y encima se me ha quedado una cosa en el cuerpo... —dijo ella.

—Lo siento —y quiso consolarla—. Ya sé que las cosas no están para reírse, pero tenías un aspecto tan encantador.

La noche cayó profundamente, la llanura se terminaba y el terreno, más accidentado y poblado, enmarcaba los bordes de la carretera componiendo imágenes agrestes e invernales. Los árboles se doblaban al viento y algunas hojas, al caer presas de los focos, parecían incendiarse repentinamente. Poco a poco, la carretera se iba tapizando de noche, vegetación y vientos. Virginia sintió frío y subieron la calefacción. La joven desplegó un mapa nacional y le advirtió sobre la desviación que pronto alcanzarían. Era ésta una carretera comarcal y de mal firme, y no solo tuvieron que reducir la velocidad considerablemente, sino que, estando la noche tan cerrada, ni aun los potentes focos del coche permitían ver gran cosa de las incipientes montañas que comenzaban a subir. Un conejo saltarín se les cruzó sin consecuencias y ella, sin poder evitarlo, se sobresaltó, permaneciendo un rato encogida de hombros, casi tocando su nariz el cristal delantero. Poco después, partículas blancas cruzaron las luces con lentitud, caían sobre el parabrisas y se derretían.

—¡Nieve! —musitaron. La primera del año.

A Virginia no le gustó, sabía que aún quedaba un buen trecho y, conociendo lo peligroso de la ascensión, le encareció prudencia. Durante horas, y como si sus temores se hubieran hecho nieve, cayó sin descanso. Pertinaz y peligrosa, la comarcal se confundía en cada curva con el abismo. Leo conducía en el límite entre la prudencia aconsejable y la prisa que llevaban, y esta ecuación, tan peligrosa, atenazó más de una vez la voz y la respiración de la muchacha que, teniendo idea de las dificultades de la ruta por haberla hecho otras veces, no se despegó de la ventanilla, queriendo adivinar el momento peligroso o la cuneta escondida.

—¡Qué nohecita! —murmuró temblorosa.

—¿En qué viaje él?

—Tiene un jeep

—¿Estará ya allí?

—Sí.

Estaba la luna muy alta y sólo se mostraba a ratos. Era una luna creciente, exigua, apenas proyectaba sombras. Curva tras curva ascendieron por las montañas, algunos de cuyos montículos se veían ya blancos. Cuando al cabo de mucho tiempo Virginia anunció que habían entrado en los límites de la finca, los focos, iluminando el claro que se abrió entre los árboles, desvelaron una casa pequeña que, solitaria y blanqueada por la nieve, anunciaba de repente su fantasmal presencia. Ni un alma, ni un ladrido, quietud. Ella le señaló un cobertizo anejo donde podían aparcar, pero cuando saliéndose del camino intentaron acercarse, las ruedas del auto patinaron sobre la nieve y, haciéndola barro con el esfuerzo, quedaron atrapados a cierta distancia de la casa. Las luces iluminaban el cercano bosque, la ladera de pinos raquíuticos, blancos de noche y crema.

—¡Es inútil! —dijo Leo después de varios intentos—, cojamos todo y entremos.

Arrebolada por el percance, Virginia se volvió sobre el asiento y con cierta ingenuidad recogió su pelliza solamente. Al salir el viento arremolinaba la nieve a su alrededor.

—¡Ve y abre la puerta! —exclamó Leo, y le dio una linterna—. Yo llevaré todo esto.

Pero ella no se movió, la linterna oscilaba en sus manos iluminando sus zapatos de tacón.

—¡Venga! —insistió Leo.

—No me atrevo a ir sola, ven tú conmigo.

—Tienes razón —y cerró el coche con llave sin detenerse a pensar por qué hacía tal cosa.

—¡Hala, vamos! —y la agarró del brazo. El aire les azotaba la cara. Se subieron las solapas y, agachando la cabeza, caminaron por la nieve.

—¡Ay, mis pies! —se quejó ella al notar como el frío traspasaba sus medias.

Se toparon con la recia puerta. Aquella casa tenía la apariencia de las construcciones hechas para el trabajo y no para el descanso. Los muros, fuertes y rústicos, eran de piedra caliza y argamasa. La puerta, de madera sin desbastar, estaba cruzada por travesaños de hierro con candados que, amén de una imponente cerradura, impedían el paso a los curiosos. Virginia no acertaba a abrir. Él la ayudo y finalmente pasaron el umbral.

La casa olía a viejo y a polvo. A la luz de la linterna se presentaron los escasos y pasados muebles del salón que quería ser aquella primera estancia. Al frente, una chimenea todavía con ceniza de anteriores visitas, empero, estaba claro que allí no había estado nadie en mucho tiempo.

—¿No habrá llegado aún? —preguntó leo.

Por toda respuesta, Virginia se sentó en un butacón polvoriento.

—¡Estoy helada!, ¿no podríamos encender la lumbre?

Largos esfuerzos tuvieron que realizar antes de que la leña, bastante húmeda, crepitase alegre dando a la habitación no solo calor sino también luz. Un buen rato permanecieron junto al fuego, calentándose las manos manchadas de hollín.

—¿No ha venido entonces? —inquirió de nuevo Leo.

Absorta en el fuego, ella no contestó, luego meneó la cabeza para sí como confirmando algún íntimo pensamiento.

—Sé que está cerca —dijo.

—Será mejor que traiga las cosas del coche, ¡después no habrá nada que me mueva de aquí!

—No tardes...

Seguía nevando, si bien el viento, más calmo, permitía una caída más fácil. Se impresionó por la cantidad de nieve acumulada en tan poco tiempo. Todo el coche estaba cubierto. Lo iluminó desde la puerta antes de acercarse. Caminó a grandes zancadas, el haz de luz de la linterna subía y bajaba a su paso y los pies se le escurrían haciendo un ruido peculiar, como polvo herido. Tuvo que quitar la nieve de la puerta para poder abrirla. Como no estaba dispuesto a deshacer las bolsas de viaje, arrojó una manta sobre la nieve y tiró en ella los bártulos que consideró indispensables, de tal forma que haciendo un hatillo pudiera transportarlo de una sola vez. Ella le había metido prisa, pero él la tenía por su cuenta. Se echó el fardo al hombro y, doblado por el peso, caminó sobre sus huellas anteriores. Bueno..., ya estoy, se dijo cuando casi alcanzaba la puerta de la casa. Fue entonces cuando vio el cobertizo, y bajo su pequeño alero las marcas de las rodaduras de un vehículo que la nieve no había podido tapar completamente. Por un momento quedó quieto. ¡Ha venido!

Se acercó al portón. Un candado oxidado lo cerraba. A través de una grieta en la madera e iluminando el interior con la linterna pudo ver un jeep, un inconfundible jeep amarillo con su capota negra. Nada se movía en el interior.

Volvió para la casa. ¡Soy yo!, dijo al entrar. Se sacudió la nieve que le había caído encima y, dejando el hatillo a un lado, se arrimó al fuego. No dijo nada del jeep, esperaba mejor ocasión. Virginia le hizo un hueco en el banco de madera.

—¿Cómo puede hacer tanto frío? —preguntó Leo.

—Aquí, siempre.

—Pues vaya un sitio que tenéis para descansar.

Encendieron luego un farol de gas. Apartaron las latas y los paquetes de comida. Había frutos secos: dátiles y pasas, y unos chorizos para asar. Leo abrió una botella de coñac, bebieron algunos tragos hasta que, sintiéndose animados, se despojaron de sus pellizas. Luego cenaron con apetito. Virginia, para asar los chorizos, sacó de la alacena un machete—bayoneta, grande como los de caballería. Estaba algo viejo, pero todavía se veía espléndido. Durante un rato, Leo lo estuvo sopesando, tenía adornos en la empuñadura y daba una cierta sensación de fuerza.

—Es de mi padre —dijo ella—, lo tenemos aquí por si hace falta, ya sabes, las latas y eso...

Acabados los cigarrillos que se habían echado muy cerca de la lumbre, recogieron los cacharros sin mucho esmero, los lavarían en otra ocasión. Se sirvieron otro poco de coñac y atizaron el fuego. Fuera, seguía nevando, apenas eran las doce. Leo se sintió incómodo, echaba a faltar un respaldo. Extendió una manta en el suelo y, sentándose sobre ella, descansó la espalda sobre el asiento. Virginia le imitó, se acurrucó junto a él, pero sin tocarlo. Esperaremos... —murmuró— y le dirigió una mirada llena de afecto. Leo fruncía el ceño frente al fuego, de cuando en cuando se llevaba la botella a los labios y bebía largos tragos, lo que no era del agrado de Virginia, y menos el brillo que le tomaban los ojos. Leo se sentía desconcertado. Habían emprendido el viaje al poco de comer y, a pesar del tiempo transcurrido, le pareció que por alguna extraña magia había sido transportado de su tranquila vida urbana a una aventura desconocida. Recordó entonces cómo había sido todo. El bar de Berto tenía en cierta forma la culpa. Aunque un hombre puede culpar a sus hábitos, el hecho de ser asiduo del local de Berto no justificaba el encontrarse ahora en plena sierra al lado de una joven presa de temores y tormentos. En realidad, si debían buscar alguna culpa, ésta seguro que se hallaba en su devoción a la belleza. Sí, fue la belleza de Carlos la causa que le impelió a acercarse a su mesa, cuando, en el bar de Berto, su mirada recayó sobre el atractivo joven. Estaba éste sentado frente a una botella de ron vacía y lloraba silencioso pero a lágrima viva.

El bar de Berto no era un sitio muy concurrido. Se encontraba en un barrio viejo, uno de esos barrios de casas de no más de cuatro pisos y buhardillas de tejas que, cercados por los salvajes rascacielos que se levantan por

todas las ciudades, mueren día a día sin que nadie, excepto algunos enamorados de las noches y de los gatos, haga nada por impedirlo. No muy lejos de algunos garitos de juego, y discreta su fachada a las miradas del curioso o del profano, el bar de Berto ofrecía refugio a sus clientes, a sus habituales enamorados de la luna. Berto era un hombre sin necesidades, vivía con una viuda rica desde casi su juventud y tenía abierto aquel local sólo por placer. También se decía que por escapar a los envites amorosos de su madura consorte. Pero el caso es que, siendo Berto un hombre de vida original y raros gustos, hizo de su bar precisamente lo que quiso: un lugar para olvidar lo de fuera, un faro en la tormenta, puerto en la tempestad, noche en la luz, caverna en el día soleado que mata a las gentes lunáticas, olla podrida donde proveer los ánimos y los versos, poción mágica de Berto. Había también un pianista, un pianista de indefinible edad con una chaqueta de cuadros ingleses, cuya espalda ligeramente encorvada por el oficio, estaba siempre nevada de caspa, caspa renovada noche a noche entre las notas jazzísticas del inicio de la velada y la última pieza obligada. "Swing Down Chariot", en la que incluso cantaba. Los parroquianos, escasos, se diría que escogidos, tenían por hábito escupir a Baudelaire y sus flores a cada trago, a cada temblor febril. Amantes de Poe, amigos de Butler Yeats, íntimos de Blake, hombres que parecían surgir de la narración de sí mismos, émulos de Arthur Gordon Pym, buscadores de la tumba del capitán Hatteras. Gustosos amantes, aunque no libios, de Salambó. Gentes góticas a la busca de libros imposibles: Necromicones, asuntos condenados y Fortianos. Devotos del Gran Dios Pan. Adoradores de Abraxas.

Leo tenía por costumbre terminar sus largos paseos en el bar de Berto. Eran buenos amigos, compartían momentos y tragos con la impúdica intimidad de los bebedores expertos que, sabiendo de sus estado, tienen a bien y no sólo por veteranía, disimularlo.

Aquella noche, Leo, recostado en la barra, siempre en el mismo sitio, caído ya tiempo el manto de las tres, terminaba sus reflexiones frente a un vaso tan largo como las ideas que le acometían. Berto, sin nada que atender y próxima la hora de cerrar, fumaba indolente un pitillo de los que hace Cartier, expulsando el humo lentamente y sin fuerzas, pues no se lo tragaba. Arturo, el pianista, se rascaba con descaro la pelambrea sin intenciones de tocar, y si aún se mantenía en su puesto, era más por hábito que por cualquier otra razón. Apenas seis personas se encontraban en el local y en la calma de esa tesitura, Arturo, sin querer, golpeó una tecla. El tono hizo volverse a Leo y fue entonces cuando vio por primera vez a Carlos.

Sentado en una de las mesas, lloraba silenciosamente y sin un suspiro. Era un joven delgado y de abundante cabellera que ahora llevaba revuelta, quien sabe si por las circunstancias que le habían empujado a beberse una botella de Bacardí. Tenía el rostro alargado y bello en una faz limpia y bien rasurada. Pero su belleza no estaba enteramente en su físico, era más bien su desesperación infinita a aquellas horas de la noche y en el bar de Berto lo que cautivó a Leo.

—Viene por aquí de vez en cuando —le informó Berto—. No sé mucho de él. Nunca le había visto llorar.

Leo le contempló fijamente. No era la primera borrachera llorona que veía, pero sí la primera que le gustaba. En realidad, no podía precisar por qué, ni las razones que atrapaban su curiosidad. Leo era un tipo de limitadas

tendencias sociales. Tenía en su mano la fortuna de un pariente y, sin que pudiera decirse que la despilfarraba, vivía despreocupado y con escasas pretensiones. Acompañaba sus plácidos días de una inagotable afición por el arte, cualquiera que fuese. No era sin embargo un artista, pues todavía no se había detenido con intención creadora frente a ningún material o cuartilla en blanco, pero sí tenía una notable cualidad: reconocía la belleza allá donde se encontrara, especialmente la belleza del contraste, la cualidad de las cosas cuando se encuentran forzadas por elementos dislocadores. Tanto era así que su mayor gozo recaía sobre lo tenebroso, lo patético y lo decadente.

La estampa que ofrecía Carlos bien podía englobarse dentro de estas pautas y eso enterneció el corazón de Leo. ¿Qué demonios le hacía llorar?, ¿un amor roto?, ¿una familia tiránica? Observó el trance con más cuidado, aquellas lágrimas tenían un fervor incontenible, nacían fluidas, persistentes. Una gran pasión debía ser la causa de semejante duelo. Berto, que era también sensible al llanto por su condición de hombre refinado y compasivo, aventuró una hipótesis tranquilizadora: un amor, seguro que es un amor. Se sirvieron otra copa y aplazaron por un momento la hora de cerrar. Tenían curiosidad. Leo, se revolvió inquieto, el interés, más fuerte que sus prejuicios, enturbiaba los vapores del alcohol consumido. Berto le animó con la mirada. Se levantó con el cigarrillo y el vaso en la mano. Avanzó unos pasos hacia la mesa, pero cuando sólo otro le distanciaba del joven, se desvió acercándose al piano donde Arturo cabeceaba. Carlos, absorto, seguía con la cabeza gacha. De pronto, Leo oprimió otra tecla, el agudo sonido espabiló a todos los presentes. Carlos levantó la vista y por un instante, y entre sus lágrimas, vio a Leo. Éste alzó su vaso y le saludó inclinándose un poco. Al comprender que aquel caballero alto, delgado y de recortada barba trataba de comunicarle algo, Carlos sonrió. Era la primera vez que lo hacía en toda la noche, una sonrisa húmeda y salobre, con sabor a ron.

—Quizá deberías llorar de día y sonreír de noche.

—Me gusta llorar así —respondió Carlos y le señaló con elegante ademán una silla vacía al lado de la mesa. Leo se sentó. Berto desde la barra sonrió. Arturo dio otra cabezada.

Después de acomodarse, y para ganar tiempo, Leo bebió un largo trago que le entró como plomo, se hallaba en el justo límite ya conocido que, traspasado, conduce al vómito. Hizo a un lado el vaso.

—Vas a perdonarme por mi atrevimiento, pero quisiera preguntarte el motivo de tus lágrimas.

—¿Son chocantes, verdad?

Leo afirmó. Sacó un immaculado pañuelo y se lo ofreció para que enjugara los restos de humedad de sus mejillas. Luego, Carlos, buscó algo de líquido en su botella y, no encontrándolo, señaló el vaso de Leo, pidiéndole permiso para beber. Iba éste a llamar la atención de Berto, cuando la mano del joven detuvo el gesto. Tenía las manos fuertes para su aparente complexión. Señalados nervios las surcaban desde los nudillos a la muñeca. Los dedos, muy largos, denotaban agilidad. Eran casi las manos de un escultor.

—¿Sabes por qué lloro? —dijo de pronto.

Tampoco es que me extrañe mucho tal como están las cosas —respondió Leo.

—Lloro porque recuerdo.

—¿Y qué recuerdas?

—Lo que hay pasando esa puerta —y señaló la salida.

—Pues debes tener entonces muchas razones. Pero te aconsejo que te lo tomes con más calma.

Y a Leo se le vino a la cabeza cierta compasión, como si en aquel momento él fuera ajeno a las penas de este mundo.

—¿Sabes...? —añadió Carlos—. El mundo se compone de tres partes: mi casa, este bar y lo que queda en medio, o sea la calle.

—¿Este bar, especialmente?

—Este o cualquier otro. Lo que quiero decirte amigo mío, es que entre mi casa, mundo de horror y tinieblas, y este bar, reposo de mis esforzadas dedicaciones, se extiende un inmenso desierto de incomunicación, de mucha luz y caras pálidas, un desierto poblado de cactus humanos, para el caso es lo mismo, como si fueran plantas.

Leo se rió con ganas.

—¡Sí! —dijo—. Imagina que detienes a uno de esos cactus y le dices: ¡por favor, señor, yo también existo, téngame en cuenta! O lo que es peor, le espetas desde muy cerca: charlemos un rato... Y le ofreces un pitillito.

Me gusta lo que dices —aseguró Carlos—. Pero no hablemos del desierto, hablemos del oasis. ¿Qué haces aquí...? ¡Mejor!, deja que lo adivine: eres un capitán de navío y tu barco, escorado, espera reparación... ¡No...! Eres un simple marinero. Tu barco se fue a pique y ahora buscas nueva embarcación.

—¡Si! —exclamó Leo divertido—. Soy Simbad el Marino...

—¡Lo sabía!

—No... Soy un hombre de la Luna, ¡un lunático, vaya! ¿Y tú?, ¿quién eres?

—Yo sólo soy un esclavo... —murmuró Carlos—. Un esclavo sin porvenir, no hay Espartacos en mi jardín... Y tampoco hay Kubricks.

—¿Y quién te tiene esclavizado, amigo mío?

—Soy esclavo de la belleza, placer de un botón, miembro único de la oscura caverna, pincel y escritura de mares blancos. Soy esclavo en suma, de una ocasión desafortunada y torturante. Encadenado estoy a la tentación, preso en la miseria de mi espíritu, en la debilidad de mi carne y la desolación de mi alma. Soy esclavo de la deformidad,

de la más bella de las deformidades.

Nada dijo Leo a estas palabras, no las entendió. Berto apagó las luces un par de veces y los clientes, llegado el momento de levantarse de sus lugares, de sus yacimientos, sacaron los sobados billetes y se fueron dispuestos a atravesar el oscuro desierto, hasta el único mundo con que contaban: sus catres. Carlos se levantó inseguro, la cabeza se le iba y Leo le sujetó con fuerza.

—Te llevaré a tu casa —le dijo—, morirías de sed por el camino.

—Conduce con cuidado —exclamó Berto cuando salían—, las calles están regadas, hay niebla alrededor de las farolas y las luces de las esquinas siempre se achican a estas horas.

Carlos vivía en el Norte, en una lujosa colonia de chalés no muy lejos del hotel de Leo. El joven tenía la cabeza caída a un lado y los labios húmedos. En las curvas, Leo le sujetaba para que no chocara con el parabrisas.

La casa denotaba escasos cuidados, sufría la decadencia de sus dueños. En el pasado podría haber sido la mansión de un rico comerciante, o un banquero. Detuvo el coche justo en la puerta y, ya iba a llamar al timbre, cuando Carlos, extrañamente reanimado, se lo impidió.

—Abriré yo —dijo—, debo hacerlo.

Había un caminito de losas desde la verja al despintado porche y entremedias crecía la hierba demasiado alta.

—¿Nos volveremos a ver? —preguntó Leo.

—¿Volvernos a ver...? Amigo Simbad, quién sabe en qué puerto recalaré mañana.

—Me llamo Leo.

—Yo Carlos, Carlos... ¡Qué más da! —y se adentró sin más palabras.

Leo se quedó en la acera temiendo que cayese, pero Carlos caminó sin tropiezos y, llegado al dintel, abrió la puerta sin dificultad. En el piso de arriba se encendió una luz. Recortándose por un momento contra el marco de los ventanales, Leo vio la figura de una mujer tras los visillos. Llevaba un largo camisón blanco. Sólo fue un segundo.

Durante algunos días, Leo no tuvo la oportunidad de reanudar la conversación con el joven Carlos. Berto fue su confidente. Me tiene intrigado ese chico —le dijo. Además, ya te he hablado de la mujer del piso de arriba.

—No te obsesiones —le aconsejó el barman—. Recuerdo una caso hace muchos años, un hombre como tú, tenía la costumbre de leer el periódico en la terraza de un café, un café de esos tranquilos, soleado en invierno y fresco en verano. Pues bien, una dama pasaba todos los días por delante de él, todos los días, uno tras otro, se miraban y nada más. hasta que, armándose de valor, el hombre la abordó. Y aquí acabó todo.

—¿Pues qué pasó?

—Se fugo con ella. Ya ves, una familia destrozada, una mujer y dos hijos de corta edad.

—Bueno, tampoco parece tan terrible.

—No... Me va bien.

Leo se rió, estaba acostumbrado a las historias de Berto, mitad verdad, mitad mentira.

Aquella noche, casi una semana desde que conociera a Carlos, el bar de Berto estaba casi vacío. Arturo, el pianista, bastante bebido, había tomado el piano por su cuenta y tocaba canción tras canción, con un brío digno de mejor causa. Sus manos recorrían el teclado con frenesí, deteniéndose un instante, para saltar sobre un acorde más sostenido. Todas las piezas que interpretaba tenían un ritmo desusado en él.

—Se ha enamorado de una poetisa —le susurró Berto.

—Espero que le dure más que la pintora.

—Conque le pague el alquiler que debe ya va bien.

—Músico y pobre —sentenció Leo con un gesto muy personal.

—Músico, bohemio, pobre y troskista —completó Leo.

A Leo, las cuatro palabras con las que Berto definió a su empleado, le inspiraban una profunda simpatía, no por los tiempos, fríos y duros que corrían, sino por el mero hecho de aunar en una sola persona, y sin ningún recurso económico, tantas esperanzas.

Una pareja, caída no se sabe cómo en el lugar, se besaba en la penumbra mientras bailaban muy lentamente. Para novios ya eran algo maduros.

La puerta de entrada se abrió y Carlos entró en el bar. Vestía una capa negra con el forro escarlata y en su rostro se adivinaba que había bebido.

—¡Hola Simbad! —gritó a modo de saludo.

Nadie gritaba en el bar de Berto y todos se sobresaltaron. El poeta se enderezó asustado tapando sus versos con las manos. Arturo se detuvo en seco. La pareja dejó de besarse. Berto respiró fuerte. Leo se alegró.

—Muchacho, veo que no has pasado sed en el desierto.

Pidieron bebidas, invitados por Berto esnifaron unas líneas en un aparte. Hablaron largo rato de aventuras, puertos, amores, patetismos y hambres. Después, cuando el bar se les quedó estrecho, decidieron salir, correr alguna lid sobre el asfalto.

Cerraría de buena gana para irme con vosotros —aseguró Berto—, pero soy un hombre con responsabilidades como sabéis. Id y divertios.

Salieron al proceloso mar de piedra y caminaron largo despreciando el deportivo. Cabrearon a una vieja solitaria que arrastraba atados de plástico y cartón. ¡Cabrones!, les llamó, indignada por su desvergüenza. Luego corrieron un gato, un gatazo macho con la cabeza enorme. Visitaron bares sin fachada, de los que cuelga un farolillo rojo, y olieron con gusto el perfume de las hembras que allí había. Explicaron a todo el mundo que quiso oírles que eran el capitán Nemo y el conde Drácula, o al menos parientes cercanos. No se enfadaron cuando les echaron de un local por orinar en el lavabo. Se comieron unas hamburguesas convencidos de que eran de carne de perro, pero las regaron bien de mostaza y tomate.

Casi al amanecer se sentaron en la acera, muy cerca del bar de Berto, pero éste ya había cerrado.

—Eres un tipo estupendo —decía Carlos—, en serio, Simbad, me encuentro a gusto contigo. Tienes la pasta del hombre avezado, del tipo que, sabiéndolo todo, tiene el gusto de disimularlo. Sé que has estado en todo el mundo, que conoces los monumentos del hombre y las obras de su genio, que hablas varios idiomas no siendo ninguno el tuyo. El dinero sale de tus manos con facilidad y sólo hablas cuando el momento lo pide. ¿Qué haces aquí a mi lado? Yo soy un hombre sin futuro, lo tengo hipotecado.

—No te pongas triste.

—¿Qué razón tenía él que dijo aquello de beber para olvidar...!

—¿Qué quieres olvidar? —le preguntó Leo lleno de curiosidad.

—Quisiera olvidar quién soy, dónde vivo y, sobre todo, el futuro que me espera.

—Te refieres a tu futuro particular o al de la especie...

—¿Especie? ¡Al diablo con la especie! Es mi futuro, negro como un pozo, el que me preocupa. No soy un hombre libre, ni lo seré jamás. Estoy atado, amigo Leo.

—¿Y qué te ata?

Carlos calló. Sus ojos buscaron las estrellas, pero no hay estrellas en el firmamento de las ciudades. Ni caminos de leche en el cielo, ni luceros. No se puede navegar en la urbe y por eso las golondrinas evitan las ciudades a su paso.

—Hay algo dentro de ti que no entiendo —dijo Leo.

—¿Qué opinas de la deformidad? —exclamó de pronto Carlos.

—¿La deformidad? A nadie le gusta.

Carlos palideció, sus rostro adquirió un tinte sospechoso, por momentos la cara se le hacía de cera, sus manos y hasta sus labios perdieron el color. Vomitó con dolor, con sufrimiento. Leo le ayudó a lavarse en una fuente cercana, le metió en el coche y condujo hasta su casa, despacio para que no se marease, pero todo fue inútil, Carlos perdió el conocimiento. Hubo de abrir él mismo la verja mientras, a duras penas, le sostenía. Cierta aprensión le vino al cruzar el oscuro y silencioso jardín con el joven en brazos. Temió que alguien se le apareciese y le gritara:

—¡Qué ha hecho usted con Carlos!

Pero la casa estaba silenciosa. Tras un rato de esfuerzos agitados, encontró las llaves en uno de los bolsillos de Carlos y pudo abrir la puerta de entrada. El recibidor era muy grande, de esos que ya no se llevan. Los muebles de recio roble castellano. Agarrándose a la barandilla de la escalera pudo alcanzar el piso de arriba, donde Carlos tenía su dormitorio. La casa seguía muda, quieta. Esperaba que en cualquier momento se encendieran las luces y que los cuadros se salieran de sus marcos y los antepasados le señalaran con el dedo. Pero no había cuadros de antepasados. ¿Y la mujer, dónde estará? —se preguntó.

Tuvo que quitarle los zapatos para dejarle sobre la cama. Entonces, Carlos abrió los ojos, la cama le daba espantosas vueltas.

—¡No me dejes! —gimió—. ¡No enciendas la luz! ¡Que no entre!

—¿Quién? ¿ella? —se dijo Leo—. Y aguzó el oído. ¡Qué quietud!

Carlos cayó en un sopor silencioso, respiraba pausadamente. Leo salió del dormitorio sin encender las luces del pasillo. Por debajo de la puerta del cuarto de enfrente se veía luz. Quedó quieto un segundo. Y como cuando se siente la presencia de alguien, espíritu o persona, adivinó que tras la puerta se hallaba un cuerpo. Descendió por las escaleras con cuidado para no hacer ruido, tratando de que cada paso fuera más tenue que el anterior. A veces los crujidos de la madera le detenían un instante. Alcanzado el salón y puesta ya su mano en el pomo de la puerta, oyó pasos en el piso de arriba, pero no se volvió. Alguien entró en el cuarto de Carlos y comenzó a gritar. Eran gritos agudos y rabiosos, gritos de mujer enfurecida. Maldecían al pobre joven.

- 3 -

Una gruesa tarde en que las nubes amenazaban descargar su ira sobre la ciudad, paseaba Leo por la calle del Reloj, completamente indiferente a quienes le rodeaban y ensimismado en sus pensamientos. Había encendido un pitillo y deteniéndose junto a una esquina muy cerca del bar de Berto, donde habitualmente solía dirigir sus pasos, admiró entonces la posibilidad de que lloviera a mares. Y lo deseó, no le importaba que la lluvia, cayendo a conciencia, le hubiera empapado. Incluso se imaginó a sí mismo anegado por el agua, mojada la ropa y chorreante el pelo y la cara. Abrió la boca y alzó el cuello para recibir mejor el producto de su imaginación. Algunos transeúntes le miraban con estupor. Su atractivo y corpulencia llamaban la atención, pero sus gestos de hombre alejado de la cordura le hacían más notorio. Contemplaba los tejados, rojos en su día pero sucios por el tiempo, y

las claraboyas de las buhardillas se le antojaron ojos de buey de algún barco apresado en la tempestad. Subían y bajaban oscilando al compás de las fuertes olas. De la cubierta y por la amura de babor alguien le hacía señales con un farol y un marinero asomado al pescante le miraba fijamente. Al cabo, la alucinación desapareció y sólo quedaron una pareja de ancianos que le miraban desde el balcón. Respiró hondo sin que el agua prometida hubiera caído sobre su rostro, ni sobre nadie, ni sobre nada. Luego, y a su pesar, caminó hasta el bar de Berto.

Sentado en la acera y con la cabeza gacha, un joven interrumpía la entrada. Era Carlos, que al verle se alegró. Tenía un trágico aspecto.

—Leo... —dijo.

—¿Qué te ocurre? Pareces haber sufrido un ataque.

Y era cierto, porque su rostro presentaba arañazos y hasta sus ropas estaban desgarradas, incluso tenía sangre en la nariz.

—¡Qué suerte que te encuentro! Ha ocurrido un infortunio en mi casa.

—¡Calma! —le pidió—. Entremos y te lavarás la cara.

—¡No! No hay tiempo...

Detuvieron un taxi y dieron instrucciones al conductor para que corriera. El cual se lo tomó al pie de la letra y les puso al borde del accidente un par de veces. Se sintieron embarcados en un cohete, ráfagas de luz quedaban atrás como estrellas fugaces. Carlos temblaba, pálido como un espectro.

—Tranquilízate —le rogó.

No tenía Leo una idea clara de lo que le esperaba, pero en su interior sabía que ella, la mujer del camisón y los gritos de rabia, estaba por medio. La oportunidad de desvelar el misterio de aquella casa le animó. Carlos había olvidado las llaves en su loca huida. ¡Entremos por una ventana! —dijo—. Y temblaba de nerviosismo. Se encaramaron a una de las pérgolas que adornaban el rellano y rompieron un cristal con gran estrépito. Una vez dentro, todo parecía en su estado normal. Cuando se disponía a subir las escaleras, Carlos le agarró del brazo.

—Sube tú, hay una persona que necesita ayuda. Mi hermana.

—Sí, vamos...

—No, yo no puedo hacerlo. He sido yo quien ha causado este mal.

—Explícate...

Pero Carlos se deshacía en muecas y aspavientos de dolor. Retorcía las manos tratando de aclarar lo ocurrido.

—Yo... La he pegado.

Y, dando media vuelta, abrió la puerta de la calle y salió corriendo. Leo no se hizo más preguntas, esta huida agitaba su corazón restándole fuerzas. Subió las escaleras despacio. No había dado las luces y lo hacía a oscuras. Todas las puertas de los dormitorios estaban cerradas, pero supo en seguida cuál tenía que abrir. La escasa luz que desde la calle se filtraba por los ventanales de la habitación fue suficiente para que el cuadro que vio le estremeciera. Una mujer se encontraba caída sobre la alfombra, hecha un ovillo y con las manos entre los muslos. Llevaba un camisón blanco que, desgarrado en algunas partes, mostraba las señales de golpes y arañazos que su hermano le había propinado. Indeciso, no se atrevió a moverse. Ella no parecía haber notado su presencia, de pronto, sollozó, encogiéndose aún más si cabe. Se acercó con la intención de ayudarla pero, cuando iba a poner la mano sobre su hombro, se detuvo en seco. La mujer tenía un brazo más pequeño y delgado que el otro. El brazo izquierdo afectado de alguna atrofia, con un color más encarnado que el resto de su piel y la carne prieta y los tendones a flor de piel. Entonces, ella volvió la cara y al verle chilló. Se arrastró para meterse debajo de la cama.

—Me envía Carlos... Vengo a ayudarlo.

Tenía casi medio cuerpo oculto por el lecho y sus piernas al aire, blancas y redondas, eran bellas, esculturales.

—¡Váyase! —chilló nuevamente.

—He venido a ayudarlo...

—¡Salga de la habitación!

Y su voz, aguda como la de un chiquillo, traspasó todo los pensamientos de Leo. Gritaba como una loca. Dudó un momento en que sintió deseos de salir en busca de un médico, pero, en vez de hacerlo, le habló con palabras apacibles.

—Vamos..., vamos... Confíe en mí.

La tomó de la cintura para sacarla de su escondite. Ella gritó, pataleó y hasta le golpeó con vigor, pero, de pronto, dio un grito exánime y sufriendo extrañas conmociones perdió toda fuerza y voz, quedando desmadejada mientras su cabeza, con los ojos muy abiertos, cayó a un lado. Su brazo imperfecto palpitaba en la muñeca. Era como el de una niña pero sin esta belleza.

Con mucho cuidado, la levantó y la tendió sobre el lecho. Tenía el cuerpo regado de golpes, como si hubiera sido atacada por una bestia. Y pensó en Carlos, con sus ademanes delicados, su aspecto inofensivo, la ternura que inspiraba, y sus fuertes manos, aquellas manos de luchador.

Estuvo un rato observándola. Respiraba normalmente. Eso le tranquilizó. Se fue a la cocina y puso agua a calentar, preparó una tila y se la dio a beber. Sorbía como una niña enferma. Redujo en tono de las luces y acercando una silla se sentó cerca de la cama.

—¿Es usted Leo?, ¿verdad?

Asintió. Ella le mantuvo la mirada, tenía los ojos acuosos. Más tarde se durmió y Leo, acunado por sus pensamientos, no tardó en seguirla.

Al despertar tenía un fuerte dolor en el cuello, producto de la postura. La cama estaba vacía. Oyó el rumor de una ducha. Se restregó el cuello y respiró hondamente. Tenía los pulmones congestionados y la boca seca y pastosa un poco más que lo habitual. Paladeando la aciaga mañana dio unos pasos por el cuarto mientras ponía en orden su cabeza. No se encontraba muy bien, necesitaba beber algo fuerte. Bajó al salón y rebuscando en el aparador encontró una botella sin estrenar de un estupendo coñac francés. No encontró un vaso por lo que bebió a morro un buen trago, luego otro y hasta se dio un tercero. Cuando subía al dormitorio se cruzaron. Llevaba un largo suéter de punto, tan largo que le cubría las rodillas, las mangas colgaban vacías a los lados pues tenía los brazos metidos por dentro del jersey. Se miraron sin hablar hasta que ella bajó los ojos. Los tenía muy bonitos.

—Buenos días —dijo Leo con poca voz—. ¿Te encuentras mejor?

—Sí... No es la primera vez.

Leo no contestó, le vino al pensamiento la figura y el rostro de Carlos. Tenían un notorio parecido, incluso hasta en la altura y la forma del cuerpo.

—¿Quieres desayunar? —le preguntó ella.

—Si acaso, un café.

Bajaron a la cocina, ella caminaba manteniendo un difícil equilibrio, como una muñeca aprisionada en el jersey, tenía gracia bajando las escaleras. ¿Cómo haría para manejar los cacharros? Y se sorprendió, porque sacaba con rapidez los brazos por las mangas y luego los escondía de nuevo. Bebieron sentados en unas banquetas de cocina.

—Supongo —dijo—, que esperas que te cuente algo.

Leo asintió con naturalidad, encendió un pitillo y viendo su gesto se lo pasó encendiendo otro para él. Había sacado el brazo derecho por la manga y su mano blanca y exquisita nadaba en los vuelos del jersey con preciso gesto de fumadora.

—Carlos está loco —musitó.

Y calló esperando alguna confirmación, pero Leo no expresó nada.

—Lo está..., aunque por culpa mía —añadió—, quizá también por culpa de mi familia, o de mi madre...

—¿Algún fármaco? —preguntó Leo casi sin pretenderlo señalando su lado izquierdo.

Ella enrojeció ligeramente, como si las andanzas de las multinacionales farmacéuticas fueran su pecado original. Leo se arrepintió de haberlo preguntado.

—Sí —respondió con sorprendente valentía—. Sólo yo fui afectada. Él nació primero y sano, después yo... Somos mellizos.

Y bebió un trago para que sus ojos pudieran desviarse de los de Leo.

—¿Qué voy a decirte de mi infancia?, siempre fui una niña retraída y acomplejada. Mis padres contribuyeron a ello, me protegían tanto que en realidad lo que hicieron fue ocultarme al mundo. En especial mi madre, se sentía tan amargada viéndome, que en su interior me negó. Todo el cariño se lo llevó Carlos, para mí, cuidados, ayas e institutrices, si recibía algo era a través de mi hermano. Él fue desde pequeño el único que supo acercarse sin compasión. ¡Estábamos tan unidos! —y sus ojos, por un instante, volaron al pasado evocando en su azul algún retazo feliz de su infancia—. Cuando fui consciente de que era distinta —siguió—, ya era demasiado tarde para nada. Incluso me hubiera resultado imposible, dependía para todo de Carlos. Carecía de amigos, sólo mi hermano, siempre a mi lado, me unía al mundo, fuera de él nada existía, ni la calle, ni el campo, ni las gentes, ni el amor...

Leo apuró el café, el último trago le supo más dulce, escuchaba el relato con interés pero quería que no se notara. Ella seguía:

—Mi hermano trataba de estimularme, quería que reaccionara, que me enfrentara a la vida. Pero cada vez dependía más de él, no podía dar un paso sin su ayuda. Trajo a sus conocidos a casa intentando familiarizarme con la gente, pero si me abandonaba un segundo, inmediatamente me sentía blanco de todas las miradas en las que sólo entreveía sentimientos de compasión, terminando siempre por buscar su amparo. Así fui creciendo, encerrada en mí misma hasta que me hice mujer. Carlos me quería, me adoraba, sentía por mí lo que solamente un hermano gemelo puede sentir por otro. Pero también deseaba salir al mundo, correr aventuras. Carlos es un romántico incurable y yo he sido siempre su rémora. Con el tiempo su ayuda se hizo más difícil, comenzó a beber... Yo le increpaba y él respondía: debes hacerte a la idea de que un día no estaré a tu lado. Entonces me asustaba, me turbaba mi futuro. ¡Ni siquiera era capaz de salir sola a la calle! Después, mis padres se separaron. El partió lejos y mi madre quedó con nosotros, pero a veces también nos deja largas temporadas. En cierta ocasión discutimos fuertemente mi hermano y yo, estaba bebido y me había dejado un tiempo abandonada. Yo se lo censuraba.

—Me voy a ir de aquí —me dijo—, tengo que irme o enloqueceré.

—Le insulté, le llamé borracho y degenerado, y apreciando él mis insultos en lo más vivo de su alma, sintiendo que en ese momento yo despreciaba todo el afecto y la ayuda que me había prestado, se llenó de ira y bebido como estaba, reaccionó pegándome, abofeteándome con fuerza. Caí al suelo, y al verme tirada, humillada, se enajenó y, abalanzándose sobre mí, me violentó. Luego huyó de casa. nada dije a mi madre y nadie sabe de esto. Si bien, muchas veces he imaginado esta escena, donde se lo cuento a alguien.

Sus ojos se llenaron de lágrimas, arrasados por la fuerza de su última confesión.

—Sigue... —le pidió Leo.

—A su vuelta me pidió perdón, estaba horriblemente apenado. Le perdoné, nos abrazamos llorando. Me juró amor eterno, que nunca volvería a hacerlo, que sería toda su vida mi guía, mi compañero. Poco después, alquilamos una casita en la sierra, en Las Alpujarras, íbamos bastantes veces, era tan tranquilo, tan solitario, un sitio precioso. Fuimos felices un tiempo. Pero una noche, un demonio se coló entre nosotros. allí en la sierra. Carlos estaba inquieto. Notaba sus miradas extrañas, sus afanes por tranquilizarse, bebía para relajarse, pero esto aún le excitó más. Se me acercó tembloroso y me abrazó tan ardiente que noté como un fuego en mi interior, un agradable fuego que me arrebató, en aquellas montañas y solos. Nadie supo nunca nada, pero este estado de cosas no duró mucho, según pasaba el tiempo, Carlos sufría una rara transformación, se aficionaba a lo maldito, leía poesía sin descanso, absorbía todo lo incestuoso, lo negro, lo relacionado con alguna maldición: Baudelaire, Poe... Al principio no me importó aunque lo observaba con angustia. A veces me mordía y me arañaba, hasta me insultaba al oído llamándome cosas horribles. Deseo pegarte, me gusta, llegó a decirme. Y yo, viendo su locura, temblaba de miedo, porque estaba sola, porque no tenía a nadie más en el mundo. Y si quería pegarme tendría que aceptarlo sin pestañear. Estos últimos tiempos han sido los peores, luchaba por apartarse de mí, cerraba su cuarto por las noches, emborrachándose hasta el desmayo para sentirse incapaz de cualquier atropello. Pero esta tensión explotaba a veces, y ciego y enfermo acudía a mi con su brutalidad. Anoche fue la más dramática.

Virginia detuvo su relato. Leo había escuchado atónito, aplanado por los hechos. "Legeia —le vino a la cabeza recordando a Poe—, belleza exquisita, extraña proporción". No supo que decir, le embargaba el desconcierto, era tal su confusión que ni siquiera se atrevió a mirarla a los ojos. repasaba el borde de la taza con el dedo.

—¿Qué puedo hacer yo? —dijo finalmente.

—No lo sé, has entrado en la vida de Carlos de repente, me ha hablado de ti y del bar en que os conocisteis, pensé que contigo, que teniendo un nuevo amigo, cambiaría algo en su comportamiento, y un poco así fue, pensaba invitarte un día a casa, hasta a mí me parecía bien.

—No sé qué puedo hacer...

—Él está ahora lejos, camino de la sierra, siempre se retira allí.

—Si quieres me quedo contigo.

Virginia le sonrió, una sonrisa sincera. A Leo le resultaba arduo aceptar aquella sinceridad tan decidida. Pero ella se lo explicó.

—No quisiera molestarte, pero debes saber que llevo mucho tiempo esperando una oportunidad para cambiar este estado de cosas.

—Haré lo que quieras.

Ella sonrió de nuevo, con la sonrisa que aflora a la cara después del llanto y superado éste por una confesión. Incluso los golpes que tenía por todo el cuerpo parecieron atenuarse.

—Sé lo que vamos a hacer —dijo Leo de pronto—, traeré el coche y saldremos en busca de Carlos.

—Sí, no sabía como pedírtelo, pero date mucha prisa..., mucha prisa, temo por él.

- 4 -

Leo volvió de sus recuerdos. Las llamas habían palidecido y las brasas, habiendo calentado toda la habitación, por contra dejaban la estancia medio a oscuras. Virginia, a su espalda, revolvía entre los bártulos.

—Voy a hacer café —dijo—, nos ayudará. Y puso la cafetera al fuego.

Fuera había caído una calma blanca y extensa, la noche estaba cerrada pero sin viento. Al tratar de añadir leña al fuego, la cafetera se volcó y le quemó la mano a Virginia. Su mano izquierda. Chilló dolida. El agua apagó parte del fuego y un humo blanco y gris se elevó enturbiando la poca luz. Leo la tomó del brazo, tenía la mano enrojecida y la manga empapada. Cogió una botella de leche y, perforando el precinto de aluminio, derramó el líquido con generosidad sobre la quemadura. La remangó y sentándola en el banco, se dispuso a curarla. Ella gemía llorosa.

—Vamos..., vamos, que no es nada.

Quitó la cafetera del fuego y avivó la lumbre para ver mejor, luego le aplicó una pomada para el caso que encontró en un cajón. Tenía el antebrazo delgado, encarnado. No es que estuviera mal formado, pero siendo tan escurrido y privado de vello, aparecía ciertamente feo, surcado por aquellas venas largas y azules. Ella pareció adivinar sus pensamientos pues se levantó y se hizo atrás mirándole extrañamente. Leo no dijo nada. Estaba bella, su pecho se agitaba, sus caderas reposaban plenas de vida, redondas, complacientes. Se acercó y, levantándole la barbilla, la besó. Tenía los labios fríos, blandos como fruta.

—¡Déjame por favor!

—Ven que te cure —pero el rubor le subió a Leo desde el fondo de su corazón hasta el rostro. ¡Dios Santo!, ¿Cómo se le podía haber ocurrido?

Y mientras la curaba, ella se preguntó las razones de aquel beso, y en su interior luchaba el agrado con la ira. Leo buscó, finalmente, un pañuelo limpio y le envolvió la mano hasta donde pudo.

—Cámbiate de jersey.

Se volvió de espaldas para hacerlo, y Leo se sorprendió a sí mismo observándola: sus brazos desparejados pero en hombros perfectos, las tiras del sujetador sosteniendo su abundante y todavía pecho de adolescente, la espalda blanca y nunca soleada, ahora regada de moretones.

Durante un rato permanecieron callados hasta que el agua del café rompió a hervir. Leo lo repartió. Buscó también la botella de coñac, y entre sorbo y sorbo de café bebió del gollote.

—El jeep está en el cobertizo —dijo de improviso—, ¿dónde puede estar él?

—No lo sé..., ya vendrá.

—Espero que sea pronto, si anda por ahí haciendo el idiota, se helará. ¿Qué hay arriba?

—Los dormitorios.

—Súbete a dormir un poco, yo me quedaré aquí. Quizá sea mejor que yo le hable primero.

—De acuerdo —consintió ella.

—Te acompañaré para ayudarte.

Hacía mucho frío en el piso de arriba. A la luz del farol, la recia cama de la habitación asemejaba un barco, tan gruesos eran sus cabeceros. Una coqueta que no tenía nada de tal y un par de sillas de anea, completaban el mobiliario. Curiosamente, un gran crucifijo de metal dominaba desde la pared toda la estancia. El Cristo era dorado o lo había sido, destacaba en él una caja torácica considerable.

—Te dejaré el farol —dijo Leo cuando hubieron compuesto la cama.

Abajo, se acomodó como bien pudo. En sus manos, la botella descendía de nivel. Tenía tantos pensamientos en la cabeza que no se sentía capaz de combatirlos sin la ayuda del licor. Todavía recordaba la emoción del fugaz beso. Atizó el fuego, pero viendo la escasa provisión de madera, lo hizo con economía, no le sedujo la idea de quedarse sin leña. La botella tocaba a su fin y, sintiéndose ebrio, buscó la manera de acomodarse sin sucumbir al sueño. No resistió mucho, al poco, caía su cabeza a lado, se durmió entre ensueños de color y fugaces despertares cada vez más tenues, hasta que la pesadilla se apoderó completamente de él:

"Virginia y Carlos discutían en el dormitorio, ella, ligeramente enderezada sobre la cama, se tapaba hasta el cuello con el embozo. Carlos, de pie delante de la puerta, hablaba. Leo no entendía lo que decía, pero eran palabras muy duras. Crispado el gesto y encogido sobre sí, Carlos enarbolaba el machete que Virginia le había mostrado en la cocina. Una nube envolvía toda la escena, repentinamente entendió las palabras de Carlos: ¡voy a cortarte ese maldito brazo! Después la escena se perdía en neblinas, pero cuando entrevió de nuevo sus figuras, los vio entregados a un amor salvaje, animal. Entonces oyó un grito, un grito de agonía."

Leo abrió los ojos. Toda la casa estaba en silencio, oscura y callada. Tenía el estómago pesado y con ardores, las latas —se dijo—. Añadió un tronco al fuego y mientras esperaba que se encendiera para calentar café, miró el reloj. Había dormido largo rato, aunque a él le hubiera parecido unos minutos. Sorbió el café con delectación. ¡Qué noche! Estaba todo tan tranquilo, que, siendo las ideas las únicas que conmocionaban su cabeza, tuvo un mal pensamiento. Subió las escaleras y trató de escuchar un signo de vida tras la puerta, ya se iba cuando oyó un sollozo.

—¡Virginia! —exclamó—. ¿Estás bien?

Se abrió la puerta del dormitorio y apareció ella envuelta en una manta. Temblaba.

—Te oí quejarte —dijo Leo.

—Tenía una pesadilla.

—Yo también he tenido una.

—Hace tanto frío...

—Vuelve a la cama.

Y la acompañó hasta el lecho, que estaba revuelto. Virginia se acurrucó como una bola. Leo la arropó, pero ella le pidió que se echara a su lado. Se desprendió de los zapatos y se introdujo entre manta y manta. Ella se estremecía.

—¿Qué te pasa?

No dijo nada. Al cabo, pareció dormirse, entonces Leo, notándose incomodo se desnudó. Al tratar de introducirse entre las sábanas, Virginia abrió los ojos.

—¿Qué haces?

—Me acuesto.

Sus cuerpos se rozaban por las caderas. Los escalofríos les hicieron volverse de cara y abrazarse. Fue un acto muy natural. Virginia le puso una mano en el pecho y acarició su abundante vello. Leo notaba su respiración en el cuello, cálida y húmeda. Así estuvieron un tiempo, hasta que ella notó que Leo se había excitado, pero aún continuaron sin moverse. Entonces Leo la besó, buscaba la sensación que ya conocía. Tintinearón sus dientes y sus lenguas se buscaron gozosas. Virginia suspiró agitada, su aprieto se hizo más ardiente, deseando el blando contacto de la piel.

—¡Por Dios...!, ¡por Dios! —decía trémula.

Y como presa de algún acceso, se sentó sobre los talones, puso la cabeza entre las rodillas y tendió el brazo izquierdo hacia Leo rozando su boca con su pequeña mano. Apretaba rítmicamente el pubis contra el talón.

Leo no supo reaccionar. Veía como la excitación de Virginia aumentaba por momentos y no sabía cuál era su papel en aquella extraña forma de sexo. Finalmente, Virginia exhaló un largo gemido, y levantando el rostro congestionado gimió:

—¡Pégame!

Leo se apartó sobresaltado. Ella terminó y revolviéndose a un lado, quedó muda y quieta, con las manos entre los muslos. Pasaron los minutos y Leo, despacio, se levantó de la cama.

—¿Dónde vas? —le preguntó ella sin alzar la vista.

—Sólo quería taparte —respondió aspirando el frío aire.

De pie en la habitación, Leo se sorprendió observando el crucifijo. Se sintió incomodó y además se acordó de Carlos.

—Virginia, ¿dónde está Carlos?

Como no respondiera, la tomó de los hombros y la sacudió con vigor.

—¿Dónde está?

—¡Déjame!

—¡Basta de tonterías! ¡Estamos jugando a cosas peligrosas! ¡No sé qué hago aquí...! ¡Voy a perder el juicio entre vosotros dos!

Virginia se enderezó. Tenía el pelo revuelto y el rostro muy colorado, sus senos se agitaron temblorosos a sus palabras:

—¿Qué sabes tú del juicio? ¿Qué sabes tú de la vida y del amor? ¡Tú!, que puedes caminar por la calle mirando a las gentes a la cara. ¿Qué sabes del odio que se ha acumulado en mi cabeza todos estos años? La miseria que he padecido... ¿La razón? ¡Qué pronto se pierde cuando hay que inventarse un mundo para sobrevivir! Yo he tenido mil amantes en la punta de mis dedos... —y extendió la mano al aire—. ¿Qué sabes tú de mi dolor? Del amor que le tuve a Carlos y del abismo en que me ha hundido, un abismo que termina en un pozo de odio, de locura. ¡Es posible que esté loca!, ¿cómo no voy a estarlo?, la cordura es una cualidad de las gentes normales, yo la perdí toda en un momento, un resorte se desprendió de mi mente un día y desde entonces mis pensamientos trabajan por su cuenta. ¿Comprendes?

—¿Comprender? —respondió Leo sin atreverse a expresar ninguno de los muchos pensamientos que le asaltaban—. No sé. Hace un momento te has comportado de forma tan extraña.

—Extraña para ti.

—Es posible... ¿Dónde está Carlos?

—Vaga por el mundo —y abrió sus brazos mostrando el infinito.

—En cuanto amanezca saldré en su búsqueda. Trata de dormir.

Todo el monte estaba nevado, el coche sólo era un montículo sin forma. No sé cómo saldremos de aquí —se preocupó Leo—. Los pies se le hundían en la nieve al caminar, pero animado por la firme resolución que le impelía, se adentró en la montaña en busca de Carlos. ¿Por dónde empezar?, o mejor, ¿tenía sentido esta búsqueda? De haber pasado la noche al raso estaría muerto, congelado. ¿Pero dónde estaba si no? En la casa no había ni una prenda, ni un rastro de su presencia. Era para inquietarse y lo estaba. Virginia se había quedado en la cama, profundamente dormida, Leo, después de recalentar el café —no pudo ingerir más—, decidió emprender la búsqueda. ¿Qué otra cosa podía hacer?

Los pinos, cubiertos de nieve, parecían sorbetes dormidos, el Sol despuntaba tímidamente sin calentar. Había algunas nubes. Un silencio omnipresente cubría toda la comarca.

Según las horas fueron transcurriendo y la casa quedaba lejos, sus ánimos perdían la fuerza del principio. ¡Tiene que estar en algún sitio! Un refugio de montaña cercano, o una majada escondida en la nieve. Se internó por los bordes de las lomas, buscaba los riachuelos sabiendo que las gentes ponen sus casas en las cercanías. A veces se detenía, asustado, temiendo que la nieve cediese por su peso, los cursos de agua suelen quedar enterrados en las grandes nevadas, y caminar sin conocer el terreno es peligroso. Subió luego a un cercano picacho y a medida que lo hacía, un cansancio infinito le abordaba. Fumo demasiado —se recriminó—. Disponía de pocas fuerzas aquella mañana, como si la noche anterior hubiera hecho mella en su cuerpo. ¿En qué acabará todo esto? —pensaba—. Es curioso, lo fácil que un hombre puede adentrarse en las vidas ajenas, conoces un día a un joven y penetras de lleno en una tragedia familiar. ¡Dios!, qué cosas se esconden en el interior de las gentes, qué secretos inconfesables anidan en cada ser humano, cada casa es una cueva, una caverna de pasiones, grutas de tragedias, de dolor, de humillación y miseria

Se detuvo en una roca helada y encendió un pitillo. Dominaba toda la comarca desde allí, la casa sólo era un puntito lejano más oscuro que el resto del paisaje. No había ni un pueblo a la vista y Carlos seguía invisible. No conseguía imaginárselo de ninguna manera. ¿Qué pensamientos tendría allá dónde se encontrase? Recordó sus palabras en el bar de Berto: "Soy esclavo de la deformidad, de la más bella de las deformidades" ¡Cuán verdad era! Virginia podía seducir a cualquier hombre sensible al patetismo. Y ahora, él se encontraba entremedias del incesto. Si sólo fuera un incesto... Pero la tragedia no se había detenido aquí, ésta necesitaba hacerse dueña por completo de la escena, arrancar la máscara de los actores y deshacer el rostro de sus protagonistas hasta que las muecas de horror fueran tan reales que el drama imperase sobre todo. No podía ser un simple incesto, tenía que ser sórdido, violento, repleto, de locura y desesperación.

¿Cómo reaccionaría Carlos? ¿Se sentirá aliviado por la intromisión?, o por el contrario, ¿se sentirá humillado viendo hacerse pública la horrible relación?, sabiendo que lo más profundo de su alma, sus más bajas pasiones era ahora conocidas.

Se levantó y siguió la ascensión. Cuando llegó a la cumbre no pudo menos que admirar la vista, tan grande extensión de blancura, de nada en definitiva. Carlos no podía haber pasado la noche a la intemperie, no le creyó

tan loco. Y en estos pensamientos y al ver el humo que salía por la chimenea de la casa, en su mente se hizo la luz. ¡Cómo no se le había ocurrido antes! Carlos estaba allí desde el principio, en la casa, oculto en algún sitio, no había otra posibilidad. Atropellándose, descendió del picacho helado.

Resbaló y rodó un trecho por la nieve, golpeándose con una roca. Al levantarse se sintió mal, la rodilla le sangraba, apenas podía caminar y aún quedaba tanto para llegar... ¡Adelante! —se dijo—, un pie delante de otro, como un soldado. Y caminó cojeando, agarrándose a los árboles que descargaban sobre él la nieve en polvo sobresaltada. Fue una marcha penosa. El frío le entraba por el desgarrón atenazándole los músculos de la pierna herida. ¡Adelante!, ¡adelante! Estaba el Sol en el mediodía cuando alcanzó la explanada desarbolada donde se encontraba la casa, pero ya no podía más. Hubo de detenerse y respirar jadeante. ¡Vamos! —se gritó—. De la chimenea salía un humo de idílica postal. Mentía, la casa mentía, sospechaba que la tragedia se revolcaba en su interior. Llegó al dintel arrastrándose, perdida toda su dignidad de animal superior. La puerta sólo estaba entornada, las llamas crepitaban en la chimenea...

Ella estaba sentada sobre una manta dando la espalda al fuego, los brazos por delante de las rodillas, el pelo revuelto y sucia la cara de ceniza. ¡Tenía el camión manchado de sangre!, cuajarones de sangre.

—¿Qué ha pasado?

Alzó la vista sin moverse, cerró luego los ojos para hablar, tan terribles le salían las palabras:

—¡Se quería levantar!

—¿Se quería...? ¡¡Quién!!

—Carlos...

—¿Dónde está?

Pero ella se miraba los desnudos pies, pequeños y blancos como de porcelana.

Subió corriendo al dormitorio. Carlos yacía cruzado sobre la tarima, las piernas ocultas bajo el lecho, manchadas sus ropas de sangre. Tenía una gran herida en la frente. Leo se apoyó contra la pared y perdiendo las fuerzas se dejó deslizar hasta caer sentado. Contempló la escena un tiempo, un tiempo muerto, detenido para que el cuadro, amortajado por los minutos, durara una eternidad en un instante. No pudo cerrar los ojos a la visión.

El crucifijo seguía dominando toda presencia, desviado de su vertical. Uno de sus pies estaba roto, de modo que cruzadas sus piernas como es tradicional en estos símbolos, la amputación daba una idea irreal a su pasión.

—¡Putas del infierno! —gritó levantándose repentinamente, sacando Dios sabe de dónde las fuerzas. Apretó los puños y crujieron sus dientes.

Corrió al piso de abajo. Allí seguía ajena a sus gritos, mirando la nieve de fuera, perdida la razón. La zarandeó.

—¿Qué ha pasado...?

—Lo he matado.

Leo se tambaleó. No es posible —murmuraba—. Y abriendo la puerta de par en par apoyó sus manos en el marco y cerró los ojos con fuerza.

—¡Has matado a tu hermano!

Luego se dio la vuelta y agarrándola del pelo la elevó hasta ponerla de pié y la abofeteó con tal violencia que su cabeza se balanceaba inerte. Al soltarla, cayó al suelo quedando quieta sobre las losas. Salió fuera y fue al coche, quitó la nieve de la puerta a manotazos y una vez dentro rebuscó una botella que recordaba. Una botella de J.B. Bebió a grandes tragos. Cada vez que el cuerpo de Carlos le venía a la mente, bebía. Estaba sentado sobre la nieve, la espalda contra el coche, indiferente al frío. Tuvo ganas de llorar.

Mucho tiempo después y temiendo por su propia cordura, se levantó, la botella se derramó al hacerlo, le propinó un puntapié de rabia. Virginia seguía tirada en el mismo sitio.

—¡Vamos, levántate! ¡Te vas a helar!

Viendo que no se movía, la tomó en sus brazos y envolviéndola en una manta la recostó junto al fuego. Tenía una mirada tan perdida que, sintiéndose angustiado, encendió un pitillo y se lo pasó.

—Toma, haz algo.

Era tal su desmadejamiento que apenas pudo sostenerlo sin temblar.

—Quiero saber cómo ha sido, cuéntamelo, porque algo habrá que hacer.

—Él estaba aquí —explicó Virginia. Las palabras le salieron roncadas, con un nudo en cada sílaba.

—Sigue.

—Entró por el tejado y se escondió... —calló de nuevo perdiendo el hilo en la duda que la asaltó—.

—¿Qué vamos a hacer, Leo?

No lo sé. ¿Te das cuenta de lo qué ha pasado?

—Apareció de repente esta mañana, yo dormía. Me increpó por haberte traído. Estaba muy excitado y hablamos largo rato. Arrepentido, quería abrazarme, pedirme perdón, pero yo interpreté mal sus intenciones y le empujé fuera de la cama. Entonces se enfureció, resbaló en un pliegue de la manta y se golpeó con violencia contra el cabecero, perdiendo el conocimiento. No puedo explicarte por qué al verlo tirado e indefenso me acometió tanta ira. El odio acumulado me hizo descolgar el crucifijo y golpearle. Cuando quise reaccionar ya era demasiado tarde. No supe qué hacer, en mi interior necesitaba negar que todo aquello había ocurrido. Pero una extraña sensación

me acometió. Todo terminaba así. Carlos salía de mi vida para siempre. Sí, esa fue la mano que me impidió socorrerle cuando poco después le oí gemir. Salí en tu búsqueda, te llamé... Luego avivé el fuego y me senté a esperarte. He reflexionado, creo que debemos marcharnos..., no sé si serán imaginaciones mías, pero creo que hace un rato oí ruidos.

—Entonces, está vivo —musitó Leo, esperanzado.

—No, no... ¡Ruidos metálicos!

—¿Metálicos?, ¿de qué?

—¡No sé!

—¿Has vuelto a subir...?

—¡Esta muerto! Lo comprobé.

—¿Cómo lo sabes?

—¡Es que no lo comprendes! —gritó ella—. ¡Está muerto! —y le agarraba del brazo.

—¿Estás loca? ¡Suéltame!

—Virginia sollozaba, suplicaba para que se fueran.

—¡Vámonos de aquí! ¡Vámonos muy lejos!

—¿Quieres irte sin saber si está vivo?

—Carlos está muerto, te lo aseguro, no respira, lo comprobé. Ya no tengo hermano... —y sollozó—. ¡Estoy sola...!, contigo.

—Leo, sobrecogido por el significado de sus palabras, se quedó helado, una mueca le desfiguraba el rostro.

¡Santo Cielo! —murmuró.

—Leo —dijo Virginia con firmeza—, Carlos ni siquiera podía amarme con normalidad.

—¡Cállate!

—¡No! Debes saberlo todo. Carlos era un enfermo, nunca pudo amarme, me negó hasta eso. Descargaba en mí todas sus frustraciones. Hubo un tiempo en que soñé que algún día podríamos ser verdaderos amantes, pero todo fue de mal en peor. ¡Soy virgen! ¿Me entiendes, Leo? Me tenía atada, encerrada en casa, sin ayuda. Y si al principio nada podía hacer sin él, después impedía que me enfrentara de una vez por todas con mi vida. Nunca le hubiera deseado ningún daño, pero esta mañana algo se rebeló dentro de mí... ¡Tienes que ayudarme!

—Quítate esa ropa y ponte algo limpio —respondió finalmente Leo con alguna determinación—. Voy a subir, después decidiremos.

No se atrevió a tocar el cuerpo de Carlos, pero adivinó que estaba muerto. Algo le llamó la atención: en su mano apretaba todavía una papel arrugado. Lo cogió con mucho cuidado. Una cuartilla con una poesía. ¿Cómo era posible? La guardó en el bolsillo y cerró la puerta. Una profunda melancolía le invadía por momentos.

Abajo, Virginia se había cambiado de ropa. Empaquetaba las cosas. Su cambio de actitud casi le molestó. Salieron fuera y lo metieron todo en el coche. Les costó arrancar. Pero unos metros después las ruedas patinaron y no hubo manera de seguir. Leo fue al cobertizo con la intención de sacar el jeep y remolcar el deportivo. Vio con horror nuevas rodaduras que salían del portón. El candado estaba abierto, dentro no había nada. Oleadas de pánico le sacudieron, corrió al auto.

—¡El jeep no está!

—No...

—¿Pero cómo...? ¿Cuándo lo ha sacado?

—¡Vámonos! —pidió Virginia.

El miedo les hacía palidecer, se veían presos de alguna maldición, o de lo que era peor, de testigos, de policías.

—¡Leo!, ¡vámonos!

—¡Y cómo quieres...! ¡Esto no se mueve! —respondió irritado.

—¡Inténtalo de nuevo.

Regresó al cobertizo, había visto unas tablas, al cogerlas reparó en un bidón de cinco litros. Lo olisqueó. Era gasóleo. Una idea le vino a la cabeza. Le llevó una hora sacar el coche al camino. Una hora de nervios y fugaces miradas a los alrededores.

—Espérame en coche —le dijo a Virginia y sin escuchar sus protestas regresó al cobertizo. Cogió el combustible y roció toda casa, aunque no se atrevió a entrar en el dormitorio donde yacía Carlos. El fuego tardó en coger tiro, pero cuando lo hizo se sintió actor de una tragedia casi comparable a la de "El hundimiento de la casa Usher". Y bien cierto es que tal idea no le había nacido espontáneamente, sino que, dado su carácter romántico, repetía en la realidad lo que creía el final de una tragedia de la que era espectador cómplice. La casa ardió como una tea. Funeral y aniquilación de un joven maldito, iluminando la tarde de grana y humo.

Ella no dijo nada pero sus ojos expresaban el estupor que la acción de Leo le producía. Allí se convertía en cenizas su pasado, alguna vez feliz y siempre mórbido.

Leo metió todo el gas y retomando la comarcal huyeron apurando al máximo las endiabladas curvas. ¡Qué

distinto se les hacía el camino de cuando llegaron!

Durante horas no se cruzaron una palabra, cada uno tenía sus propios pensamientos. Finalmente Leo habló:

—Me hubiera gustado hablar con él. Simplemente hablar con él. Para eso vine aquí.

—¿Dónde vamos?

Leo la miro colérico.

—A Portugal. Al Algarbe. Es uno de los sitios dónde voy cuando huyo de algo.

—¡Qué todo salga bien!

—A veces me sorprendes —exclamó Leo sin poder contenerse—. ¡Qué todo salga bien...!

—No me acuses, por favor —le pidió—. Lo único que he hecho ha sido defenderme. Por primera vez en mi vida.

—¿Tanto le odiabas?

—No lo sé. Fue una reacción instintiva, me enfureció que quisiera tocarme...

Leo resopló y golpeó el volante con las manos. Ella se recostó contra el reposa-cabezas y siguió:

—No se que va a ser de mí. No lo sé, pero hay algo que sí sé: tengo que huir de todo esto. Porque hasta ahora mi vida sólo ha sido un pozo del que nunca vislumbré escapatoria...

Leo la interrumpió:

—Tenía un papel en la mano. Unos versos que no sé cuándo pudo escribir. Toma, léelos —y se los dio con cierta brusquedad.

Virginia no quería, la insistencia de Leo le ponía nerviosa.

—Léelos, serán su epitafio.

—¡No! ¡Ya sé lo que dice en sus poesías!

—Pero yo no. Léelos.

Así lo hizo, con voz firme pero engañosa, mientras los árboles se disparaban a los lados y las nubes se ceñían amenazadoras:

Cae la noche mi aliada
las sombras se han sedimentado
del día luminoso, pero amortajado
desciende el manto a mi querencia

y el corazón me brinca, palpitando
buscando tu calor mi bien amada.

Yace mi fortuna enterrada
el mismo día que nací,
avisos no dan de este percance
los cielos giran, no obstante,
cambiando el curso a su placer

Mías son las desventuras
que no puedo revelarte
sabrías entonces quién soy yo:
alma perdida en la amargura,
ser maldito y castigado.

¿Quién tuvo mi espíritu en otra vida?
¿Qué pecador ignominioso
hizo de mi carne una tragedia
robándome el poder, la esencia
que tu deseas entre tus piernas?

Densa es la oscuridad de mi pesar
tanto, como tu eres nova deslumbrante.
¿A quién pedir razones de mí mismo,
si soy eterno caminante
en la pena de no saber amar?

Estrellas son las que murmuran
falsos cielos en la altura
falsos dioses que agonizan
y solo Iblis me procura
el único consuelo, amada mía.

Nada dijeron. Leo hubiera esperado reflejarse alguna emoción en su rostro, al menos un poco de la que a él le embargaba. Pero Virginia, fruncido el ceño y la mirada caída, bajo el cristal de la ventanilla y dejó que el aire se llevara el papel.

—¿Por qué lo has hecho?, me apetecía conservarlo.

Ella no dijo nada.

—¡Dios! Debajo de esa apariencia de debilidad se esconde un carácter duro como una roca. ¡Qué digo carácter!
¡Una determinación! Me cuesta comprenderte Virginia, créete que a cada paso que doy contigo más me sorprendo.
Quizá sea lógico después de lo que me has contado, pero no deja de preocuparme.

Condujeron toda la noche, apenas una parada para reponer combustible y tomar un tentempié con el que aguantar hasta Ayamonte. La Guardia Fiscal les expidió un visado para un corto periodo. Desayunaron café y gruesas tostadas. A pesar de la dura jornada, Leo aún se vio con fuerzas para seguir hasta más allá de Faro, algún pueblecito tranquilo, quizá Sagres. Leo notaba las palmas húmedas: ¡el mar! ¡Thalassa! Y aunque encontró la evocación un poco estúpida, le gustó. Los diez mil oliendo el mar, el mar griego, corriendo en busca de la patria. Ahora ellos difícilmente tenían patria. ¡Eran asesinos!

Virginia se durmió acunada por el Sol sureño de principios de invierno, con ese sueño narcótico que afecta al agotado una vez que las emociones que impiden dormir se diluyen con el tiempo. Leo aguantó al pie del volante. Una vez hubo de agitar la cabeza y parpadear, y tampoco se asustó por haber conducido durante unos segundos con los ojos cerrados. Movía el cuello, tensándolo y destensándolo, trataba de mantener la circulación de la sangre. En un recodo de la carretera vio el mar. Despertó a Virginia para comunicárselo.

Ella sonrió, despertaba a la luz, ¿quién sabe qué soterrados pensamientos habían acompañado su sueño? Pero sonrió con sinceridad. Estaba más animada.

—Podríamos comer pescado... Un hermoso y fresco pescado asado. Y después una siesta en un hotel.

El paisaje era hermoso, todo el colorido del Algarbe, pueblos cálidos y bosquesillos.

—Fíjate —dijo Leo—, hasta se puede uno bañar.

—Yo no sé nadar —reconoció Virginia.

—Es igual, te puedes remojar un poco.

—Sí. En alguna playa vacía.

Así fue, El Sol lucía y la arena levemente mojada invitaba al paseo. Leo se quedó en mangas de camisa.

—De buena gana me quedaría aquí dormido.

Soplaba un viento raro, caliente y salitroso. Luego se fueron a comer a uno de los restaurantes del pueblo, un lugar pequeño y tranquilo. Comieron una caldeirada y unas gigantescas lúas a la plancha, bebieron vinos de la tierra y se despacharon con el fuerte café de que gustan los nativos del país. Leo dejó una propina que hizo salir al dueño hasta el coche y abrirles las puertas. Les dio las gracias en la bella manera portuguesa.

Encontraron un hotel para dormir, una siesta que se prometieron no interrumpir hasta la mañana siguiente. El Hotel daba al mar, podían oír el rumor de las olas rompiendo contra el acantilado. Leo quiso dejar la ventana abierta. El arrullo de las olas —dijo—, pero ella se quejó de la humedad y finalmente la cerraron. Entonces fue como si la luz atardecida se hubiera entristecido un poco, aunque, por contra, daba a la habitación una sedante

sensación de paz. Había dos camas separadas por una mesilla, las abrieron para orearlas. Dudaban en silencio si dormir juntos o separados. Leo no dijo nada de cierta aprensión que le embargaba, no sabía qué era o de dónde nacía, pues no encontraba en las escenas pasadas, exactamente la causa, sino que tenía un origen más físico. Virginia, a su manera, entendió también ese momento de duda.

—Yo dormiré en esta —dijo resolviendo la cuestión.

Se desnudaron, Leo completamente, ella se puso una camisa por encima. Cuando vio nuevamente su brazo izquierdo, le entró un notable desasosiego. ¡Aquel brazo! Tan extraño al cuerpo. Viniendo quizá de otro mundo, un injerto de una dimensión más patética. Con la facilidad de la costumbre, Virginia ocultó rápidamente esta parte y bajó la persiana dejando la habitación en penumbra.

—Así esta mejor —dijo.

A Leo le costó coger el sueño, caía a intervalos en sopores demasiado lúcidos, con profundas y brillantes ideas, aunque sólo eran el producto de su agotamiento, pues estando el cuerpo tan obligado a vivir sin descanso, ahora se negaba a morir un poco. Al fin lo consiguió, luego de algunas vueltas en la cama. Soñó con Carlos, un Carlos vivo pero con una herida seca y horrible en la cabeza. No estoy muerto —le dijo el joven., he venido para recordarte quién es ella. Déjame... —rogaba Leo—, y trataba de alejarse, pero Carlos le alcanzaba y le enseñaba la llaga, que estaba llena de gusanos. No estoy muerto —repitió—, es sólo que se ha infectado. Ves..., son los microbios. Y explotaba un gusano entre los dedos, que era de sangre, sangre encuadrada. Luego cogió algunos puñados y se los llevó a la boca. Tengo que alimentarme —dijo sonriente, manchados sus labios de sangre—. ¡Ten cuidado! Ella también tiene la infección, una peste escarlata, una muerte roja. Y entonces apareció Virginia con su camisón desgarrado y sangriento. Sonreía agitando su brazo perverso, y acercándose le acarició. El brazo cambiaba, se volvía blanco, perfecto de forma, sin mácula ni deformidad, y según esto ocurría, el resto del cuerpo se transformaba, se secaba haciendo la piel encarnada y lisa, sin vello, como vieja y enorme quemadura. Los senos arrugados y puntiagudos, de largos pezones, los labios lívidos en la cara escarlata, los dientes rojos. Quiso alejarse, pero sus piernas no le obedecieron. Ella cogió su pene, seccionado sin sangre ni dolor. Trató de quitárselo y pegarlo de nuevo, pero le desapareció entre las manos. Carlos y Virginia se besaban, después caminaron hacia el mar, adentrándose en las olas hasta que, teñidas de rojo, les engulleron.

Despertó sudoroso pero frío, no sabía si taparse aún más o si por el contrario debía aligerarse de ropa. ¡Aquella humedad! Virginia dormía silenciosa. Miro el reloj, medianoche. Quedaba mucho tiempo todavía. Sin embargo, se sentía febrilmente activo, fue al servicio y se lavó la cara, comprobando sus genitales sin saber por qué. Al mirarse en el espejo vio que había adelgazado, profundas arrugas surcaban sus mejillas, y bajo los ojos se dibujaban semicírculos azules. El pelo revuelto y la cara de sueño le devolvieron una imagen desagradable de sí mismo. Se peinó con la mano, la barba le picaba por los lados. Orinó luego a chorros certeros contra la loza, algunas gotas cayeron fuera.

Dio unas vueltas por la habitación dudando si volverse a acostar, pero al cabo, todas sus miradas convergieron

sobre ella, dormida y cubierta por el embozo hasta la cabeza.

—Matas a tu hermano gemelo y duermes como una bendita —murmuró.

Acercó una silla y se sentó a contemplarla. No se oía un solo ruido en el hotel. Sintió algo de frío pero no se movió. ¿Cómo puede dormir así? Y tuvo por un segundo la idea de que las culpabilidades no eran el punto fuerte de su compañera de habitación.

Ella se dio la vuelta en la cama y abrió los ojos.

—¿Qué haces? —le preguntó adormilada.

—Te miro, ¿dormías?

Virginia no contestó, le observaba desde el lecho. Luego abrió un poco la sabana:

—Anda ven...

Se abrazaron entrelazados, pecho contra pecho.

—Tuve otro sueño —confesó Leo—, un sueño horrible.

Virginia le besó en el cuello, suspiró:

—Olvídalo todo.

Le asombraba la capacidad que tenía para adaptarse. A veces parecía no tener sentimientos. Dura y sólida. Inclemente, férrea en sus decisiones y actos.

Virginia le acariciaba, primero lentamente, luego con más pasión, hasta que algunos jadeos apresurados le indicaron su deseo, su disposición. A Leo no le agradó, el poso de su reciente pesadilla y algo más, le desarmaba. Pero ella no se dio cuenta, se agitaba poco a poco en el abrazo, arrimándole las caderas con ardor.

Leo —musitaba—, Leo...

Se había quitado la camisa y arrullándose como un gato en la tripa de Leo, le besaba el pene. Esto hizo que Leo acrecentara su vigor, tomó sus senos y los halló blandos y suaves, y sus pezones de adolescente, deliciosos. Virginia se enderezó a horcajadas de sus flancos.

—Entra, por favor —le pidió.

Y no lo decía como si de una simple petición se tratara, sino encareciéndole tal acción en aquel momento. Demostrando que aquella entrada en su intimidad era lo más importante de sus anhelos. Pero a Leo le faltaron fuerzas. Sentía la repugnancia de algo ignoto.

Se detuvieron en sus afanes. Virginia tenía una mirada interrogante que sin decir nada parecía pedir

explicaciones.

—¡No sé...! No es el momento.

En el silencio que siguió, Leo fue arrebatado por una vorágine de funestos pensamientos, eran los de ella misma, transparentes como el agua. Aquella expresión de dolor, semblanza de desesperación, le entró como una droga.

Virginia se levantó y se fue al baño, oyó la ducha en sordina. ¡Mierda! No era el momento —se justificó—. Sentía comezón en los genitales. Se cambió de cama y arropándose bien con las mantas quiso dormir, se encontraba deprimido. Entonces oyó sus lamentos. Se acercó a la puerta del baño y le pareció que Virginia se estaba masturbando. Y se estremeció.

Cuando despertó, el Sol se colaba por las rendijas de la persiana a trazos paralelos y amarillos, el polvillo del aire subía y bajaba existiendo sólo por efecto de la luz. Se rascó la cabeza deseando una ducha. Virginia ya se había levantado, su cama estaba vacía. Eran las once de la mañana. Tampoco estaba en el baño. Abrió la ventana dejando que el día entrara en la habitación, y también entraron las olas y su incansable batir. Se duchó pensando que estaría abajo desayunando. Sentía cierta tristeza, una tristeza que le disminuía como ser humano.

En el salón desayunaban pocas personas, españoles también, pero ella no estaba. Salió muy temprano —le informó el camarero—. No sabía a dónde. Como tenía apetito se desayunó abundantemente. Encendió un pitillo y se dijo que de estar en algún sitio, sería la playa. Caminó por las calles del pueblo pasando por el muelle de los pescadores. Había poca actividad, turistas haciendo las fotos de rigor. En la playa, algunas gaviotas tiznadas, agrupadas y pisoteando la orilla de una pequeña ría, alzaron el vuelo a su llegada pasando sobre su cabeza como un escuadrón. Tampoco estaba allí. Paseó largo rato por la arena dando patadas a las caracolas y pisando conchas vacías, crujían agradablemente bajo sus zapatos. Horas después regresó al hotel. No había regresado aún, se enfureció, ¿qué juego se traería ahora? ¿se hará la dolido? ¿le reprochará alguna cosa? ¡No era para tanto! Tenían tiempo por delante para entenderse a gusto, si es que tenían por qué entenderse. ¡Bah!, mujeres..., valoran las cosas a su gusto, hacen castillos de granos de arena y pasan de largo delante de los sucesos realmente importantes. ¡Que vuelva cuando quiera! Y con estos pensamientos se marchó al pueblo con aviesas intenciones. Entró en una tienda, una confitería, y compró por curiosidad una botella del aguardiente local y una de J.B. Abrió la de aguardiente y se dio un trago, peor que el nuestro —se dijo—. Pero aún se dio algunos más.

Según iba bebiendo se iba enfadando. Deliberadamente no volvió a comer al hotel, lo hizo en una tasca marinera. Los parroquianos le contemplaban con interés, observaban del todo sorprendidos las tres botellas sobre la mesa, la de vino casi acabada, mediada la de aguardiente y la de güisqui sin abrir. Se comió una urta y una ensalada duramente sazonada. Fue terminando de comer cuando le asaltaron los remordimientos: ¿tendría ella dinero para hacer lo mismo? ¿No estaría ahora esperándole desconsolada en el salón del hotel? Quizá se alejó demasiado por la playa y se le había hecho tarde para volver. Pagó con prisas y metió las botellas en una bolsa

que le proporcionó el tabernero. Con paso apresurado se dirigió al hotel, por efecto del alcohol ingerido no lo hacía muy seguro, se fumó unos pitillos por el camino. Todavía le dolía la rodilla de los golpes que se dio en la nieve, pero lo ignoró.

No había vuelto, y no se enfureció, se asustó. Las cuatro de la tarde, ¿dónde puede estar? El recepcionista le aconsejó que fuera a la policía. Yo mismo, si quiere... —se ofreció—. Leo cogió el coche y recorrió, nervioso, las calles del pueblo, incluso preguntó a quienes le parecieron más discretos. Fue nuevamente a la playa y, baja la marea, rodó por la arena mojada hasta que ya muy lejos, una ría le impidió seguir. Allí se detuvo.

Abrió la botella de J.B., el aguardiente le producía acidez, le deprimía. Tiempo después, regresó al pueblo y aparcó en la plaza. Algunas gentes le observaban entre cuchicheos. Volvía la cabeza a uno y otro lado esperando encontrarla a cada mirada, saliendo de una bocacalle o pasando una esquina. De pronto, tuvo una idea. ¡Claro! Tenía que estar en la habitación del hotel, escondida en algún rincón, como una avestruz. ¡Le venía de familia! Y la maldijo a pesar de la esperanza. Arrancó y dio la vuelta a la plaza a todo gas, ante el asombro de los transeúntes. El recepcionista trató de decirle algo mientras subía las escaleras, pero no le escuchó, aunque pudo divisar un hombre trajeado, hablando con el empleado. No había nadie en la habitación, ni en el baño, ni en los armarios, ni en ningún sitio.

Llamaron a la puerta y entraron: el recepcionista y el hombre del traje. Un traje de entretiempo, gris y mal cortado. Era policía, le habían avisado desde el hotel. Con mucha cortesía, le pidió una descripción de Virginia, asegurándole que la encontrarían y que no se preocupara. No tenía excesiva curiosidad, más allá del mismo caso. En el fondo hasta era un tipo simpático, aceptó un cigarrillo y le proporcionó un teléfono para comunicarse. Mejor que no se mueva del hotel —dijo—. Así no tendremos que buscar a dos. Hablaba un buen castellano. Había vivido no sé dónde y hasta tenía parientes en Huelva.

Fue un largo atardecer y más todavía la noche que siguió. Leo se emborrachó sin ningún cuidado, impidiendo que los pensamientos le acometieran. No quería hacerse ninguna cábala sólo quería verla aparecer por la puerta, como fuera. Las horas pasaron, las luces perdieron intensidad, los clientes le miraban con cierta pena, le señalaban desde la distancia. Le importó un bledo. Notaba el estómago anudado, pesado como un balón. Aquel aguardiente le había sentado mal.

La mañana le sorprendió dormido sobre la mesa del comedor. Nadie se había atrevido a despertarlo. Le dijeron que la policía seguía sin noticias y que querían la dirección de Virginia en España, pero les dio la suya propia. Al tercer día de espera decidió marcharse. En su interior había calado ya una idea de la que no podía librarse: ella estaba muerta. Se la imaginaba entrando en el mar hasta morir ahogada. Desesperada y culpable. El motivo detonante, aunque no principal, de tal acto, era sin duda su fracaso sexual.

Decidió volver a Madrid y seguir su vida normalmente hasta que el azar le encadenara a los hechos. Fatalista, pensaba que este era su sino, y como tal destino y como pena a cumplir, se dispuso a marchar. Nada dijo de sus sospechas a la policía portuguesa. Para ellos, Virginia ya estaría en Madrid. Créame —le dijo el policía—, la mayor

parte de las veces sucede así.

Pero Leo no le hizo caso. Estaba seguro de que la historia terminaba así: muertos los dos hermanos, ambos por su culpa, al fin y al cabo. Ahora, se trataba de aceptar un epílogo que probablemente no pasaría por su vida como los hechos anteriores, caería sobre él como una máquina de hacer justicia.

- 7 -

Berto manejaba la coctelera con la pericia del profesional que era, la agitaba una y otra vez con un temblor no exento de arte. Frente a él, Leo apoyaba los codos en la barra. No tenía buen aspecto, la faz pálida, la barba sin arreglar, el pelo descuidado.

—Verás como esto te anima —le dijo Berto—. No quiero verte con esa cara. Parece como si el duende de la melancolía se hubiera apoderado de ti... —y añadió—: Luna de plata de melancolía aléjate de mi amigo.

Y le sirvió el cóctel, que era dorado como un vino fino.

—¿Qué me habrás echado...?

—¡Un poco de alegría, hombre! Que desde que volviste de Portugal no pareces el mismo.

—¿Sabes que tenía el pelo del color de esta bebida?

—Ya me lo has contado.

—¡Calla...! Tenía el pelo claro y los ojos azules, profundos como un remolino. Su espalda era lisa y blanca y su pubis rubio. Hablaba siempre con voz apagada, excepto cuando se enfurecía, entonces sacaba a relucir su verdadero carácter, se transformaba.

—Anda, tómate eso... Y si te portas bien te invitaré a una línea, algo especial que he pescado por ahí.

—En ti confío.

—Sí, eres mi mejor cliente, pero a veces desbordas mis posibilidades. Estás delgado, amarillo, tienes los ojos turbios y hace tiempo que tus dientes no ven la luz, ya no sonrías como antes, y es una pena, porque tenías una bonita sonrisa, ahora, cuando quieres hacerlo, te sale una mueca enmarcada por esas dos arrugas que trajiste de Portugal, hasta tienes algunas canas en la barba.

—¡Desaparecida! —dijo Leo al recordar la llamada telefónica del policía portugués—. ¡Qué tontería! Se adentró en el mar y caminó entre las olas hasta que una más grande se la llevó al fondo. Y no con un rictus de agonía, sino con la calma de la premeditación, de aquellos que lo hacen por necesidad, por descansar. Sólo que hubiera debido avisarme, quizá le hubiera acompañado.

—No digas bobadas —exclamó Berto, disgustado por sus palabras—, ella no te importa, lo que pasa es que te

sientes culpable...

Pero no terminó la frase porque se volvió para ver a los dos hombres que entraron en el local. Eran altos e iban bien trajeados. Uno de ellos, el más joven, llevaba un bigote, notable por lo espeso, pareciendo un filósofo de otra época más racional. El otro, maduro, peinaba canas y aunque seco y estirado, tenía el porte de un caballero. Saludaron con discreción y buscaron un lugar apartado.

Berto los miró con desconfianza. Leo ni se volvió, es cierto que esperaba la visita de la policía desde hacía tiempo, una semana escasa de su llegada de Portugal, y no habiéndose decidido por nada, ni siquiera por comunicarse con la familia de Virginia, aguardaba el desenlace de los acontecimientos, como habitualmente esperaba la llegada de fin de año, con indiferencia. Nubladas sus ideas por el alcohol y concentrado en sus recuerdos, no quería más compañía que la de Berto, lo que tampoco iba a impedirle enfrentarse tranquilamente con los hechos.

Los recién llegados bebieron ginebra seca. ¡Buen estómago! se dijo Berto. Y mientras servía miró de reojo tratando de adivinar qué podrían buscar semejantes personas en su bar. No eran precisamente el tipo de clientes que deseaba. La gente bien trajada y de aspecto respetable le infundían sospechas. Observaban el local sin disimulo, y en sus gestos, Berto reconoció el disgusto que tan siniestra decoración les producía. No es que el esqueleto dentro de la armadura les desagradara o que el gran Árbol de la Vida, pintado en el techo por un discípulo del inefable Crowley, les intimidara, pues seguramente carecían de la sensibilidad y del conocimiento para interpretar uno solo de los símbolos que por doquier adornaban el patético, pero acogedor, bar de Berto. Quizá fue la reproducción del cuadro de Max Ernst: "El atavío de la novia" lo que más llamó su atención. Ciertamente que la novia representada por Ernst no era para una boda cualquiera, con aquella cabeza emplumada como un capuchón de insólita lechuza y arropada por un manto de plumas que dejaban admirar su esbelto y sensual cuerpo, altar propiciatorio para el terrible pájaro de los diez penes espolones. Y finalmente dirigieron sus miradas a la barra y pasándolas entremedias de Leo, se maravillaron, eso sí, del monumental bajo relieve labrado en madera policroma del gran dios Abraxas.

Bebieron de sus copas y cruzaron algunas palabras que Berto se perdió. Llegado éste a la barra, elevó un poco la música, sonaba Karl Orff, lo suficiente para hablar con Leo sin ser oídos.

—Oye Leo, creo que tienes visita, pero no te vuelvas.

Para qué lo hubiera dicho. Leo se volvió como un resorte, los vio y ellos también. Inesperadamente dio unos pasos y se les acercó.

—¡Señores! —dijo—, si me buscan, aquí me tienen —y extendió las manos en el gesto del esposado.

—¡Leo! —exclamó Berto confundido.

—¿Y quién es usted? —preguntó el joven del bigote.

—¡Soy el que buscan! Leo el cobarde, el alcohólico, el desolado Leo que no tuvo fuerzas para adentrarse en el mar detrás de ella.

—¿Detrás de quién, amigo? —preguntó ahora el caballero maduro.

Pero Leo perdió su mirada en el recuerdo, las paredes del bar de Berto no pudieron detenerle, salió a la calle su vista y cruzó las montañas hasta el mar y sumergiéndose en las olas buscó su cuerpo mecido sobre el limo marino, reposando en paz, en eternidad.

—De ella, la de la exótica belleza y extrañas proporciones. Bien saben ustedes a quién me refiero. ¡Vamos, no pierdan su tiempo, ¡encadéñenme! —y hacía de nuevo acto de dejarse esposar.

—Vamos, vamos..., Leo —irrumpió Berto tratando de apartarle—. No molestes.

—El hombre de más edad se levantó del asiento.

—Al parecer le sacude un gran pesar, ¿Quiere usted sentarse con nosotros?

—Claro que me sentaré —repuso Leo—. Me sentaré toda la vida con ustedes, no volveré a levantarme jamás.

Leo parecía preso de alguna locura o idiotez. A Berto se le puso un nudo en la garganta. Aquella reunión iba a terminar muy mal, más con un comportamiento tan extravagante como el que estaba demostrando Leo.

—¿Por qué supone que venimos en su busca? —preguntó el más joven.

—Sé muy bien quiénes son, conque quitémonos las caretas y hablemos con claridad.

—¿Y quiénes somos? —inquirió el caballero—.

—Usted es el padre..., el padre cruel que abandonándola la dejó en manos del destino fatal. Y usted —y señaló al joven del bigote—, es un simple policía.

No parecieron acoger con agrado estas menciones.

—Entonces, siendo yo el policía, y siendo mi acompañante el padre, usted es el cómplice que buscamos.

—Cierto, señor mío. Yo soy.

—¿Qué tipo de cómplice? —quiso saber el padre.

—Cómplice por omisión. Bien lo saben ustedes que vienen por mí.

El caballero encendió un pitillo, usaba un encendedor de oro que al cerrarse producía un sonoro chasquido. Se encontraba intranquilo y se olvidó de ofrecer, fue el joven quien lo hizo. Durante un instante callaron todos.

—Sí, es cierto que buscamos a alguien —dijo el policía—, pero más que buscarle, lo que queremos es oírle,

escucharle.

—¿Quieren escucharme?

—Así es.

Leo se volvió hacia Berto que detrás de ellos se mantenía a la expectativa del desenlace.

—Trae bebida para estos señores, se acaba de formar mi tribunal.

A Berto no le gustaron estas palabras, en realidad no le gustaba nada de lo que allí estaba ocurriendo, pero recogió un par de botellas, acercó una silla y luego que hubo echado el cierre a la puerta y no habiendo más clientes, dijo sentándose:

—Sírvanse, acabo de cerrar el local.

—Quedamos en que era usted cómplice por omisión —recordó el padre a Leo—. Eso me lleva a pensar que hay algo que no hizo y que debería haber hecho para evitar un mal.

—Exacto. Tuve en mis manos la vida de dos personas, podía haberlas salvado y sin embargo no lo hice, no fui capaz de interpretar ni uno solo de los presagios que el azar y hasta mis propios sueños me procuraban.

—¿Dos personas, dice usted?, ¿de qué dos personas habla? —preguntó el policía.

—De Carlos y Virginia, naturalmente.

—¿Qué dice, desdichado? —exclamó el padre—. Virginia se encuentra perfectamente, y en cuanto al desgraciado accidente de Carlos...

—¿Ella...? —le interrumpió Leo—. ¿Está viva?

—Desde luego —aclaró el padre con una mirada de censura, casi de desprecio.

—¡Está viva! —gritó Leo—. ¡Berto, está viva! —y alzándose bebió un largo trago.

Vino a verme hará unos días —relató el padre—. Hube de sacar fuerzas de flaqueza para hacerme cargo de toda la situación. La tragedia me desbordó. Joven, no estoy en condiciones de censurar a nadie, pero su actuación me repugna. ¿Cómo tuvo la suficiente sangre fría y falta de humanidad para quemar la casa?

—¿Y qué podía hacer? Me sentía tan culpable como Virginia. Por otro lado, me pareció un buen funeral para el pobre Carlos. Sepa que yo le tenía aprecio.

—¡Cállese! —le interrumpió el policía—, no sólo se culpabiliza usted mismo, sino que se pueden formular otros cargos. Incendió la casa, ¿no se le ocurrió pensar que era propiedad de alguien?

—¡Al diablo, la casa! ¡Nada de eso importaba allí! Carlos estaba muerto. ¿Hubiese preferido que lo enterrara en

la nieve?

—Es usted un hombre adulto, por tanto no dramatice ni haga especulaciones fantasiosas. Se le podía haber pasado por la cabeza, simplemente, pedir ayuda. Su comportamiento me parece detestable.

—¡Calma! —pidió el padre—. Hemos venido a escucharle, aunque creo que antes deberíamos explicarle los últimos hechos. Virginia se presentó en un estado lamentable tanto mental como físico. Me contó lo del accidente y confieso que no la creí hasta que el señor N. —y señaló al joven policía—, desplazado al lugar, lo corroboró. Imagine lo que se me vino encima, hube de recurrir a todas mis amistades. A Virginia y tras un examen médico, la interné en un buen sanatorio. El juez, en consideración a lo especial del caso y a la amistad que me une al señor N., ha certificado la muerte accidental de mi hijo. Como comprenderá no deseo ninguna publicidad y trataremos de echar tierra al asunto. El señor N. se ha ocupado de todo lo referente al entierro de Carlos y nada ha trascendido a la prensa. Sin embargo, usted es nuestro punto más flaco, por ello estamos aquí, para proponerle un acuerdo que de llegar a producirse significaría la inexistencia de cargos contra usted. Me ahorraré de paso la censura que sus acciones me inspiran en beneficio de mi hija y mi familia.

Y ya parecía dispuesto a iniciar unas negociaciones más calmas, cuando añadió:

—¿Qué le hacía suponer que estaba muerta?

—Ya no tiene importancia —respondió Leo, abrumado por lo que oía—. ¿Dónde está?

—Virginia no quiere volver a verle —aseguró el policía—. Nosotros le ofrecemos un pacto: su exculpación a cambio de su silencio, más la garantía de que nunca volverá a verla. Por contra, quedará libre, si bien y para nuestra completa tranquilidad, apreciaríamos como gesto de buena voluntad que abandonara la ciudad, en cuyo caso estaríamos dispuestos a remunerarle en alguna cantidad. ¿Qué decide?

Leo no contestó, se encontraba desconcertado, no por el desprecio con que se sentía tratado, era que la tragedia se había desmoronado, quedando reducida a que ella estaba viva, encerrada, y no quería verle.

—¿De lo contrario...? —se atrevió a preguntar Berto ante el mutismo de Leo.

—¡No hay de lo contrario! —respondió el padre con firmeza—. ¡Le aniquilaría! Pueden estar seguros.

—En tal caso aceptamos —dijo Berto, tomando la responsabilidad del indeciso Leo.

—¿Qué dice usted? —le preguntó directamente el policía.

—Acepta —le pidió Berto—. Estás pillado.

—De acuerdo —murmuró.

—En ese caso, y como garantía de su palabra, deberá firmar aquí —y extrajo un papel doblado del bolsillo de su chaqueta.

—¿Qué es eso?

—Una declaración policial donde reconoce los cargos de denegación de auxilio y destrucción de propiedades. Sólo la usaríamos si usted rompiera el acuerdo. Lo cual espero no ocurra nunca.

—Joven —terció el padre—, sé que ha sufrido por culpa de esta desafortunada historia, pero deje correr la vida sin añadir más leña al fuego. Es posible que todo esto le parezca inusual, pero ya nada tiene que hacer con Virginia y lo sabe. Firme, y separémonos hasta nunca con la impresión de ser actores de un mal momento de nuestras vidas, del que sólo las naturales secuelas queden, sin añadidos de orgullo, resquemor o morbosidades de las que no hablaré.

—Anda firma —le rogó Berto.

Leo firmó. Extendió su rúbrica sobre aquel folio escrito a máquina sin ni siquiera leerlo. Después, el policía le dijo a Berto:

—En cuanto a usted, y pareciéndome un hombre razonable, se me ocurre que evitará todo rumor o maledicencia, y para que sepa lo interesado que estoy en el caso, y también se lo digo a usted —aquí se dirigió a Leo—. Yo fui amigo de Carlos y por tanto conozco bien a Virginia, le profeso un afecto personal que va más allá de estas circunstancias. Por tanto, no consentiré que esta historia trascienda de los aquí presentes y aún me parecen muchos. Pero no pudiendo evitarlo, sí trataré de conjugar sus voluntades. Si existiera, Dios no lo quiera, la más mínima intención de faltar a lo aquí pactado, sepa que le cerraría el local, cuestión nimia en mis atribuciones, y hasta le formaría un proceso por tráfico de drogas, actividad ilegal de la que sabemos hace usted su beneficio principal.

—¡Pero...! —balbució Berto.

—¿Contamos con su silencio?

—¡Naturalmente! Si mi amigo ha firmado, no voy yo a interferirme en sus deseos, siendo como soy el mejor de todos ellos.

—Pues entonces y como esperábamos, ha sido grato poder llegar a un acuerdo. Tome mi tarjeta y venga a verme si surge algún problema. Y recuerden... —y agitó la confesión.

Cuando se hubieron ido, Leo llenó su vaso hasta el borde, quería llegar al límite de sus fuerzas.

—¡Vale ya! —le reprochó Berto.

—¡Déjame!

—¿Oíste lo que dijo ese estúpido policía?: "y como esperábamos ha sido grato..."

—No les creo —aseguró Leo—. No puedo creer que ella no quiera volver a verme.

—Pues parece lógico, de lo contrario no te hubiera abandonado en Portugal.

Leo hizo un gesto nervioso. Los ojos le brillaban al contraluz.

—Pasaron cosas..., pero ellos mienten. La han encerrado en un sanatorio, la han anulado, quieren separarnos por algo. Ese tipo tiene interés sobre ella.

—Tú me dirás... Quieren que lo de Carlos parezca un accidente. O quizá, hasta ella misma les contó la parte que le interesaba. En cualquier caso, has firmado, se acabó todo, dedícate a pensar en otra cosa... ¡Y deja de beber como un loco!

—¡Qué hipócritas!

—¿Y qué?, ¿prefieres que te acusen?

—Sí, que salga toda la mierda a relucir.

—Sería tu fin..., y el mío, ya les oíste, esa gente no perdona... ¡Traficante!, por unos miserables gramos a la semana.

—¡Tengo que hacer algo!

—Olvidarlo, ¿qué vas a hacer si no?

—¿Dónde la tendrán recluida?

—No, no, no..., que te veo venir. Nada de eso, amigo Leo. Yo me desentiendo. Comprenderás que me juego mucho. No puedes romper el pacto. ¿Pero por qué me metería yo en esto?

—Escucha Berto —insistió Leo—, la buscamos, hablo con ella y termino con todo. Pero compréndeme tu a mí, la creía muerta... Tengo que verla, verla al menos. Después lo olvidaré, te lo prometo.

Berto se asustó, cogió la botella y se sirvió un buen vaso, se lo bebió de un trago, sin mirarlo. Los pies se le deshacían en el suelo. Sabía que era incapaz de negarse a las intenciones de Leo, a estas o a cualesquiera otras. No sabía por qué, pero así era.

—¿Estas decidido a hacerlo, a pesar de lo que nos puede pasar?

—Sí, ya sabes que sí.

Llamaron a la puerta en ese momento, se quedaron tiesos. Berto abrió. Era Arturo.

—¡Bah...! ¡El pianista de los dedos de oro! ¿Pero tu no estabas con la poetisa? —le gritó.

—¡Me ha dejado!

Berto se rió, aliviaba así la tensión, porque el pobre Arturo puso una cara tan dolida que, más que compasión, inspiraba risa.

—¡Esta sí que es buena!

—No le veo la gracia —contestó Arturo, que tenía un aspecto deplorable.

—Arturo, amigo mío —dijo Leo—, has llegado en el preciso momento... ¿Necesitarás dinero, verdad?

—Tú me dirás... Estoy sin blanca desde ayer.

—¡Pues aquí está lo que necesitas! —y Leo sacó varios billetes—. Sólo tienes que hacer lo que te digamos.

- 8 -

Arturo el pianista tuvo mucha suerte en sus investigaciones, encontró al poco tiempo un sanatorio en la sierra y luego de otras investigaciones pertinentes, corrió a informar a sus amigos. Había mejorado su aspecto en los últimos días y poseído de una fiebre detectivesca, se endosaba, a saber de dónde la había sacado, una amplia gabardina a la que gustaba subir el cuello, unas gafas oscuras completaban su atuendo. Berto no pudo evitar una carcajada cuando vio tales guisas, pero tras una pequeña reflexión le pareció que era como ponerse un cartel que dijera: "estoy haciendo el indio por ahí con el dinero de mis amigos, y además, poniéndonos a todos en peligro".

—He sobornado a uno de los celadores —dijo—, sólo tuve que invitarle a beber, se fue de la lengua, luego le ofrecí dinero. Le conté una historia de esas románticas. Dejaré una ventana abierta y también la habitación sin cerrar. Pero salió muy caro.

Y aficionado a su nueva profesión soltaba las palabras como si de secretas confidencias se tratara.

—Encuentro esto más entretenido que tocar ese maldito piano —le decía a Berto.

—De eso se trata, porque nos estamos jugando tu empleo y mi bar. ¿Y además, cuánto le has dado a ese tipo?

—Cien.

—¿Cien mil? ¡Tu estás loco!

—A ver si te crees que la gente pone en peligro su empleo por cuatro perras.

—¿Cómo está aquello para entrar? —preguntó Leo, amoscado por los inútiles diálogos que mantenían sus amigos.

—Tendrás que saltar la valla y cruzar el jardín, hay un celador o una enfermera por planta, pero normalmente se echan a dormir. La puerta de su habitación estará "casualmente" abierta. Dispones de una hora.

Se trataba de un manicomio para ricos, no uno de esos lugares para desahuciados. Contaba con toda clase de lujos y comodidades. Locos de postín, casos que también se dan entre las clases adineradas.

—Ya que estamos de acuerdo, salgamos para allá.

El viaje fue muy corto, la carretera era buena y Leo corrió todo lo que pudo para llegar con luz y examinar antes el lugar. A medida que ascendían las montañas, el verdor y la frescura se hacían más patentes. No les cabía duda de que en sitios así cualquiera podía curarse de los males de la urbe. Hasta —dijeron— no les importaría pasar una temporada internados.

—No penséis que es ninguna tontería —aseguraba Arturo—. Yo no ando demasiado bien de la cabeza, tengo mis "cosas"... ya sabéis, la vida que llevo.

—Pues nada, pide el ingreso —bromeaba Berto—, ya tienes recomendación —y se rieron del músico.

—No me hace ninguna gracia. Tengo treinta años bien cumplidos y apenas gano para mantenerme. En política estoy hecho un lío, sé que estamos en la verdad, pero somos tan pocos...

—Es que eres muy extremista —le reprochó Berto.

—¡No es eso! Para vosotros es fácil vivir. Tú, Berto, con tu negocio, te va de perillas, encima tu consorte está forrada...

—Oye, que tenemos bienes separados —se defendió el barman.

—Es igual. Y en cuanto a ti, amigo Leo. Eres rico y consciente y no haces nada por los demás.

—¿Y qué quieres que haga? —le respondió el aludido sin prestarle demasiada atención, pues iba enfrascado en sus pensamientos.

—No sé, algo... Cuando se es rico y se tiene cabeza para pensar, la diferencia entre ser persona y un simple cerdo, es eso, no comportarse como un burgués, no ser un egoísta. No sé, que te preocupe un poco la gente, y en consecuencia que hagas algo por ella.

A Leo no le importaron las palabras de Arturo. Le tenía aprecio y además su cabeza estaba en otro sitio:

—¿Y qué hago, militar en la liga, como tú?

—¡Hombre!, ya nos vendría bien —ironizó el pianista.

La conversación terminó. Habían llegado a su destino. El manicomio era bonito. Un caserón de piedra en el centro de una gran finca profusamente regada de árboles, jardines, estanques, y setos. El tejado de pizarra. Tres pisos de buena altura. Dejaron el coche escondido en el bosque cercano y se subieron a un altozano con la intención de observar la finca concienzudamente. Leo, armado de unos prismáticos, calculaba las posibilidades.

Saltaría la valla, eso era fácil, luego, deslizándose entre los árboles, alcanzaría el caserón. Lo difícil era trepar hasta la ventana, pero viendo la cercanía de un canalón de desagüe, se tranquilizó. La ventana daba a un pasillo, según había dicho Arturo, después contaría tres puertas. ¿Cómo la despertaría?, ¿acercándose suavemente y con un beso cariñoso? o ¿esperaría a que abriera los ojos? Dejémoslo —se dijo—, para qué decidir cuando tantas cosas pueden pasar.

—Oye —dijo de improviso Berto—, ¿qué pasará si ella te delata?

Leo le miró con extrañeza, hasta un poco ofendido.

—¿Cómo puedes decir eso?

—Cuando tengas mi edad aprenderás a no fiarte de nadie.

—Solamente espero que no salgáis corriendo a la menor sospecha.

—Descuida —le respondieron.

Y siendo ya casi la hora, decidieron acercarse. Leo tenía en su interior una trágica determinación. ¡Claro que hacía bien! No iba a detenerle un miserable papel delator. Se trataba de su tranquilidad espiritual, no podía vivir así, sabiendo que estaba encerrada en un sanatorio como si fuera una vulgar histérica. Y lo que era peor, con esa duda que le martilleaba, convulsionándole cada vez que el recuerdo le traía la escena nocturna en el hotel portugués. Quizá y aunque le costase reconocerlo, fue ésta la causa más importante de cuantas aquella noche le hicieron saltar la valla del sanatorio. Atravesó el jardín, la tensión le envalentonaba a cada paso. ¡La ventana! Allí estaba, ligeramente entornada como habían prometido. Trepó por el canalón tan rápido que él mismo se sorprendió. El aire que inspiraba se transformaba en su interior en una mezcla de ira y euforia, en cierta maldad alegre por saltarse el pacto e infringir todos los malditos códigos de comportamiento social. Hubiera derribado a patadas mil puertas, destrozado celosías y desenmarcado ventanales de haberlo precisado. Pero no fue necesario, porque caminando por el pasillo como una sombra todavía más oscura que las tinieblas que le envolvían, alcanzó la fatídica puerta tras la que ella invernaba su crimen. Leo empujó despacio, con el cuidado necesario para entrar sin ser oído. Y ¡oh!, sensaciones del Averno, aquello le complacía, alimentaba su morbo.

Encendió el mechero. Allí estaba ella, hecha un ovillo sobre una estrecha cama. Una mesita y un televisor portátil al fondo, una silla blanca como signo de la sanidad que debía regir aquel lugar, un armario empotrado, algunos libros sobre la mesa, un flexo barato y una alfombra desgastada al lado de la cama. Y encendió el flexo.

Bueno —se dijo cerrando la puerta—, aquí estoy. Acercó la silla a la cama y se sentó. Estuvo un rato contemplándola, también a su ropa cuidadosamente doblada. Hojeó un libro de los que había. Teresa de Ávila. Se rió para sí despreciando aquella lectura, nunca había leído nada de la monja, pero se le hacía, en su ignorancia, que era una mema. Finalmente se acercó al oído de Virginia y le susurró su nombre varias veces.

La joven tardó en despertar, cuando lo hizo y mientras murmuraba palabras ininteligibles, se volvió y abriendo

los ojos como palmatorias, le miró incrédula.

—¡Leo!

—¡Hola...!

—¿Cómo has entrado?

Leo se encogió de hombros, un gesto que le quitaba importancia a la cosa.

—No sé qué decir, estoy sorprendida.

—¿Por qué te fuiste del hotel?

Virginia se alzó sobre la cama, aún tenía el susto en el cuerpo. Los ojos hinchados —seguramente la medicaban para dormir—, buscó el vaso de agua que tenía en la mesita y bebió un buen trago, casi el vaso entero.

—¿Por qué te fuiste?

—El mundo se me vino abajo aquella noche. Vi mi vida terminada. Pensé que todo era culpa mía, que jamás podría ser una mujer normal. Tu te echaste a dormir y yo me encontraba tan sola... Tomé esa decisión, contárselo todo a mi padre. Así es mejor, ahora todo se ha arreglado, me aseguraron que no te culparían de nada.

—Lo sé.

—Perdóname por no avisarte.

—Dejémoslo. Estoy aquí por un motivo, uno sólo.

Ella se sobresaltó, temblaron sus hombros sin quererlo.

—¡Qué me hagas un sitio! —pero Leo no se movió.

—¿Estás loco?

—Ni siquiera he bebido un trago.

—No, márchate.

—¿Me pides que me vaya?

—Voy a casarme...

—¿Qué...? —Leo perdió toda su fuerza—. ¿Con el policía?

Ella asintió. Buscó un cigarrillo, exhaló el humo con decisión, había recobrado su presencia de ánimo y aquel gesto de fumadora intrépida resaltaba la confusión de Leo.

—Lo conocía de antes —dijo—. Era amigo de Carlos, siempre me quiso. Gracias a su ayuda todo se ha solucionado.

—Sí, claro, un accidente...

Ella le mantuvo la vista en silencio.

—Nunca me hablaste de él.

—No.

—Ahora soy yo el que no sabe qué decir.

—Aquí me tratan bien, quieren hacer de mí una mujer nueva, tengo sesiones de psicoterapia.

—¡Psicoterapia! —exclamó Leo levantándose—. ¡Esto es lo último que hubiera esperado! Siempre te guardas todas las cartas en la manga.

Leo odiaba a lo siquiatras por encima de todo, más aún que a los jueces o los políticos. Este era, según él, el escalón más bajo del grande escalafón de torturadores con licencia para matar.

—No te entiendo —dijo Virginia.

—Es igual, todo está perdido. ¡Que se vaya todo a la mierda! Así es el destino, cruel, trágico, hijo de puta.

—No exageres.

—No sé... Algo tendría que decirte. Algo que te sacara de esto, de esta mierda. No te vas a hacer una mujer nueva aquí. Todo lo contrario, te harán aprender un papel muy viejo en tu sexo. Te harán dócil, sumisa. En suma, te harán una maldita mujer casada.

—Eso es lo que he escogido. Mejor eso que nada.

—Tu no has escogido nada, ni tu vida, ni tu familia, ni tu... ¡Ni a ti! ¿Qué es lo que te espera? ¿Un tiempo aquí rodeada de enfermeras siempre con una píldora en la mano?, ¿una boda que no tiene entendimiento? ¡Te tratarán siempre como a una idiota!

—Vete ya, déjame sola.

—Me gustaría saber de dónde sacas la fuerza para hacerlo.

Ella no respondió. Leo la miraba, quería acercarse, expresar cosas mejores, más cálidas e íntimas, y de acuerdo con lo que habían vivido juntos, pero todo lo que se le ocurría eran denuestos.

—¡Qué estúpida es la vida! —añadió—, ¡vaya estafa! Pero, ¡maldita sea!, ¡hay lo que hay! Me lo repito todas las mañanas cuando me levanto destrozado por la resaca. En verdad, que en el infierno se debe estar mejor!

—Vete.

—Te molesto, ¿verdad? Ya no cuadro en tu historia, ahora eres una señorita haciendo ejercicios espirituales para el sacramento del altar.

—¡Leo!

—¡Escúchame!

—No —le interrumpió ella—, escúchame tú a mí. No quiero recordar nada de lo sucedido. Necesito borrar de mi mente muchas cosas para poder ser una mujer normal. Contigo no podría. Y ahora debes irte.

Leo daba vueltas a la habitación incapaz de expresar sus sentimientos. Claro que con él no podría, Él no era una persona normal. Él nunca trabajaba y además bebía, jugaba, y se pasaba las noches de juerga sin que le interesaba en absoluto la humanidad de los normales. Desde luego, con él no hubiera llevado una vida normal. Él era una persona privilegiada que apuraba las copas hasta el fondo porque nadie le esperaba en ningún sitio. Y no estaba dispuesto a cambiar por ninguna mujer de este mundo.

—De acuerdo —dijo—. Me iré. En realidad no he dicho nada de lo que quería decirte, pero es igual.

—Así es mejor.

Se miraron un momento, Leo no sabía si coger su mano o darle un fugaz beso. Seguía teniendo la impresión de padecer un drama por cuenta ajena.

—Adiós —e inclinó un poco la cabeza.

—Que tengas suerte, Leo.

Cuando Berto y Arturo vieron la cara que traía, sospecharon que algo había ido mal, como Leo no dijo nada, y pensando lo peor, le preguntaron si le habían pillado.

—No —fue la seca respuesta que recibieron.

—Pues te ha sobrado más de media hora —dijo Arturo.

—Mejor no hubiera venido.

Regresaron a la ciudad, había poco tráfico, estaba la noche limpia y se veían todas las estrellas del cielo. Conducía Berto, pues Leo no quiso hacerlo. Le había pedido la petaca de plata que siempre llevaba el barman en la chaqueta y bebía chasqueando los dientes.

—Se va a casar —dijo de pronto Leo—. Con el policía.

—¿Con el policía?

—Sí, y además me ha echado —y les contó el resto de la conversación.

Se quedaron un rato pensativos, Arturo, en su nuevo papel de detective, rumiaba la historia, la conocía de boca de Berto, que, antes, le había hecho jurar que no se la contaría a nadie. Había cosas que no le cuadraban.

—No consigo entender cómo desapareció el jeep del cobertizo —dijo repentinamente.

—¿A qué viene eso ahora? —se enfadó Leo.

—Viene a que hay detalles en tu historia muy sospechosos.

—¡Vete por ahí! —le respondió irritado.

—Tiene razón —acudió Berto en ayuda del pianista—. ¿Quién se llevó el jeep y cómo?

—Quizá lo robó alguien —aventuró Leo, escasamente interesado en escarbar en el pasado.

—¡Sí, hombre, el abominable hombre de las nieves! —ironizó Berto.

—A veces, las cosas son más simples de lo que pensamos.

—No lo creo yo así —insistió Arturo—, quien lo hiciera tomó sus precauciones, ni le visteis, ni le oísteis, lo cual quiere decir que escogió el momento más oportuno, cuando tú estabas buscando a Carlos por el monte y ella dormida.

—¿A dónde quieres ir a parar?

—No lo sé de momento, pero hay otro detalle, casi sin importancia, pero muy curioso.

—¿Cuál?

—El crucifijo.

—¡Vaya, te lo ha contado todo!

—Ella le golpea con el crucifijo y luego lo vuelve a poner en su sitio. Si quería ocultar algo, habría metido el cadáver debajo de la cama, es la prueba principal, ¿no?

—No digas tonterías —le atajó Leo.

—Quizá lo hizo por respeto —dijo Berto—, ya sabes cómo son estas niñas bien.

—Ella no es una niña bien —dijo Leo.

—Bueno... —siguió Arturo—, pero es que hay otro detalle. Cómo se descuelga un crucifijo, ¿por los pies, no? Entonces, si lo agarró de los pies, golpearía con la cabeza del crucifijo, ¿no? ¿Cómo explicas que te lo encontrases

colgado y con un pie roto?

—Todo eso son suposiciones que no nos llevan a ningún sitio —afirmó Leo.

—Sólo si no hay sospechosos, pero yo sospecho del policía —dijo finalmente Arturo con aire triunfal.

—Eso es, para casarse con ella y heredar —le increpó Leo—. ¡Estás loco!

—Tú lo has dicho, amigo Leo, para casarse con ella. Todo cuadra.

—¿Y cómo sabe que Carlos está en la sierra? —le preguntó Berto.

—Eran amigos, bien pudo hacerle una visita antes, buscando consuelo quizá. Hasta pudieron ir juntos, si Carlos se ocultó en el refugio, no hay razón para que no pudieran ocultarse los dos.

—¿Y por qué habría de ocultarse un policía? —le inquirió Leo.

Arturo lo miró como se mira a un imbécil.

—Le siguió el juego a Carlos —explicó—. Presenció la escena, o la oyó. Carlos resbala y pierde el conocimiento, Virginia le golpea con el crucifijo, naturalmente por la parte de la cruz, y mucho me temo que no lo mata. Asustada por la sangre baja corriendo a buscarte, momento que aprovecha el policía para entrar en el dormitorio y acabar con la vida de Carlos. Es entonces cuando se rompe el pie el crucifijo. Luego escapa por el tejado y huye con el jeep. Bien pudo suceder así.

—Ella oyó ruidos —dijo Leo, interesado en la hipótesis de Arturo—, dijo algo de que se quería levantar. Por otro lado, ahora que lo recuerdo, durante un tiempo, cuando noté la desaparición del jeep, tuve la sensación de que había alguien más por allí. Algo muy físico.

—Eso no vale —afirmó Arturo, muy en su papel de detective racionalista.

—Sí, pudieron ser imaginaciones —adujo Berto—, los nervios...

—Sólo hay una manera de averiguarlo —sentenció Arturo—, encontrar el jeep.

—No podemos ponernos a buscarlo, hemos firmado un pacto y sospechará.

—Vosotros no, pero yo sí, a mí no me conocen.

- 9 -

Arturo, muy a su pesar, tuvo que dejar la gabardina en casa, el invierno estaba entrado, pero los días de la capital seguían siendo soleados y sobre todo secos. Caminaba por la calle Barbieri, donde tenía su buhardilla cochambrosa, y se dirigía a poner un anuncio en el periódico. Era el tercero en una semana y todavía no había dado sus frutos la estratagema. No estaba dispuesto, naturalmente, a recorrerse todas las calles de la ciudad

buscando un jeep amarillo, del que desconocía la matrícula y además no siendo raros estos vehículos. Por este método mantenía la esperanza de que no tardaría en tener noticias. Los anuncios rezaban así: Busco jeep desaparecido en las Alpujarras, la noche del tantos del mes pasado. Estaba orgulloso de sus astucia. Además, con el dinero que le había proporcionado Leo, y después de pagar el alquiler, se había comprado un curso completo de detective privado. Llevaba una semana prácticamente sin dormir, devorando página tras página y realizando los experimentos que el curso proponía. Se veía ya con el caso resuelto, bien recompensado por el padre de Virginia, al fin y al cabo libraba de culpas a su hija, y montando, con el dinero, una agencia de detectives. Mientras caminaba por la acera del Bellas Artes ampliaba sus sueños. Haré algo más que una agencia de detectives, pues no me interesa ser un simple Sam Spade, o un Marlowe, yo quiero algo más, una agencia de la verdad, donde pueda escoger los casos mas sucios y corruptos de esta oligarquía inmisericorde que nos gobierna, y donde cada caso resuelto me haga más fuerte y más justiciero.

No se preguntaba, Arturo, quién diantre le iba a encargar esos casos, pero en su ensoñación, todo era muy sencillo. Resuelto éste, el primero de todos, su nombre saltaría a los periódicos, y lo demás vendría rodado. "Pro veritas, no sé qué", se decía.

Había llegado a la agencia, entró y saludó al empleado, al que conocía de las veces anteriores. Adoptó un aire misterioso.

—Hola, vengo a poner un anuncio.

El empleado tomó el texto, lo leyó y levantándose se disculpó.

—Un momento, por favor —dijo, y abandonó el mostrador.

Arturo se sentó en un butacón, miró de reojo al público, ensayaba el test de personalidad tratando de adivinar por el aspecto a qué se dedicaba cada uno de los presentes.

Al rato regresó el empleado, le preguntó en qué periódicos quería incluirlo, parecía el hombre más lento del mundo y menos interesado en el anuncio. Entonces entraron dos hombres trajeados, caminaron veloces hasta el mostrador y el empleado señaló a Arturo.

—Este es.

—Policía —dijo uno de ellos—, me permite la documentación.

—¿Pero...?

Le enseñaron la placa, aunque Arturo no vio nada. Buscó la cartera y les dio el carné. El corazón le palpitaba. El policía lo examinó con detenimiento, como si pudiera interpretar algo más de lo que allí ponía. Era un hombre grueso de aspecto corriente.

—Haga el favor de acompañarnos —dijo seco.

—Pero si yo no he hecho nada.

—¡Vamos! —dijo el otro haciendo un gesto con la cabeza.

Le metieron en un coche camuflado, en el asiento de atrás les esperaba otro, un hombre joven y atractivo con un espeso bigote.

—¿Y tú, quién coño eres? —le preguntó acercándose tanto que Arturo se retiró en el asiento instintivamente.

—¿Yo?

—¡No me vengas con películas!, ¿eh? ¿Por qué pones esos anuncios?

Arturo titubeó, le molestaba que se acercara al hablarle, le intimidaba.

—Es que busco ese jeep.

—¿Para qué?

Habían arrancado y marchaban por una calle llena de tráfico, los dos hombres iban delante aparentemente indiferentes, el policía del bigote apoyaba un brazo en el asiento delantero.

—¿Estoy detenido? —se atrevió a preguntar.

—¡Este es un idiota! —y se rieron.

—Venga, dime quién te ha mandado poner esos anuncios...

—Un cliente.

—Volvieron a reírse. El policía del bigote se apartó y dejó de interrogarle. Arturo buscaba rápido una coartada, no se le había ocurrido que pudieran detenerle, pensaba que el policía vendría a su encuentro más o menos disimuladamente. ¡Qué ingenuo he sido! Así aprenderé. Llegaron a una comisaría, le metieron en un despacho, los dos hombres salieron y el joven se quedó con él.

—Mirad a ver si hay algo de este —les dijo salir.

A una indicación Arturo se sentó. Había una recia mesa de madera y un armario de cristales traslúcidos, un poco más lejos una mesita con máquina de escribir y un par de sillas. Un retrato de Franco dominaba desde la altura toda la sala, pero bajo él, y con toda la sorna que en sí mismo llevaba el artefacto, un botijo blanco dignificaba en su oronda bondad, toda la estancia.

—Bueno, ahora me lo vas a contar todo, ¿eh?

Y Arturo se lo contó. Añadió algunas invenciones en sus descargo, como que estaba sin trabajo y que lo hacía

por dinero.

—Tu eres un tonto —le espetó el policía—, y te has metido en un lío.

Entonces abrió la puerta otro de los policías. Está limpio, dijo, y volvió a cerrarla.

—¿Así que eres pianista?

—Sí.

—Pues aquí sí que vas a tocar el piano. A ti y a tus dos amigos os voy a meter una temporada a la sombra, para que aprendáis a estaros quietecitos. ¿Os creíais que iba en broma, o qué?

—Un crimen no es ninguna broma.

El policía se enfureció, le agarró de las solapas y casi lo levanta de la silla.

—Tú eres un soplapollas y mejor harás callándote.

—Cuando sepa dónde está el jeep.

—¿Cuando sepas dónde está el jeep? ¡Pues lo vas a saber! Porque voy a terminar con esta historia de una vez por todas —y salió dando un portazo.

Arturo respiró cuando se quedó solo, buscaba algo de lo que pudieran acusarle, y había tantas cosas, pero todas tan ridículas, que pensó que no tenía nada que temer. Entró un policía armada y le pidió que le acompañara. Atravesaron unos pasillos y bajaron una tétricas escaleras hasta llegar a un patio interior con una puerta para carruajes. Allí estaba el policía del bigote, y junto a otros coches y motos viejas, un jeep amarillo.

—¡Ahí lo tienes! —y le señaló el vehículo—, yo mismo lo saqué del cobertizo.

—Imposible, según mi cliente desapareció antes de que usted llegara, a menos que...

—¡A menos qué...!

—O usted llegó antes de lo que dice, o éste no es el vehículo.

El policía se encolerizó, habían quedado solos en el patio y palmeaba el capó con evidente irritación, la manga de su elegante chaqueta se estaba manchando de polvo.

—Vas de listo..., ya veo —murmuró.

Arturo callaba, no sabía de dónde le venía el aplomo que mostraba, pero se encontraba muy reconfortado confundiendo al policía.

—¡De acuerdo! No es este el jeep. Y no sé dónde está ni me importa. No vas a remover la historia, la vas a dejar

como está, hice un pacto con tus amiguitos y voy a pasar por alto tu intromisión porque sé que eres un soplapollas jugando a detectives, pero ten por seguro que si seguís molestándome os enchironeo a los tres. Al Don Juan ese, le hago polvo y le hago comerse el marrón, sólo necesito una nueva declaración de Virginia. Al traficante le aplico "la peligrosa" hasta que me harte, y a ti, te detengo por interferir las labores policiales o por hacerte pasar por funcionario. Así que vosotros veréis.

Pero Arturo no se dejó impresionar, acababa de encontrar el punto flaco de su contrincante. El buscaba la verdad y su oponente trataba de ocultarla. Y cuanto más le insultaba más valor cobraba.

—Ya veo que tiene mucho interés en que nada de todo esto salga a la luz —tanteó Arturo.

—¿Qué te parece? Voy a casarme con Virginia, ¿entiendes? No quiero ni oír hablar de este asunto.

—Comprendo —asintió Arturo. Y lanzó una última andanada—: Pero podría sospecharse que usted tiene otras razones para ocultarlo.

El policía palideció, aporreó el jeep y se puso a gritar.

—¡Tú estás loco! ¿Qué quieres?, ¿provocarme?

—Sólo saber dónde estaba usted el día de autos —las palabras, de película, le salieron algo débiles, pero las había dicho.

—¿Pero..., me estás...?

Entonces estalló en carcajadas, parecía muy aliviado.

—Ven tío listo —dijo—, ven conmigo.

Entraron en una oficina, había más funcionarios trabajando.

—Dame el estadillo del mes pasado —le pidió a uno de los funcionarios.

Repasó las hojas y llegado al día señalado le enseñó la lista de subinspectores de guardia.

—Este soy yo, ¿sabes? Todo el día de guardia.

Arturo se quedó con la boca abierta, por mucho que estuviera de parte de la verdad, ahora no tenía nada.

—¿Entonces, quién se llevó el jeep?

El policía le cogió del brazo y le arrastró fuera, se detuvieron en un desolado pasillo.

—Ya te he dicho que ni lo sé ni me importa. Y ahora acabemos con el asunto. Reconocerás que he tenido mucha paciencia. Se acabaron las chorradas, ¿eh?

Arturo recapacitó, estaba algo perplejo. El policía le había ganado la partida y además se mostraba conciliatorio. Esto le repugnaba. Además, ¿si no había sido el, quién rayos había cogido el jeep?

—De acuerdo, creo que debo darme por satisfecho —y fingió tal para que el policía le dejara marcharse.

En efecto, le devolvió el carné y le hizo prometer que dejaría las cosas como estaban. Luego, hasta le invitó a un café en un bar cercano. Estaba lleno de policías y Arturo se tomó el brebaje rápidamente deseando marcharse. Reconocía que en el fondo defendía la reputación de su futura mujer como cualquier otro. Una boda rara, bien es cierto. Quizá siempre había querido a Virginia y ahora aprovechaba el deceso para conseguirlo. La familia de Virginia era de buena posición y él, al fin y al cabo, un simple subinspector. Había cierta lógica. Una boda a cambio de echar tierra al asunto.

Toda la tarde estuvo pensando en ello, se hizo un croquis para mejor desentrañar el misterio. Veamos... Día "C" (de crimen), Leo en el monte, Virginia dormida. Sale Carlos del dormitorio de al lado, entra y la despierta. Discuten (esto subrayado), Carlos resbala y pierde el conocimiento (¿?), Virginia descuelga el crucifijo y le golpea. Baja corriendo en busca de Leo, naturalmente no lo encuentra, vuelve a la casa y como tiene frío y no se atreve a subir, enciende fuego, pasan unas horas, Leo ve el humo en la lejanía, regresa y encuentra el cadáver. Deciden huir, Leo descubre la desaparición del jeep. Virginia ha oído ruidos, pero desde luego no la puesta en marcha de un motor Diesel. Por tanto, quien se llevara el jeep lo hizo cuando ella estaba dormida, profundamente dormida, Leo no pudo oírlo, se hallaba a varios kilómetros. Descartamos al policía ¿y qué nos queda? O lo hizo Carlos antes de despertar a Virginia, o lo hizo ella misma, ¿pero cómo?, no sabe conducir y menos un trasto de esos. Por fuerza hubo de sacarlo Carlos, ¿por qué? Quizá decidió marcharse y cuando se encontraba algo distante cambió de idea. En cuyo caso, el jeep sigue allí, en la sierra, en algún lado del camino. (Esto habrá que comprobarlo.) El policía llega una semana después, recoge los restos de Carlos y les da discreta sepultura, ¿pero encuentra el jeep o no lo encuentra? En cualquier caso, si fue solo y en su coche, no pudo traérselo, aunque pudo avisar posteriormente a una grúa. Pero entonces me lo hubiera dicho, no pierde nada con ello. ¿O hay algo más? ¡Madre mía! Me estoy liando yo solo.

Anochecido se fue al bar de Berto, allí estaba Leo. Tenía mal aspecto aunque hablaba animadamente con un poeta. Hicieron un aparte los tres y les puso al corriente de lo que había pasado.

—¡Fiuu! —silbó Berto—, vamos a dejarnos de historietas, que ese tipo puede hacernos mucho daño.

—Sí, además está todo muy claro —dijo Leo.

—¡Casi todo! Sigue sin cuadrarme el detalle del crucifijo y sigo sin saber dónde está el jeep.

¿Y qué importancia tiene eso?

—Estoy convencido —repuso Arturo—, de que gran parte de la clave de este asunto se encuentra en el crucifijo.

¿Por qué devolver el crucifijo a su sitio? ¡Eso tiene que querer decir algo!

—A mí ha dejado de interesarme —dijo Leo con un gesto de indiferencia.

Las palabras de Leo molestaron a Arturo. Claro, el señorito rico, ahora no quiere saber nada...

—Mira Arturo, déjate de tonterías —le reprendió Berto—, y un día de estos levantarás la tapa del piano, ¿no?

¡Ni hablar! No pienso volver a tocar en tu bar, voy a fundar una agencia de detectives, éste es mi primer caso y voy a resolverlo.

—¿Pero...! —exclamó Berto—. ¿Qué quieres, perdernos?

—Lo haré con suma discreción, no se enterará nadie —mintió.

—¡Estás como una regadera!

No les escuchó, estaba decidido a llegar al final. Era una cuestión personal entre el policía y él. Le demostraría que no era ni un soplapollas ni un listo, y aunque las pruebas le eliminaban como sospechoso, no le había borrado de su lista de implicados. A veces había llegado a dudar del mismo Leo.

—La verdad está por encima de todo —dijo muy serio.

—¡Venga hombre!, ¿en qué país estamos? —se rió Berto.

—¡Conque sí! ¿eh? ¡Pues vais a ver! —y se marchó.

Se quedaron mudos mirándose el uno al otro, no acertaron a decir nada.

—Este nos la juega —dijo finalmente Berto.

—¿Sabes qué te digo?, que me voy de viaje...

—¡Estupendo! Y yo me quedo en el bar esperando la catástrofe.

—Lo tenía pensado hace días, desde lo del sanatorio.

—¿Y quién para los pies a ese loco?

—No hay problema, se le acabará el dinero que le di y tendrá que venir a tocar.

—Eso espero — Y Berto sirvió la última copa. Todos los clientes se habían marchado.

—¿Cuándo te vas entonces?

—Mañana mismo, te llamaré por teléfono en cuanto llegue.

Algunos días después, Arturo se presentó en el bar de Berto. ¡Ya caíste!, pensó éste. Sin embargo tenía un aspecto impecable, una bonita chaqueta de ante, unos pantalones bien planchados, conjuntando con zapatos de

piel, el rostro bien rasurado y el cabello recién cortado. Llevaba una cartera de mano.

—¡Dichosos los ojos! —le recibió Berto.

—Hola, necesito que me hagas un favor...

—Dime.

—Préstame algo.

—Tal como vas, no parece que necesites nada.

—Vivo con la poetisa, pero tengo que hacer un viaje.

—¿A...?

—¿Me lo vas a prestar, o no?

—¿En qué andas metido? Comprenderás que no te voy a dejar dinero para que fundes tu agencia de matones, cuyo primer caso se basa en mi ruina.

Arturo chasqueó la lengua, se le notaba un poco incomodo con tan buenas ropas. Sacaba las manos de los bolsillos y las volvía a meter como hacen los modelos publicitarios.

—Bueno... —dijo—, sírveme una ginebra, ¿o tampoco?

—Eso sí, aquí tienes crédito. Oye Arturito, ahora en serio, ¿en qué líos nos estás metiendo?

—En ninguno, te lo voy a contar todo y luego si quieres me prestas el dinero.

Bebió a tragos cortos agitando los cubitos de hielo, se le perdieron los ojos en la brillante hilera de botellas al lado de la barra.

—He estado buscando una tumba.

Berto ni se inmutó, asintió con la cabeza, conocía bien al pianista y no hacía caso de sus golpes de efecto, en principio le pareció una majadería de las suyas.

—¿Una tumba, eh?

—Sí. Mis conclusiones me llevaron a ello. Recordarás el detalle del crucifijo, ¿quién y por qué lo habían devuelto a su sitio? Si no fue el policía tuvo que ser Virginia.

—Claro.

—Pues ese es el viaje que tengo que hacer, preguntarle si fue ella quien lo colgó de nuevo.

—No te atreverás.

—Escucha Berto, si fue ella, todo está solucionado, de lo contrario entramos en otro terreno.

—¿Qué terreno?

—Que fue Carlos quien lo hizo, que no está muerto y que fue él quien se llevó el jeep. Por eso no he encontrado su tumba, no está enterrado en ningún cementerio de esa ciudad. Es más, el policía lo sabe, eran amigos, ¿recuerdas?

—¿Pero por qué iba a hacer una cosa así?

—No diré que fuera premeditado, pero puedo imaginarme los hechos: Carlos vuelve en sí, la herida no reviste importancia, probablemente se sienta sobre la cama, desolado y gimiente. Recuerda que tiene el jeep esperándole en el camino y se dispone a marcharse, entonces ve el crucifijo en el suelo, ¿qué emociones le produciría a un joven de su talante, semejante visión? Sus reflexiones debieron ser muy amargas, horribles, deseó haber muerto de verdad. Y se le ocurre que esa es la solución. Morir para el mundo y seguir vivo, ¿no es una idea fantástica? Así rompía todos los lazos con su hermana, castigándola cruelmente de paso, nada menos que convirtiéndola en una asesina. Es un pensamiento delicioso para una mente como la suya, seguir torturándola después de muerto y encima presenciarlo. Algo tan diabólico que sólo podía ir acompañado de ira contra el crucifijo. Lo golpea y lo rompe, ese fue el ruido que tuvo que oír Virginia, y finalmente lo cuelga. Te preguntarás por qué lo hace, ¿verdad?

Berto asintió, Arturo bebió un trago y siguió radiante, feliz de tener una solución.

—Pues bien, ésta es la parte más sibilina de la historia, lo cuelga para que haya un punto ilógico, un resquicio para una mente interesada, una luz para quien sepa mirar en la historia: ¡estoy muerto pero vivo!

Berto no pudo decir nada, el cigarro se le había consumido entre los dedos y le quemó.

—No sé... Pero sigue... —murmuró.

—Luego llega Leo, Carlos le oye gritar y subir las escaleras, se hace el muerto. Leo no comprobó si realmente lo estaba, venía con esa idea en la cabeza y lo que presenció sólo hizo que corroborárselo. Todavía tuvo que hacerse el muerto otra vez, en la que Leo encuentra, en un reconocimiento tan superficial como el anterior, un poema arrugado, un poema que habla de anteriores reencarnaciones, escrito, no me cabe duda, en el intervalo entre la primera y segunda entrada de Leo, un poema que a modo de falso testamento, sirva de etéreo potro de tortura a su hermana, aunque ésta, consecuente, se deshace de él. En este momento, Carlos abandona la casa, si Leo hubiera abierto la puerta cuando la rociaba de gasolina, se habría llevado una buena sorpresa, pero no entró, así es el destino. A la fuerza, Carlos se fue antes que ellos, de lo contrario hubieran encontrado el jeep en el camino. Después visita a su amigo el policía y le convence para que le ayude a morir. ¿Claro que por qué iba a hacerlo? A primera vista parece el desatino de un loco. Pero Carlos le cuenta su escabrosa relación con su hermana, su dependencia física y psíquica. Y le encarece para que le ayude. Naturalmente no le participa de sus más íntimas

obsesiones. El policía tuvo que resistirse, es seguro que le propuso a Carlos otras soluciones más cuerdas. Pero en algún momento de la conversación, el policía entrevió los beneficios que su ayuda le podía reportar. Si se aseguraba de que Carlos desaparecía realmente de la escena, Virginia quedaba en sus manos, la heredera de una suculenta fortuna. Sólo tenía que atar bien los cabos. El asunto parece fácil, sólo tienen que engañar a la familia, y además con el testimonio de la propia Virginia y un testigo ocular: Leo.

—Me cuesta creerlo —le interrumpió Berto, cuyas manos se habían llenado de sudor—. El policía arriesga mucho. ¿Y si Carlos quiere reaparecer? Porque el dinero es el dinero...

—¿Quién te impide cargarte a un muerto?

A Berto le dio un escalofrío. En su interior negaba que los hechos se pudieran haber materializado exactamente así. Pero las bien construidas argumentaciones de Arturo empezaban a intranquilizarle más aún de lo que ya estaba.

—¿Te das cuenta de lo que dices? Si eso es así. Si ese tipo se ha cargado a Carlos, tu, yo, todos estamos en peligro.

—No. Carlos está vivo. Estoy seguro.

—Entonces te contradices...

—¡No! ¡Déjame terminar! —se excitó Arturo—. Mira, cuando Virginia regresa y le cuenta lo sucedido a su padre, probablemente el policía y Carlos ya se habían puesto de acuerdo. El policía es amigo de la familia, eso ya lo sabemos, cómo se pusieron en contacto, no lo sé, pero también sabemos que lo hicieron. Y como es lógico, el padre de Virginia quiere comprobar los hechos y además taparlos. El policía se ocupa de todo, es decir, de nada, porque no hay ni juez, ni forense, ni entierro. Se convierte en el providencial salvador del honor de la familia y encima con todas las papeletas de hacerse cargo de Virginia *per secula seculorum*, amén —ironizó Arturo. Y siguió—: O sea, que sus padres se la ceden en cuerpo y alma, la madre anda con negocios de alta costura y sale en las revistas del corazón, y en cuanto al padre, trata de hacerse un lugar en el régimen. A nadie le interesa la verdad. En cuanto al sanatorio, nada saben de todo esto, Virginia está allí para reposar, nada más, no se la está tratando, y no se la vigila fuera de las normas de la casa. Y de Carlos te diré que de confirmarse mis sospechas, tarde o temprano aparecerá.

—¿Y entonces?

—Entonces nada. La familia cree que está muerto, pero todos hacen como si estuviera ausente. La justicia no tiene noticias de estos hechos, a efectos legales está tan vivo como tú o como yo. Y si reaparece, pues nada, el poli ya se habrá casado con Virginia, cuatro palabritas de explicación y todos tan felices.

Berto no dijo nada, estaba alelado, por un lado el razonamiento de Arturo le había subyugado, por otro le parecía absurdo, de película.

—¿Me prestarás el dinero ahora? —insistió Arturo.

—¿Cómo has llegado a estas conclusiones?

—Tengo mi método —se ufano Arturo. Y agito el vaso, los cubitos de hielo tintinearón, levantó la vista y miró a su contertulio con fuerza:

—Sólo aquellos que tienen secretos en sus corazones pueden acceder a los secretos ajenos.

—¡Pues vaya un método! —se chanceó Berto, y con razón.

—Es igual, ¿me prestas el dinero?

—Toda esta historia..., ¿y necesitas comprobar el detalle del crucifijo?

—El rompecabezas está reconstruido, únicamente me falta esa pieza. Después podré ir al padre, quiero ver la cara del poli...

—¡Tú no vas a hacer ningún viaje ¡Ah no, eso sí que no! Vas a dejar tranquila a la gente, tanto si está vivo como si esta muerto. ¿Pero quién eres tú para inmiscuirte en su voluntad? Además, ¿no dijiste que a todos les convenía así? ¿Qué esperas del padre? ¿que le de un infarto?

—Que pague por conocer la verdad.

—Quieres decir que tú también te apuntas a la historia, ¿no?

—¡Vale!. Entonces buscaré el dinero por otra parte —y con gesto de enfado hizo acción de retirarse.

—¡Arturo, por favor! Hazlo por mí, por Leo, por... Todo está mejor así. Eres un genio, de acuerdo, él está vivo, pues déjale en paz... Ella se va a casar, ¿te imaginas el follón que vas a liar?, y sólo porque un policía te retuvo un par de horas... o por la mierda del dinero.

—No es solamente por eso, es por encontrar la verdad, por desentrañar el misterio.

—¿Nunca te he pedido un favor, verdad? Pues ahora te pido que abandones todo esto..., si necesitas dinero yo te lo doy, Leo también tiene algo, pero no recurras a este procedimiento.

—Creía que os interesaba conocer la verdad.

—¿Pero qué verdad? Sí estás en lo cierto no ha habido ningún crimen y tarde o temprano se sabrá. Y si Carlos está realmente muerto nos vas a enmierdar a todos.

—Pides mucho —y negaba con la cabeza—.

—Busca entonces a Carlos y cuando lo encuentres ve con el cuento al padre, pero déjala a ella en paz.

—¿Y a ti qué más te da?

—Es inútil explicarte nada, hazme ese favor por lo menos.

—Está bien. Renunciaré al punto más importante de mi investigación, pero encontraré a Carlos, ya lo verás.

—¡Buen chico! Te invito a otra copa.

- 10 -

Berto pasó unos días nervioso, daba vueltas a la hipótesis de Arturo, y cuanto más lo hacía, más creíble se le antojaba. Había recibido una postal de Leo y decidió llamarle. Se encontraba bien, más calmo y disfrutando del suave invierno andaluz. Por un instante le dieron ganas de no contarle nada, pero lo hizo. Leo se desató, que si Arturo era un estúpido y él un loco por creerle, que no le interesaban las revelaciones de última hora y que le dejaran en paz, ¡hombre!

—Es que me huele que tiene razón —insistió Berto.

—¿Y qué quieres haga?, que regrese corriendo para decirle: señorita, puede usted casarse tranquilamente, usted no mató a nadie.

—Pensé que deberías saberlo.

—Muy bien, pero me da igual, estoy harto de esa familia, vivos y muertos —y colgó.

Sí que le ha afectado la boda —se dijo Berto con el teléfono aún en la mano. Y meneó la cabeza con cierto sentimiento.

Aquella misma tarde, estaba el bar muy animado pues era Viernes, se encontraba preparando un cóctel de espaldas a la barra cuando sintió que le llamaban.

—¡Señor...!

Era una joven rubia, llevaba un chaquetón de piel y había depositado el bolso sobre la barra, tenía un pitillo en los labios sin encender. Berto le dio fuego. Una cara bonita, pensó.

—¿Nos conocemos? —preguntó mientras abandonaba la barra para servir las bebidas.

Al regresar vio un maletín de viaje a sus pies.

—No, no nos conocemos —contestó ella cuando estuvieron otra vez de frente.

—¿Qué quiere tomar?

—Un refresco.

Miraba la decoración.

—Tiene un local muy bonito.

—Gracias —y sirvió la bebida.

Bebió un sorbo y se llevó la mano al pelo, parecía querer decir algo.

—¿Usted es amigo de Leo, verdad?

—Y usted es Virginia.

—Sí. Necesito verle.

—No está aquí, se fue de viaje, estaba algo afectado —se arrepintió de haber dicho lo último.

—Por eso quiero verle, dígame dónde está —el rostro se le ensombreció—. Me he escapado del sanatorio.

¡Oh, no!, truquitos no —se dijo Berto—. Aunque, ¡diablos!, ya estoy harto yo también, se lo digo y de paso le añado las sospechas de Arturo. Pero sólo le dio la dirección.

—Si las cosas van mal no diga que he sido yo.

—Descuide —y sonrió.

—¿Una copa?, invito yo.

—Ahora sí.

Estuvieron hablando durante varias horas, ella le contó su vida. Nada que Berto no supiera. Luego le acompañó al hotel y como apenas tenía dinero se lo pagó dándole además para el avión. Pero no le importó, le caía bien la chica.

Virginia durmió poco aquella noche, tenía miedo de que la encontrarán. Se había comportado muy bien, a su juicio, en la escapada, con más valor del que creía contar. Pero ahora, en la soledad de la habitación, rodeada de muebles impersonales, entre sábanas con olor a lavandería y un viejo teléfono negro en la mesilla, sentía el ánimo debilitado, Las blancas paredes se le venían encima y creyó encogerse en la cama hasta convertirse en nada. ¿Cómo la recibiría Leo? No esperaba mucho, había sido dura con él y sospechaba que tendría que romper su coraza de despecho, sin embargo estaba decidida, le hablaría, intentaría hacerle comprender todos los porqués, y aun en el caso peor, si él la rechazara, no volvería al sanatorio, ni con su familia, estaba dispuesta a iniciar una nueva vida, eso que tanto se dice siempre, con la ayuda de Leo o sin ella. Carecía de todo recurso, pero no era el dinero o las fatigas corporales, su principal obstáculo y miedo. Era ella misma, el pavor que le tenía al mundo y a las gentes, esa luz tan blanca que tiene el día, donde se ven las caras y los cuerpos, imagen del sufrimiento. A veces, se imaginaba viviendo una vida cambiada, dormir de día, vivir de noche, en la cálida noche, suave y

acogedora, tinte de discreción, borrador de las penas humanas, oxígeno de los malditos.

Dio la luz, no podía dormir. Encendió un cigarrillo y se sentó en la cama. Al frente había un cuadro, una marina en la que una chalupa luchaba denodadamente contra la tempestad, el viento la había desarbolado y la vela colgaba fustigada por el aire. No muy lejos se veían unos rompientes rocosos. Tierra adentro, una luz, ¿un faro? Se vio al igual que el barquito, desarbolada, en medio de pasiones que no controlaba y buscando una luz de salvación. Hasta el tiempo de espera del amanecer le dolía. Apagó el cigarro a medio consumir, saltó de la cama enrollándose en la manta paseó por la habitación. La manta olía a naftalina. Tic, toc, un segundo menos, un minuto menos. Qué inmensos son los minutos, diez no llegan nunca, una hora es una vida de pensamientos. Debería dormir hasta la hora de la partida. O cerrar los ojos y aparecer al lado de Leo.

—¡Hola! —le diría.

—Virginia... —y su cara se alegraba.

Una hora menos, las cuatro de la mañana. No hay ruidos en el hotel, en la calle sí. La ciudad nunca descansa. Hacía frío, otro cigarro. Tenía el estómago encogido y mal sabor de boca. Se sentó en la cama, los pies se le quedaron helados, los envolvió en una toalla. Dormir, quisiera dormir...

Cogió un taxi hasta el aeropuerto, el cual se le antojó demasiado bullicioso. No tuvo miedo y cruzó algunas palabras con su amable vecina de asiento, pasaron un bache de aire sin más consecuencias y aterrizaron. Desde allí un autobús hasta Jerez, luego el tren hasta el Puerto de Santa María y otro taxi hasta una urbanización cercana a la playa del Buzo donde Leo había alquilado un chalé. Era una urbanización privada, con guardas y mucho verde bien regado. El último tramo lo hizo a pié. Se trataba de un chalé pequeño, de una sola planta, con un jardín descuidado con mesas blancas y sillas descoloridas, había un columpio al que le faltaba el asiento. Traspasó la verja y se plantó delante de la puerta, cerró los ojos un segundo antes de llamar. El Sol despuntaba, soplaba poniente, un viento agradable. Leo salió en batín, se anudaba el cinturón. La boca se le quedó entreabierta.

—¡Hola! —dijo Virginia.

—¿Qué haces tú aquí? —era un tono algo seco.

Por un instante quedaron silenciosos contemplándose. El rostro de Leo era indescifrable y por su cabeza pasaron y lucharon pensamientos airados y rencorosos. Pero la alegría del encuentro los derrotó.

—Anda, pasa.

La casa era espaciosa y estaba bien orientada, recibía la luz por las dos vertientes. La decoración, bonita en sus tiempos, pero los enseres se habían hecho viejos. El suelo tenían muchos rayones y las paredes necesitaban una mano de pintura. Algunos libros y papeles con notas se esparcían por la mesita y el aparador. Virginia lo miraba todo, buscaba signos de presencia de otras personas. A Leo se le hizo tierna su cara de perplejidad.

—Deja el maletín por ahí, iba a desayunar, ¿me acompañas?

Tostadas y café con leche, Leo comía con apetito, pero ella apenas dio un sorbo. Luego se echaron unos cigarros.

—¿Por qué te has escapado?

—¿Vives solo aquí?

—Si. Paseo por la playa, leo libros, escucho música, a veces alquilo una motora y salgo a pescar a la Bahía.

—¿Sales con alguien?

—No, no hago vida social, no es mi estilo.

—¿No te aburres?

—Los amantes de la soledad no se aburren, en todo caso es un aburrimiento tan íntimo, tan lleno de pensamientos, que las horas en vez de aplanarme me reconfortan.

—¿Me dejas que me quede una temporada?

—Tengo que ir al mercado, vente y hacemos la compra juntos.

Compraron de todo, verduras, carne, mariscos, pescado, vino, licores y hasta champán. Volvieron abrazando los bultos. Virginia estuvo a punto de perder la carne. Hicieron espaguetis a la milanesa, pez espada a la plancha con unos cominos y una ensalada muy grande. Claro que antes hubo que armarse de valor y fregar los cacharros. Leo cocinó, ella hizo la ensalada y puso la mesa. Los espaguetis estaban un poco pegajosos cuando se sentaron a la mesa.

—Es que hay que comérselos nada más hacerlos —se defendió Leo.

Se bebieron el vino y el champán, hicieron café negro, muy negro.

—¡Uff! No puedo más —dijo Virginia.

—¡Abajo la miseria!

Les entró una soporina que amenazaba siesta, pero se resistían. Leo, sabiendo que no se debe luchar contra la siesta en Andalucía, le cogió de la mano camino del dormitorio. Ambos temblaban. La cama era grande, se desnudaron sin mirarse. Ella se metió primero acurrucándose a un lado. Cuando estuvieron los dos acostados se miraron. Virginia fue a decir algo pero Leo la besó. Y sus pieles se les hicieron deliciosas y los labios de melaza. Se amaron muy lentamente, conteniendo su deseo, con los ojos cerrados y las manos llenas de luz. Luego se durmieron.

Cuando Virginia se despertó, la tarde ya estaba muy entrada. Leo se había levantado y escuchaba música en el salón. Leía un libro cerca de la ventana. Virginia tenía los ojos hinchados y el pelo revuelto, pero estaba muy graciosa con el batín de Leo. Le cogió un cigarro y echó una ojeada al título del libro: "Manual de onanismo, cómo acabar con el sexo" de un tal Elías nosequé.

—¿Es bueno?

—Es práctico...

—Cuando lo acabes me lo pasas.

—¡Que te lo has creído!

—¡Pues lo leeré a escondidas en el cuarto de baño!

—Anda, vístete y nos vamos a dar una vuelta.

Fueron a un pub en el centro del Puerto, tocaba un grupo sudamericano, era lo más auténtico del local. A Virginia le gustaban los andaluces, "con ese pelito que llevan".

—Estos son los pijos de aquí.

—Tienen algo de oriente.

—De moro, querrás decir.

—No, de oriente, y me gustan.

—Será que no les has oído hablar.

—También me gusta como hablan.

—¡Vaya, hombre! ¿Y el recio castellano?

—Son otra cosa.

—¡Y tanto! Te diré que a las gentes de España se las puede definir por los infinitivos de algunos verbos. Los catalanes, por ejemplo, se definen por el verbo Tener, eso es lo que les importa, en Castilla lo que prima es el Ser, para los vascos nada como el Hacer, y aquí, en Andalucía, ni el Tener, ni el Ser, ni el Hacer, aquí lo que interesa es Parecer.

—Una teoría algo pintoresca.

—Sí...

Al cabo, Leo adquirió un matiz más serio, le miraba fijamente, ella tenía los ojos brillantes y los labios

húmedos, parecía muy contenta.

—Me alegro de haber venido —dijo.

—Oye, Virginia..., ¿sabes que Carlos puede estar vivo?

—Sí. Lo sé. Quiso venir a verme al sanatorio. Por eso me escapé. Fue cuando comprendí tu visita y tus razones.

Perdóname por no haberlo hecho allí mismo.

—Luego era verdad, ¡Arturo tenía razón! Pobre Carlos, hay que estar muy enfermo para hacer una cosa así.

¿A qué te refieres?

—A hacernos creer que estaba muerto.

—No fue Carlos quién nos hizo creer eso. Fuimos nosotros mismos quienes lo creímos.

—Pero yo lo vi dos veces en el suelo y sin moverse.

—Se hizo el inconsciente por pura vergüenza.

—Pero tu padre y el policía vinieron a vernos y le daban por muerto.

—Esa historia la montó, Jacinto..., el policía con el que yo iba a casarme. Convenció a mi padre para así mantenerte alejado de mí. Para hacerte creer que eras mi cómplice. Carlos se limitó a desaparecer, como tantas otras veces.

—Pero tu misma le creías muerto...

—Al principio sí. Pero más tarde notaba su presencia en mi mente. La presencia de mi hermano gemelo. Cuando recibí una carta suya hace unos días, donde me pedía perdón y me anunciaba su visita, confirmé mis aprensiones y preparé la huida. Para Carlos todo se limita a otra escenita entre nosotros, esta con sangre incluida.

—¿Cómo es posible que hallamos sido tan idiotas? —se preguntó Leo—. ¿O sea, que Carlos por un lado y tu padre y el Jacinto ese por otro nos han tomado el pelo de la manera más vil?

—Todos hemos sido un poco cómplices.

—Y el poli ese, ¡asqueroso! Con qué desprecio nos ha tratado a todos, tú incluida. ¿Cómo pudiste siquiera llegar a pensar en casarte con él?

—Fue alguien al que agarrarme. Yo te digo que todos hemos sido un poco cómplices.

—¿Y ahora, cuántos te buscan?

—Pues Carlos, seguro, y Jacinto y mi padre también.

—Tenemos que largarnos. Berto hablará a la primera bofetada. ¿Dónde te gustaría dar tus siguientes pasos? ¿En qué lugar del mundo? Ahora mismo hacemos las maletas y nos vamos. ¡Que nos busquen en el mapa!

—¡Humm! Tiene que ser un sitio aventurero, con cierto peligro, pero no mucho, que sea exótico, claro, y sus habitantes bellos y parlanchines..., ¡y que no haya guardias, ni jueces, ni familia!

—¡Bien dicho! Y ahora vámonos. Aunque..., por curiosidad, Virginia, respóndeme a dos preguntas: ¿Por qué parte del crucifijo golpeaste a Carlos?, ¿por la cruz o por los pies?

—No lo recuerdo muy bien, aunque me parece recordar que se rompió al darle..., creo que lo cogí por la cruz. ¿Pero por qué me haces esta pregunta?

—Nada, cosas mías, y otra más para terminar, ¿colgaste tú el crucifijo en la pared después de atizarle a tu hermano?

—Sí.

—¿Y por qué?

—No sé. Me daba no sé qué verlo en el suelo.

—Señor, ¡qué niveles! —se dolió Leo, y con razón.

Pero dejando a un lado la rígida educación de su ahora feliz amante, le vino sorpresivamente a la cabeza la imagen de su amigo Arturo. Su delgadez, su espalda encorvada, sus hombros casposos y su viva y enérgica mirada de los últimos días. Más todo eso se le había acabado al pianista. No cobraría un duro por el caso, pese a que casi lo había resuelto, ni fundaría su agencia de justicieros detectives, ni probablemente volvería a su empleo en el bar de Berto, pues de todos era conocido que Arturo era un cabezón. Y esta reflexión le encogió el ánimo, y sus ojos, libres, se posaron en el brazo enfermo de Virginia, y supo que él también era cómplice de aquel extraño amor. Y una profunda melancolía le invadió.

Honorio.

Escrito en Madrid, Invierno de 1973